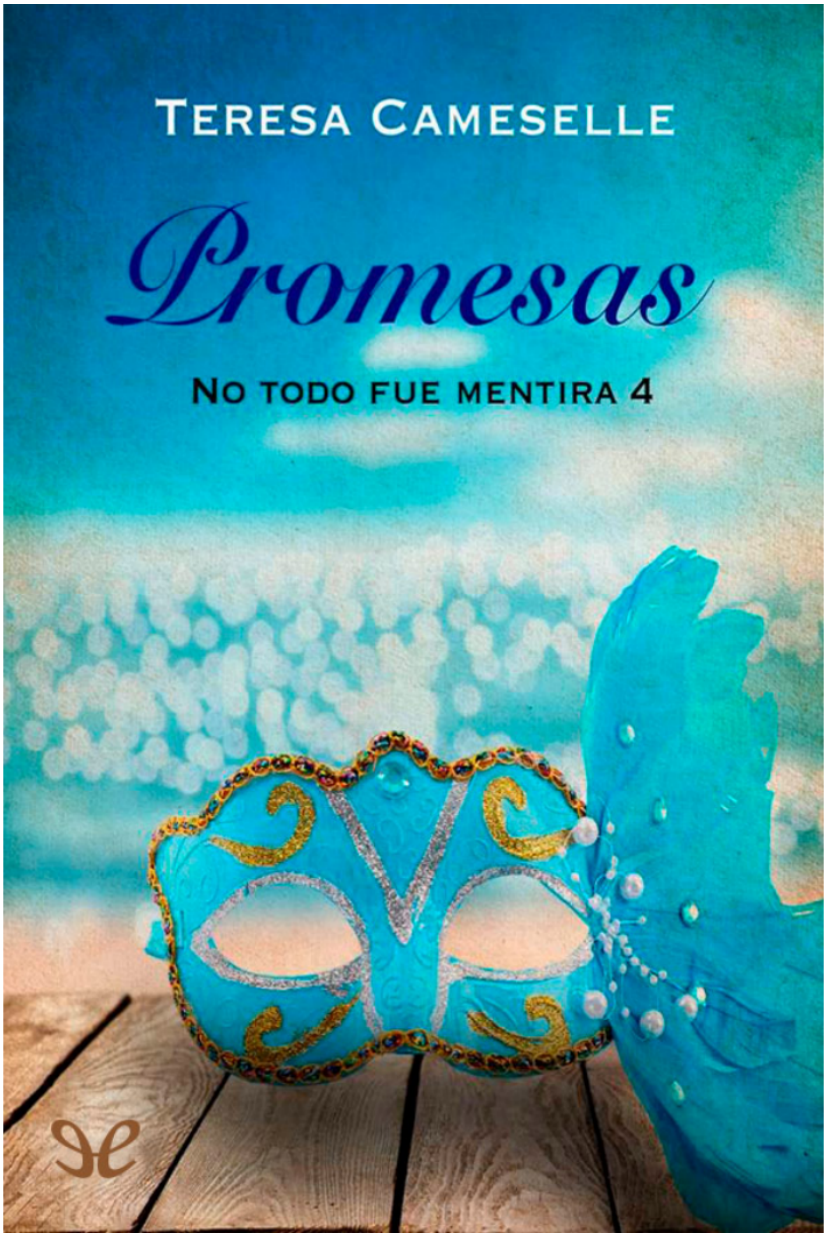
Teresa Cameselle
Promesas
No todo fue mentira 4

Que su barco fuera asaltado por piratas no entraba en el plan de María Cristina de Ibarra, que había salido a la perfección hasta el momento. Primero, escapar de un matrimonio indeseado. Segundo, refugiarse en el convento que fue su hogar desde la muerte de sus padres. Tercero, embarcar con destino a la isla de Santa Marta, hogar de su querido hermano.

Las cosas empezaron a torcerse cuando tuvo que inventar aquella mentira sobre un matrimonio por poderes; luego llegaron los piratas, y el rescate. Lo que no esperaba era tener que enfrentarse tan pronto con aquel cuyo nombre había usado en vano.

Una mentira que oculta un sueño. Una acusación falsa. Una venganza implacable. Y promesas que solo un amor verdadero puede hacer realidad.

Teresa Cameselle

Promesas

No todo fue mentira - 4

ePub r1.0
Titivillus 09-06-2023

Título: *Promesas*
Teresa Cameselle, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

Ocultas en la sentina, la zona más baja de la bodega del vapor *Virgen del Carmen*, que transportaba pasaje y mercancías entre el puerto de La Coruña en España y el de Maracaibo en Venezuela, dos docenas de mujeres y algunos niños rezaban fervorosamente, arrodillados sobre la madera mojada de agua salobre.

Solo una joven permanecía en pie, moviéndose inquieta por el escaso espacio, chirriando los dientes con cada crujido de las cuadernas, estremeciéndose con el sonido de los fogonazos que llegaban ahogados desde cubierta.

—Si al menos hubiera una escotilla para poder ver lo que ocurre —le dijo a una mujer de rostro tan gris como su cabello recogido en un moño severo.

A la escasa luz de los dos quinqués que habían logrado mantener encendidos, la joven hizo un somero examen de aquellas mujeres, preguntándose si alguna de ellas tendría los arrestos suficientes para enfrentar a los piratas en caso de que dieran con ellas.

No los tendrían. Era demasiado evidente.

—Reza con nosotros, hija —le dijo la mujer a la que se había dirigido—. Es lo único que podemos hacer en estas circunstancias.

María Cristina de Ibarra resopló y dio una patada al suelo, levantando una salpicadura que la mojó hasta la rodilla. No podía enfadarse con la anciana. Doña Pilar había sido hasta el momento una amable compañera de viaje a pesar de la desagradable sorpresa de descubrir que tenía un lejano parentesco con el marido de su tía Hermitas.

Su compañera de viaje, la viuda Juana Sánchez, contratada en la misma ciudad de La Coruña como escolta y doncella para María, se estremeció de nuevo al oír los gritos de los hombres que luchaban por sus vidas varios metros más arriba. María miró con disgusto

cómo pasaba entre sus dedos las cuentas del rosario.

—¡Rezar!

Resopló de nuevo, mordiéndose la lengua para no declarar que hasta Dios las había abandonado. Si no fuera por los miedos de Juana, no se habría dejado arrastrar hasta aquella inmunda cloaca, donde serían presas fáciles si llegaban a encontrarlas.

Ella querría estar en cubierta, blandir una espada, o mejor un arma de fuego, y enviar a un par de piratas al infierno antes de rendirse. Pero no, estaba en aquel agujero oscuro, rodeada de llantos de niños y rezos de mujeres asustadas como corderitos en un matadero.

No podía soportarlo más. Alzó las manos hacia la portezuela que la llevaría a la bodega principal, dispuesta a abrirse paso hasta la refriega y luchar como los hombres, bajo la luz del sol, dispuesta a matar o morir.

Varias manos tiraron de sus faldas y hasta de su larga melena, hasta tumbarla en el suelo.

—¡Soltadme! ¡Soltadme ahora mismo!

—Nos descubrirán —dijo Juana, que era la primera que se había abalanzado sobre ella para detenerla.

María chilló y pataleó hasta que el sonido de pasos sobre sus cabezas las hizo enmudecer a todas. Inclusos los niños detuvieron sus llantos.

Juana se santiguó y siguió rezando en silencio, moviendo solo los labios a tanta velocidad que María tuvo que contener las ganas de reírse de ella a carcajadas. Aquella tensión la estaba desquiciando.

Y entonces la portezuela se abrió y vieron asomar unos pies enormes. En el tiempo que le llevó a aquel hombre inmenso bajar los tres escalones y plantarse en la sentina, con el cuello doblado porque tocaba en el techo con la cabeza, el silencio preocupado se llenó de gemidos de pavor.

—No se preocupen, están a salvo, los piratas han huido —dijo el hombre, extendiendo sus grandes manos para tratar de apaciguar los ánimos.

Hablaba con un suave acento que a María le recordó al de un par de marineros canarios que solían entretener las veladas cantando canciones de sus islas.

María, la única de pie, parada ante el recién llegado, trataba de discernir si su piel era tan negra como parecía o solo era un juego del contraluz creado por la portezuela abierta a su espalda.

—Señor, dice usted que estamos a salvo, ¿cómo es posible? —logró preguntar sin que le temblara la voz—. Y, ¿quién es usted?

—Soy el contramaestre de *La Dama Española*. Hemos acudido a su rescate.

Otro hombre se asomó a la portezuela, vestido de azul con dorados galones en los hombros, su pacífico y rubicundo rostro blanco apenas bronceado por el sol del Caribe.

—Señor García, tenemos la cubierta llena de hombres heridos, necesitaremos a las mujeres para ayudar al médico.

—Deles un minuto, señor —pidió el contramaestre—, tienen que recuperar el aliento.

María se sintió tan reconfortada al ver cómo aquella boca de gruesos labios se curvaba en una sonrisa amable que a punto estuvo de darle un abrazo al marino. En lugar de eso, extendió su mano, que apenas temblaba ya.

—Gracias, señor, les debemos la vida.

García contempló la mano extendida con cierta sorpresa antes de estrechársela como si de otro hombre se tratara.

—Debería dárselas a nuestro capitán, señorita, nunca dejaría de auxiliar a un barco de su tierra natal.

—La señora de Medina —dijo Juana, acercándose para tomar el brazo de María y alejarla del marino— y todas las demás estamos muy agradecidas a su capitán y su valiente tripulación.

—Disculpe, señora… —contestó, rápido, el contramaestre, corrigiendo su trato anterior—. ¿Señora de Medina? ¿Su esposo viaja también en este barco?

—Su esposo vive en la isla de Santa Marta, don Álvaro Medina, ¿lo conoce usted? —preguntó la mujer, con una rápida mirada que recorrió de arriba abajo los casi dos metros de estatura del contramaestre. Una mirada de evidente incredulidad.

El oficial de antes volvió a asomarse a la portezuela.

—Señor García, deje las presentaciones para otro momento y vuelva de inmediato a *La Dama*, el capitán lo necesita.

—Sí, señor.

El marino se inclinó ante las mujeres, con una elegante

reverencia, y volvió escaleras arriba, seguido de un suspiro de alivio colectivo.

María se deshizo del brazo de su doncella, que aún la sujetaba como si debiera protegerla de su rescatador. Se contuvo de reprenderla delante de sus compañeras de viaje, pero no le había gustado la forma en que había tratado al amable señor García.

—Entonces, ¿estamos a salvo de verdad? —preguntó doña Pilar, con las dos manos cruzadas sobre el pecho.

—Eso parece —dijo María.

Sin esperar a nadie, se levantó las faldas para correr escaleras arriba, cruzar la bodega y alcanzar la cubierta, evitando mirar a los heridos, las manchas de sangre y los destrozos que la rodeaban. Llegó hasta la popa y apoyó las manos en la balconada de madera para elevarse sobre las puntas de los pies y otear el horizonte, donde se perdían unas velas blancas de un barco que escoraba peligrosamente a babor. Con el puño cerrado en alto, lanzó unas cuantas maldiciones a los cobardes piratas que huían después de sembrar la muerte y el caos, advirtiéndoles de que no tendrían tanta suerte si sus caminos se cruzaban de nuevo.

Tras aquel fútil desahogo notó un ligero mareo que la hizo llevarse una mano a la frente. Los sentidos que había conseguido aquietar volvieron con toda intensidad, haciéndole percibir el olor a pólvora aún reciente y oír los lamentos de los hombres heridos. Al mirar a su alrededor descubrió el barco de sus rescatadores, un bergantín con un hermoso mascarón de proa que justificaba su nombre: *La Dama Española*.

María se hizo visera con una mano para seguir los pasos del contramaestre García en la otra nave, inconfundible por su estatura aún en la distancia. El hombre llegó hasta el puente de mando, donde conversó con un oficial vestido de azul, quizá su capitán, que, sin alcanzar la estatura de aquel gigante, tampoco tenía que esforzarse para mirarlo a la cara. Español, según las palabras de su subordinado, y siempre dispuesto a ayudar a sus compatriotas, lo que María esperaba poder agradecerle en algún momento.

Aún le temblaba el cuerpo al recordar las horas de terror pasadas desde que la tripulación del *Virgen del Carmen* avistó el barco pirata. Su doncella, Juana, casi la había arrastrado hacia la bodega, donde ya estaban todas las mujeres del pasaje y sus hijos y

la pobre doña Pilar, que a ratos perdía un poco la cabeza y no entendía lo que estaba ocurriendo.

Los cabos de abordaje volaban sobre la cubierta cuando María bajó los escalones. A pesar de la mano de Juana clavándose en su brazo, aún se detuvo a mirar a los primeros asaltantes que se lanzaron sobre la tripulación de su barco, armados con espadas, cuchillos y alguna pistola oxidada.

María nunca olvidaría al más fiero de ellos.

Lo vio aterrizar sobre cubierta con la sonrisa de un caballero que asiste a una fiesta. Lucía un largo chaleco negro sobre camisa blanca, espada a la cadera y un corto trabuco en la mano. Su melena, de un rubio sucio, se ondulaba sobre un rostro de rasgos angelicales, solo enturbiado por las cicatrices de una quemadura que le cubrían el lado derecho de la mandíbula y bajaban por el cuello.

Él también la vio. Sus ojos se encontraron apenas un minuto, hasta que algún marinero del *Virgen del Carmen* empujó a María con poca consideración, cerrando la trampilla de la bodega sobre su cabeza.

Volvió de nuevo la vista al horizonte, donde ya se perdía la estela del barco pirata, y murmuró una última amenaza que le habría costado una semana de fregar fogones en la cocina del convento en el que había vivido los últimos ocho años.

—Malditos —murmuró entre dientes, casi sin aliento—. Malditos, malditos…

En el puesto de mando de *La Dama Española*, el capitán no podía apartar la vista de la joven asomada a la popa del barco que acababan de rescatar, prestando escasa atención a las palabras de su contramaestre.

—Esta vez hemos estado muy cerca, señor. La próxima no se nos escaparán.

—¿Ha visto el barco? —preguntó el capitán, alejando la vista de María para vislumbrar la nave pirata que se desvanecía a lo lejos.

—Lo he visto, señor. Han replicado *La Dama*, incluso el mascarón se parece bastante.

—Entonces, ese es su juego ahora, cometer todo tipo de fechorías y cargarnos con la culpa.

García asintió, sin mucho más que añadir ante la evidencia de la cuestión que llevaba meses preocupándolos. De momento solo era una acusación de contrabando, más adelante, conociendo la fiereza de Gonzalo Balboa y su tripulación de depredadores, solo Dios sabía qué delitos podrían achacarles.

—Por eso se han atrevido a abordar un barco de pasajeros. No buscaban botín alguno, solo hacer el mayor daño posible y asegurarse de que los supervivientes recordaran su nave —añadió.

El capitán asintió, pensativo. Esta vez habían tenido suerte, tanto a la tripulación del barco español como a los pasajeros les quedaría claro que los había rescatado *La Dama Española* auténtica, y que la de los piratas era solo una burda copia. Hizo un gesto al contramaestre para que siguiera informándolo del estado del barco rescatado.

—El capitán está muerto y el primer oficial herido —terminó de resumir la situación del *Virgen del Carmen* su subordinado—. Necesitarán ayuda para llegar a Maracaibo.

—Nos ocuparemos de eso —contestó el capitán, de nuevo distraído con la visión rubia que le provocaba una extraña inquietud—. ¿Quién es la dama?

—Dígamelo usted —contestó García, con la insolencia de años trabajando bajo sus órdenes.

—¿Debería conocerla? —preguntó, sorprendido.

El contramaestre se tomó su tiempo para contestar y, por la sonrisa que apenas podía disimular, el capitán supo que se avecinaba alguna sorpresa personal.

—Según su doncella, es la esposa de don Álvaro Medina, y viaja para reunirse con el caballero en la isla de Santa Marta.

—¿La esposa…?

Sin terminar la pregunta, el capitán utilizó su catalejo para acercar la imagen de la joven de larga cabellera dorada que murmuraba palabras incomprensibles dirigidas al barco pirata que apenas se avistaba ya en el horizonte.

No, no la conocía, al menos a aquella distancia y a través del cristal de su catalejo, pero estaría encantado de hacerlo. Cuanto antes, mejor.

—Será preciso que las señoras preparen vendajes y atiendan a los heridos —le dijo a García, con toda su atención puesta en la

mujer del otro barco.

—Su segundo se está ocupando, señor.

—Entonces encárguese de comprobar los daños de la nave. Debemos asegurarnos de que está en condiciones de seguir navegando.

—Sí, mi capitán.

El contramaestre ya se había girado sobre sus grandes pies antes de dirigirle al capitán unas últimas palabras.

—Siempre ha tenido buen gusto para las damas, señor —declaró, riendo entre dientes.

—¿Le parece bonita? —preguntó el capitán, contemplando a la joven que se pasaba una mano por la frente, como si quisiera alejar los malos pensamientos.

—Preciosa, si me lo permite, don Álvaro.

Álvaro Medina, capitán de *La Dama Española*, sonrió a las palabras de su contramaestre, sin apartar la mirada de la joven que decía ser su esposa.

—Tenemos mucho trabajo por delante, señor García. Despachémoslo cuanto antes y quizá esta noche pueda ocuparme de la dama. ¿Cree que debería invitarla a cenar? Después de todo, ha cruzado el océano en mi busca.

El contramaestre sonrió por toda respuesta, antes de despedirse para cumplir sus órdenes.

Los pensamientos del capitán, por su parte, estaban completamente ocupados por la belleza que seguía en la popa del *Virgen del Carmen*, como si aún esperara que el barco pirata regresara para tener la oportunidad de enfrentarse a su tripulación. Parecía toda una guerrera allí plantada, con la magnífica melena al viento, los puños apretados a los costados.

Estaba deseando conocer a aquella farsante.

2

El sol ya se ponía en el horizonte, tiñendo el cielo y el mar de tonalidades rojizas que rivalizaban con las manos manchadas de María. Mientras se las lavaba con esmero en la jofaina, su mente se llenaba de preguntas ante la inesperada invitación recibida del contramaestre García.

—Estamos agotadas —refunfuñaba Juana a sus espaldas, alisando el vestido que acababa de sacar de su baúl—. Deberíamos rezar por las almas de los difuntos, por la recuperación de los heridos, y descansar para recobrarnos de esta tragedia.

—El capitán ha sido muy amable al invitarme y no voy a perder la oportunidad de agradecerle su rescate —contestó María, deshaciéndose del vestido sucio que llevaba, producto de las horas invertidas en atender heridos en cubierta.

Aún se estremecía al pensar en los cortes de machete que el médico había cosido con su ayuda, en las heridas de bala y los múltiples golpes recibidos en el fragor de la batalla. Entre ellos, el pobre don Luis, el esposo de doña Pilar, que se había abierto la frente por encima de la ceja. La herida sangraba tan profusamente que temió por su vida, a pesar de la poca importancia que le daba el médico de *La Dama Española*.

—El cepillo, por favor —le pidió a Juana, que se lo tendió con desgana—. No me mires así, parece que esté cometiendo un delito por el hecho de querer estar presentable después del día terrible que hemos tenido.

—Debería ir con usted —cambió de estrategia la doncella—. No sabemos quién es ese capitán ni cuáles son sus intenciones, tal vez intente cobrarse una recompensa por su buena acción.

—¡Juana! —María se giró en el estrecho camarote, tan rápido que le dio una patada al baúl. De su boca salió una palabrota dolorida que escandalizó a la doncella.

—He oído que tiene su amarre en Santa Marta —cambió de tema la mujer mayor, consciente de que se extralimitaba.

—Entonces quizá conozca a mi hermano.

Olvidada la grosera insinuación, María comenzó a vestirse con energía inagotable y una nueva ilusión ante la perspectiva de estar un poco más cerca de su querido hermano.

—Y a su supuesto esposo.

De entre todas las mujeres que su madrina había podido contratar para acompañarla en aquel viaje, María aún no sabía cómo había ido a dar con la más pesimista y santurrona de todas. Juana Sánchez había sido un dolor de cabeza durante todo el viaje, además de la culpable en parte de su gran mentira.

¿En qué momento se le había ocurrido inventar su matrimonio por poderes con Álvaro Medina?

Por supuesto, sabía exactamente en qué momento y por qué.

El *Virgen del Carmen* aún no había soltado amarras en el puerto de La Coruña cuando conoció a don Luis Salgado y su esposa, doña Pilar. La pareja, de edad avanzada, regresaban a la isla de Santa María después de un último viaje a la tierra natal para conocer a sus nietos. La confianza surgió de inmediato, sobre todo al saber que tenían conocidos comunes, hasta que, tirando de aquel hilo, María descubrió con pavor que doña Pilar era pariente lejana de su tío Aurelio, el esposo de la tía Hermitas.

Tuvo que buscar apoyo al sentir que comenzaba a marearse. Juana achacó su palidez al movimiento del barco, a pesar de que aún estaba en puerto, y aprovechó para intercambiar algunas palabras en voz baja con su joven ama.

Su madrina, Emilia, la hermana de su madre y su protectora, le había contado brevemente a la doncella al momento de contratarla el destino terrible del que estaba huyendo María: el matrimonio impuesto con el hijo de su tío Aurelio, un joven de pocas luces que era su único y decepcionante heredero.

—Si les dicen a sus tíos que la han visto en este barco… —le susurró Juana al oído, mirando de reojo a doña Pilar y a don Luis, sinceramente preocupados por su vahído.

María no le dejó acabar la frase.

—Mi hermano me protegerá, no permitirá que me obliguen a volver con ellos.

—Harán preguntas…

—Parecen buena gente, nada que ver con el intrigante de tío Aurelio.

María apretó la baranda de madera con ambas manos y respiró hondo, atrayendo la atención del matrimonio.

—¿Estás mejor, niña? —preguntó con amabilidad doña Pilar.

—Sí, sí. Es que nunca había subido a un barco.

—Ya te acostumbrarás —dijo don Luis, golpeando la cubierta con su bastón—. A mí me gusta el balanceo, me siento como una criatura acunada por su madre.

Las mujeres rieron ante aquella ocurrencia. A su alrededor, los marineros se aprestaban para la partida, y desde el puente de mando llegaban órdenes, mientras el resto de los pasajeros se iban acomodando con sus equipajes. En el puerto, las galerías de cristal de las viviendas coruñesas refulgían como espejos de señales náuticas.

—Ahora me acuerdo —dijo doña Pilar, que a ratos se quedaba con la mirada vacía mirando a un punto fijo, como si perdiera el hilo de sus pensamientos—. Sí, ahora me acuerdo. Aurelio dijo que su hijo iba a casarse, el pobre Aurelito, no podíamos creerlo…

Se detuvo, prudente, mirando a María para comprobar que no la ofendía con sus palabras. En realidad, María estaba volviendo a entrar en pánico. Juana le apretó el brazo por encima del codo, recordándole que ya se lo había advertido.

—¿No era con la sobrina de Hermitas? —preguntó don Luis a su esposa—. Parece que la niña es huérfana y ha estado interna en un convento durante años.

—Sí, sí, ya me acuerdo. ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿María Mercedes?

—María Cristina, creo.

—Eso es. Dijo que era una muchacha joven y bonita, y que esperaba que le diera muchos nietos —añadió doña Pilar, recuperando de repente la memoria—. Como no son primos, porque Aurelito es hijo de su primera esposa, que en paz descanse, no habría impedimento para el matrimonio.

Exactamente eso era lo que esperaba el marido de su tía Hermitas. Que se casara con el bobo de su hijo, su único descendiente y heredero, para darle nietos sanos, más dignos de

llevar su apellido.

—Hace tiempo que no veo a la tía Hermitas —mintió María con aplomo—. He estado viviendo en casa de mi madrina, la hermana de mi madre, que en paz descanse. —El matrimonio ofreció sus condolencias al descubrir que también ella era huérfana, sin sospechar que era la misma joven de la que estaban hablando—. Y ahora viajo a Santa Marta para reunirme con… —Juana le dio un tirón del brazo para que no dijera el nombre de su hermano, por si los ancianos sabían más de lo que contaban—. Con mi esposo —dijo de repente María, sorprendiéndose a sí misma—. Sí, voy a reunirme con mi esposo, don Álvaro Medina.

El nombre vino de inmediato a su cabeza, quizá porque nunca la abandonaba del todo. La imagen de Álvaro, el inseparable amigo de su hermano, el día que ambos partieron hacia el Nuevo Mundo para nunca volver, la perseguía desde entonces en sus sueños.

—¿Tu esposo, querida? Pareces tan joven…

—Acabamos de casarnos… Por poderes…

No sabía de dónde salían todas aquellas ideas peregrinas que surgían de su boca, quizá del brazo que Juana no dejaba de apretarle, quizá, simplemente, del pánico a verse obligada a regresar con sus tíos y a soportar un matrimonio con un muchacho tan lento que era incapaz hasta de escribir su nombre.

El matrimonio la felicitó por su reciente enlace y le desearon lo mejor para su reencuentro con su esposo. María creyó que había sorteado con bastante éxito aquel contratiempo, hasta que comenzaron a pasar los días a bordo y los ancianos se empeñaron en llamarla señora de Medina. A las pocas jornadas de navegación, todo el pasaje del barco se había enterado de su supuesto matrimonio por poderes y le deseaban lo mejor para su nueva vida de casada en Santa Marta.

Aquel asunto era algo que no podía solucionar hasta llegar a la isla y ponerse al amparo de su hermano, así que María decidió no darle mayor importancia durante el viaje.

—No acabo de decidir cómo debería presentarme al capitán de *La Dama Española* —dijo, volviendo al presente y a la mirada reprobadora de Juana—. Si tiene su amarre en Santa Marta, probablemente conocerá a mi hermano y a Álvaro, tengo entendido que la isla no es tan grande.

—Su contramaestre ya le habrá dicho que es usted la esposa de Álvaro Medina —contestó Juana, haciéndole recordar su indiscreción ante el señor García en la sentina.

María resopló, maldiciendo el momento en que aquella mujer había considerado que debía protegerla del hombre que venía a anunciarles su rescate. Le diría a su capitán que solo era una confusión, o tal vez que su doncella se había inventado aquella historia para protegerla. Podía achacar el equívoco a los nervios y al pánico por el ataque pirata.

—Bueno, ya veremos cómo lo soluciono; el señor García ya me estará esperando y no quiero ser desconsiderada.

Se miró una última vez en el espejo de plata que formaba parte de su escaso ajuar. Había logrado dominar las largas ondas de su dorado cabello, cada vez más salvaje según se acumulaban las jornadas en alta mar y la falta de agua potable para lavarlo, y se había atado un ancho lazo a modo de diadema para separarlo del rostro, muy pálido, con la sombra de unas profundas ojeras de cansancio marcándose bajo los ojos claros. No tenía joyas para adornarse, había empeñado las de su madre para pagar el pasaje y el equipaje, después de huir con lo puesto de casa de sus tíos. Desnudo y sin adornos, el escote que mostraba el vestido le pareció excesivo. Juana pareció adivinar sus pensamientos y le extendió un ligero chal de encaje que María aceptó, a pesar de que le molestaba la censura en los ojos de la mujer.

—No permita que los dejen a solas —aún insistió la doncella.

—No me esperes despierta, Juana. Mañana tendremos que seguir asistiendo a los heridos, nos quedan unas largas jornadas hasta avistar Maracaibo.

Con esas últimas palabras, salió del diminuto camarote, llenando el vano de la puerta con sus amplias faldas. No era fácil moverse por un barco con corsé y polisón, pero había decidido acicalarse lo más posible dadas las circunstancias. Quería darle una buena impresión a aquel capitán desconocido con el que ya empezaba a fantasear.

—Dígame, señor García, ¿tienen ustedes por costumbre acudir al rescate de barcos asaltados por los piratas? —preguntó al alto contramaestre, que la ayudaba a cruzar la pasarela tendida entre ambos barcos.

A la espera de su respuesta, María pisó en la juntura entre dos tablones y se tambaleó un poco, agarrándose con más fuerza al brazo de García, que rio entre dientes al ver el susto que se había llevado.

—Ningún capitán honesto dejaría de prestar auxilio a otro barco en una situación semejante —contestó el hombre, con su suave acento lleno de eses.

María quería preguntarle más cosas de su capitán, al que había sorprendido mirándola aquella mañana desde su barco, pero no quería parecer indiscreta ni ansiosa. Suspiró al pisar la cubierta de *La Dama Española* y fue saludando con la cabeza a los tripulantes, que le salían al paso para mirarla como si nunca antes hubieran visto una mujer.

—Disculpe sus modales, señora —dijo García, lanzando una mirada fiera a dos marineros que se habían acercado tanto que casi tocaban a la joven—. Llevamos demasiadas jornadas en altamar, y, aun en tierra, no se ven a menudo muchachas tan bonitas.

—Es usted muy amable —dijo María, coqueta, sonriendo a la tripulación del barco que las había rescatado, deseando transmitirles todo su agradecimiento—. No me molestan, al contrario.

—El capitán se enfadará si lo hacen.

—¿Es famoso su capitán por su mal genio? No me asuste.

—Nuestro capitán es un hombre ecuánime y generoso, que espera siempre lo mejor de sus hombres.

—Veo que lo aprecia.

—Sin duda. ¿Cuántos contramaestres negros cree usted que encontrará a bordo de un barco?

María parpadeó confusa. Ni se le había ocurrido nombrar el color de la piel de su acompañante, le parecía una grosería hacerlo, pero sus palabras le hicieron comprender que hacer como que no eran diferentes no era tan cortés como suponía.

—Estoy segura de que se ha ganado usted sus galones, señor García.

—Señora, es usted un placer para la vista y también para el oído.

Recuperado su buen humor habitual, García golpeó con los nudillos la puerta del camarote del capitán y esperó a oír su voz con

un enérgico «pase».

—Capitán, la señora de Medina.

María cruzó la estrecha puerta con el corazón en la boca. Se tomó un tiempo para acomodar sus largas faldas y pasarse una mano por la melena impecable. Parpadeó y sonrió con toda la afectación que pudo reunir, antes de acercarse al caballero extendiendo, lánguida, su pálida mano.

El crepúsculo llenaba de rojo y oro la luz que entraba por la única ventana que iluminaba el camarote. Vio una mesa llena de mapas y artilugios náuticos, una cama bastante más grande que la suya en el *Virgen del Carmen*, con la manta perfectamente sometida, y varios arcones que llenaban el suelo hasta que solo quedaba el estrecho pasillo por el que se había acercado al impávido capitán.

—Señora…

El hombre se inclinó para llevarse la mano de María a los labios. Ella aprovechó para mirar su espeso cabello castaño que la luz de las velas llenaba de reflejos de bronce, y se quedó prendada de sus ojos pardos cuando levantó la mirada hacia ella.

Incluso a lo lejos, cuando lo había visto desde la cubierta del vapor, ya le había parecido que era un hombre más joven, y atractivo, de lo que esperaba. De cerca, era abrumador.

—Capitán, no sabría por dónde empezar a agradecerle…

Se detuvo en medio de la frase, con la boca abierta, paralizada, sintiendo un *déjà vu* que a punto estuvo de hacerle perder el sentido.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el capitán, alarmado.

Oyó su voz como a través de un mamparo o como si sus oídos se hubieran llenado de agua. También notaba la presencia de García a su espalda, alarmado. Los dos hombres repitieron sus preguntas, pero ella era incapaz de formular una respuesta. Cuando consiguió cerrar la boca, fue solo para tragar saliva antes de volver a abrirla para preguntar:

—¿Álvaro?

3

El contramaestre había acertado al calificar a la dama de preciosa, y lo parecía aún más con el rico vestido de seda esmeralda que resaltaba su piel blanquísima, sin más adornos que un fino chal de encaje que se le deslizaba por los hombros dejando a la vista la inmaculada piel de su escote. Llevaba la larga melena, que a Álvaro le recordó la espiga del trigo maduro, apartada de la cara con una cinta a juego con el vestido. Su rostro era un óvalo perfecto en el que relucían los grandes ojos azules bajo las cejas oscuras, que frunció con sorpresa, haciendo destacar el lunar que adornaba el borde exterior de la derecha. La vio abrir la boca, sorprendida, antes de soltar el aliento con un jadeo, logrando que Álvaro se quedara hipnotizado mirando aquellos labios húmedos y rosados que invitaban a besarlos.

—¿Álvaro?

Pronunció su nombre como si lo conociera de toda la vida. Al capitán solo se le ocurrió desear que así fuera.

—¿Señora…?

Esperó en vano que ella aclarara su identidad. La vio volver a fruncir el ceño; las cejas rectas y el lunar a su derecha formaron un código morse, dos rayas y un punto, la letra «g». «G» de gloria, de gozo.

—Álvaro, por Dios, cuánto has cambiado. Casi no te reconozco.

La miró incrédulo, recordando de repente las visitas de su infancia a la casa de su abuela, que solía recibirlo con palabras similares.

—¿Perdone…?

—No te preocupes, no voy a pellizcarte las mejillas como solía hacer tu abuela, ya sé que la querías mucho pero también que odiabas esa costumbre.

Aquella desconocida, además de alardear de ser su falsa esposa,

parecía tener información privada de otros tiempos tan lejanos que hasta él mismo empezaba a olvidar.

—¿Quién es usted? —inquirió, a disgusto, olvidando ya sus buenos modales.

—¿No me reconoces? —Curvó sus apetitosos labios hacia abajo antes de lanzar una mirada al contramaestre, que seguía parado cerca de la puerta, esperando el desenlace—. ¿Qué le parece? —le preguntó a García—. Los hombres son unos ingratos. Fíjese que la última vez que nos vimos me pidió en matrimonio. Es cierto que él era poco más que un muchachito imberbe, y que yo solo era una niña. —Respiró hondo haciendo que las curvas que asomaban por el escote de su vestido no dejaran dudas sobre cuánto había crecido desde entonces—. He esperado ocho largos años que cumpliera su promesa de volver a buscarme, y ahora que nos encontramos ni me reconoce.

—Pero ¿quién…?

Álvaro estaba a punto de dejarse llevar por un arrebato de mal genio. Hizo un gran esfuerzo para no perder los buenos modales de su infancia, casi olvidados después de tantos años lejos de su tierra natal, respiró hondo y volvió a mirar de nuevo a la desconocida, buscando la pista que delatara su identidad. La encontró en sus ojos azules, oscuros, densos, como un remolino en altamar.

—No puede ser… ¿María?

—María Cristina de Ibarra, para servirlo, capitán.

La joven hizo una anticuada reverencia bajo la mirada severa del capitán, que aún se sentía incrédulo ante aquel reencuentro.

—¿Ibarra? —preguntó García.

—Sí —dijo Álvaro, con un sonoro suspiro, antes de añadir el dato que ninguno de los dos habría querido confirmar—. Es la hermana de Diego.

—Por todos los demonios —exclamó el contramaestre.

—García, cuide su lenguaje delante de la dama.

—Mejor me vuelvo al *Virgen del Carmen*, alguien tiene que dirigir ese barco.

—El segundo oficial, Lamas, se ocupa.

—Pues me pondré a sus órdenes. —El contramaestre saludó a María con una leve inclinación de cabeza antes de abrir la puerta para salir del camarote—. La hermana de don Diego —murmuró

aún—, no me gusta, esto nos traerá problemas.

Álvaro le hizo un gesto para que no siguiera hablando y esperó a que cerrara la puerta antes de ofrecerle asiento a María. Ella se lo quedó mirando, como si no entendiera el sencillo gesto que él le hacía señalando la silla ante su mesa de trabajo.

—Álvaro, ¿me darías un abrazo? —preguntó.

No esperó respuesta, simplemente se acercó y le rodeó la cintura con los brazos, apoyando la cara en su pecho con un largo suspiro.

—María…

—No sabes cuánto miedo he pasado, y después, ayudando a atender a los heridos… Ha sido un día terrible y encontrarte es lo mejor que me ha pasado en meses.

Sus palabras parecieron conmoverlo, porque relajó un poco la espalda envarada y la rodeó con sus brazos, acunándola un poco para reconfortarla.

—Has sido muy valiente —le dijo, antes de ir deshaciendo el abrazo con suavidad, para llevarla hacia la silla que quería que ocupara—. Pero ahora tenemos que hablar. Me debes una explicación.

La muy ladina se sentó despacio, las manos sobre el regazo, los ojos bajos, representando la viva imagen del decoro, como si comenzara a ser consciente del alcance de sus actos.

—Lo sé. ¿Me servirás una copa de vino antes? Estoy muerta de sed y no he tenido tiempo de comer ni de beber nada hoy en todo el día.

El capitán miró sobre la mesa la botella de buen rioja que le traían de España especialmente para él. Ya estaba abriendo la boca para decir que las niñas no podían beber vino cuando María volvió a suspirar, llevándose una mano a la estrecha cintura, como si el corsé le cortara el aliento. ¿Cuántos años tenía? ¿Diecinueve, veinte quizá? No quedaba nada en ella de la niña de la que se había despedido tantos años atrás en su tierra natal.

Sirvió dos copas a regañadientes, esperando a que ella bebiera dos sorbos con aquel gesto comedido que tan poco casaba con su carácter. La conocía, su cuerpo podía haber cambiado, pero no su carácter rebelde, indómito, por eso sabía que solo estaba fingiendo aquel papel de dama recatada que le resultaba tan ajeno.

—¿Te das cuenta del lío en el que estás metida?

Se alejó de ella, sin esperar su respuesta, para no seguir mirando embobado las curvas que el ceñido vestido de noche dibujaba con la precisión de un artista.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella alarmada, mirando a su alrededor.

Por primera vez, Álvaro pensó en la inconveniencia de estar los dos solos en su camarote, con la última luz del sol poniente alumbrando apenas. Se apresuró a encender dos quinqués, concentrándose en la tarea para alejar aquellos turbios pensamientos. No eran un hombre y una mujer en una situación íntima que pudiera dar lugar a equívocos. Solo era la hermana pequeña de su mejor amigo, una criatura que había visto crecer y que había considerado siempre como su propia hermana.

—Has hecho creer a los pasajeros del *Virgen del Carmen* que eres mi esposa, y pronto todos sabrán quién soy yo.

María se encogió de hombros y el chal se deslizó por su espalda, dejando al descubierto sus finas clavículas y la curva perfecta de su cuello de cisne.

—Bueno, puedes permitir que sigan creyendo que eres mi esposo, o puedes desenmascararme y dejar que me tachen de embustera.

Álvaro dio un puñetazo sobre la mesa, haciendo temblar las copas hasta derramar parte de su contenido.

—María, esto no es un juego, se trata de tu buen nombre, de tu reputación, de la de tu hermano.

—Entonces no me desmientas —contestó, descarada, levantando la fina barbilla en un gesto desafiante.

Álvaro dio dos pasos en el estrecho espacio del camarote, acercándose a la ventana tras la que el cielo se iba volviendo de un azul marino cuajado de estrellas.

—¿Quieres decirme, por el amor de Dios, por qué viajas con un nombre falso?

—Para huir de mis tíos —fue la concisa respuesta.

—¿Hablas de tu tía Hermitas? —preguntó Álvaro, volviéndose para mirarla. Apoyó las caderas en el marco de la ventana, consciente de que era mejor guardar toda la distancia posible con su invitada—. Diego me contó que se había casado poco después de nuestra partida y que tú habías preferido vivir interna en el colegio

de las hermanas clarisas en el que estudiabas. Debo decir que me sorprendió; nunca te habría imaginado tomando los hábitos.

—No fue decisión mía, me internaron en el colegio contra mi voluntad, pero solo como estudiante. Ni se me pasó por la cabeza tomar los hábitos, nunca tuve vocación religiosa y menos aún al conocer cómo viven las monjas.

María se rio con inesperado buen humor, contagiándolo por unos segundos. Ese era el espíritu indomable de la niña que recordaba.

—Sigue, por favor.

—El caso es que el marido de la tía Hermitas, el tío Aurelio, tiene un hijo de su primer matrimonio, Aurelito. Su esposa murió en el parto y al niño poco le faltó, según dicen tenía el cordón enrollado en el cuello y estaba completamente azul cuando… cuando lo alumbraron… —María recuperó el aliento después de encontrar la palabra correcta para referirse a tan delicada función fisiológica—. Es un buen muchacho, le encantan los animales y los dibuja muy bien, pero por lo demás nunca fue capaz de aprender nada, no sabe ni atarse los cordones de los zapatos.

Álvaro recordó en ese momento que la niña que había dejado en España tantos años atrás también era muy habladora, toda una cuentista capaz de convertir en una aventura llena de peligros la mínima anécdota cotidiana. Aprovechando que se había detenido para tomar aliento, se acercó para sentarse enfrente de ella.

—¿Vas a decirme de una vez adónde quieres llegar con toda esta historia?

—Pues que el tío Aurelio y la tía Hermitas no han tenido hijos, así que Aurelito es el único heredero de la fortuna del tío, que no es pequeña, y se le ocurrió que tenía que casar a su hijo cuanto antes para que le diera nietos más… ¿Qué palabra usó? Sí, más dignos de llevar su apellido y heredar su hacienda.

—Pero ¿cuántos años tiene Aurelito?

—Veinte, como yo.

Veinte años. No era de extrañar que apenas pudiera reconocer en ella a la niña que recordaba, a pesar de su hermosa cabellera dorada, inconfundible, y aquellos ojos que eran espejos en los que se transparentaba hasta su alma. Le parecía increíble que María hubiese inventado su matrimonio falso y hubiera mantenido aquella

farsa durante las largas jornadas de travesía. No había en ella ninguna doblez, ni pizca de falsedad, le bastaba con oírla para saber que, si se lo pedía, desnudaría ante él hasta el último secreto de su alma.

—Tu tío quería casarte con su hijo —concluyó, uniéndose al resoplido de ella al oír aquellas palabras.

—Cuando la tía Hermitas se casó con ese hombre le faltó tiempo para deshacerse de mí y enviarme al convento; no fui yo la que eligió vivir allí interna, ¿sabes? Por eso me sorprendió tanto que de repente decidiera ir a buscarme. Me llevó a vivir a su nueva casa, me trató como una hija y, para cuando me di cuenta, estaban planeando mi matrimonio con Aurelito a mis espaldas.

Álvaro cruzó los dedos de las manos, uno a uno, apretando fuerte para no descargar su furia en los objetos inanimados que lo rodeaban; furia unida a la impotencia que le provocaba imaginar a María teniendo que huir de la casa de su tía, que debería haber sido un lugar seguro para una pobre huérfana sin más familia directa que un hermano al otro lado del océano que le había confiado el cuidado de la niña a aquella intrigante.

—¿Cómo lograste huir y embarcar en el *Virgen del Carmen*?

—Gracias a mi madrina, la tía Emilia, ¿la recuerdas?

—¿No vivía en Vigo?

—Hace algunos años que se mudó a Betanzos, recibió una casa allí en herencia y la convirtió en pensión. Tendrías que ver las caras que se les quedaron cuando me vieron llegar vestida con el hábito que me dejaron las hermanas para mi huida. —María extendió una mano y la puso sobre las del Álvaro, como si fuera él quien necesitara consuelo por todas las pruebas que ella había tenido que superar—. En la pensión de mi madrina estaba alojado un marino de Santa Marta, Greg Hamilton.

—Conozco al capitán Hamilton. Pero ¿qué hacía en Betanzos?

—Ay, esa es una larga historia que tendré que contarte. Estaba buscando a su hermana, que se había casado en España y estaba desaparecida desde hacía dos años…

—¿La encontró? —preguntó Álvaro, impaciente porque María continuara con su propia historia y resumiera la de Greg Hamilton.

—Sí, por lo que pude ver antes de partir, encontró a su hermana y también a su futura esposa, Coral, la sobrina de mi madrina por la

otra rama de la familia que…

—María, al grano —pidió Álvaro, levantando una mano para cortar sus divagaciones.

—Bien, al grano. El capitán Hamilton me consiguió un buen camarote en el *Virgen del Carmen*. Madrina contrató a Juana Sánchez, para que fuera mi acompañante, y me llevó a comprar todo lo necesario en la ciudad de La Coruña.

—Tendrás que informar a tu hermano de las deudas que tienes con tu madrina, entonces.

—No, no te preocupes. No podía permitir que me adelantara tanto dinero, así que empeñé las joyas de mi madre para pagar todos los gastos. —María parpadeó, por un momento perdido su buen humor—. Pero no pasa nada, le dije que le enviaría el dinero para desempeñarlas.

Álvaro miró la mano posada sobre las suyas, a la vez tan delicada y tan fuerte. Envolvió sus dedos y se los llevó a los labios.

—Lamento todo lo que has tenido que pasar —dijo en voz tan baja que casi quedaba ahogada por el rumor del oleaje golpeando el casco del barco.

—Ha sido toda una aventura —dijo ella, recuperando su entusiasmo, sin hacer ademán de retirar la mano que el capitán se había apropiado—. Solo lamento haberte involucrado en ella.

—Eso aún no me lo has contado.

Entonces pasó a referirle su encuentro con doña Pilar y don Luis, la amabilidad de los ancianos y la sorpresa de descubrir que conocían a sus tíos, motivo por el que se había inventado un falso esposo que la protegería de cualquier intento de devolverla a su hogar.

—¿Un matrimonio por poderes? —preguntó Álvaro, asombrado de su ingenio—. Entonces, ¿es la primera vez que nos vemos desde nuestro enlace?

—Eso es —dijo María, con las mejillas repentinamente coloreadas.

Siguió un largo silencio en el que solo se oía el crujir de las cuadernas del barco y las voces lejanas de los marineros, que no parecían tener sueño aquella noche, a pesar de todas las emociones vividas.

—Dentro de tres días estarás con tu hermano, no te preocupes.

Haré que trasladen aquí tu equipaje, y a tu doncella, si la necesitas.

María se estremeció al pensar en la pesimista Juana, que no había sido la mejor compañera de viaje que podía haber deseado.

—En realidad, ella debe llegar a Maracaibo, donde tiene una oferta de trabajo.

—Entonces es mejor que siga viaje en el *Virgen del Carmen*.

—¿Y nosotros vamos camino de Santa Marta? —preguntó, tan animada como una niña ante una nueva aventura.

—Con una breve escala en Santa María, la otra isla habitada del archipiélago.

—Solo tres días —suspiró la joven, mirando por la ventana hacia la luna en cuarto menguante que dibujaba un perfecto arco en el cielo nocturno.

Tres noches, pensó Álvaro. Tres noches con aquella belleza instalada en su barco. Sabiendo cómo corrían los rumores entre la tripulación, a esas alturas ya todos se habrían enterado de su supuesto matrimonio por poderes, sería imposible ocultarlo o dar una explicación que no dejara quedar a María como una mentirosa, o, peor, como una aventurera.

—Te prometo que todo se va a solucionar —le dijo.

La sonrisa que recibió como recompensa a sus palabras fue tan deslumbrante como el primer rayo del sol al amanecer.

—¿Puedo darte otro abrazo? —preguntó ella, poniéndose en pie, ya con las manos extendidas hacia él.

—Sobre eso, vamos a tener que fijar algunas normas —dijo Álvaro, dando un paso atrás.

—¿Fijar normas? ¿Qué hay de malo en un abrazo? Tú y yo somos prácticamente familia, cuando era pequeña y me caía me curabas las heridas con un beso, y más de una vez me he dormido en tu regazo.

Álvaro cerró los ojos para no recrear los recuerdos que ella invocaba. Aquella niña se había borrado de su memoria suplantada por una belleza tan deslumbrante que le costaba hasta mirarla. No encontraba nada en ella que no fuera delicioso. Sus manos de largos dedos, que agitaba como alas de paloma al hablar. Su figura de reloj de arena deliciosamente enmarcada por el vestido. El escote, sin joyas ni adornos, que dejaba ver las curvas tentadoras de sus senos. Su cuello largo, el óvalo perfecto de su rostro, sus ojos de mar

turbulento. Todo lo fascinaba, lo seducía, hasta un punto que ella ni siquiera imaginaba.

—Nada de besos ni abrazos. Recordarás que eres una señorita, y yo no olvidaré que soy un caballero y que tu hermano es mi amigo más querido.

Ella pareció ofenderse, pero sus ojos chispearon de un modo preocupante.

Álvaro había vivido momentos muy difíciles desde que partió de España en busca de fortuna, por no hablar de la situación familiar que lo llevó a tomar aquella decisión, pero ahora comenzaba a temer que los próximos tres días fueran los más complicados de su existencia.

4

María despertó entrada la mañana con una sonrisa en los labios fruto del buen descanso. Solo hubo un momento de extrañeza al abrir los ojos para descubrir el gran camarote en el que ahora se alojaba, tan distinto de su pequeño aposento bajo cubierta en el *Virgen del Carmen*. Se envolvió en las mantas y aspiró hondo el aroma del hombre que le había cedido su cama con tanta galantería.

—Informaré a mi segundo y al contramaestre de que, aunque el matrimonio por poderes es válido, es nuestro deseo unirnos también por la Iglesia para considerarnos realmente casados —le había dicho, tras compartir la cena que se había enfriado sobre la mesa durante su larga conversación, y antes de dejarla a solas para que descansara.

Con aquel subterfugio trataba de ganar tiempo, a la vez que justificaba no compartir camarote con su supuesta esposa. María se había ruborizado al pensar en las implicaciones de un verdadero matrimonio. Aunque había crecido en un colegio de monjas, no era una absoluta ignorante de las intimidades conyugales, siempre había alumnas mayores que contaban historias de sus hermanas casadas, o incluso escarceos personales. De ellas había aprendido cosas que seguramente nunca le habrían enseñado en su hogar familiar. Sabía que su madre la habría protegido al punto de convertirla en una absoluta ignorante de lo que ocurre entre los esposos hasta el día de su propia boda, de haber vivido para verla.

Álvaro le había prometido que todo iría bien y nada deseaba más que creerlo, pero a sus espaldas comenzaba a acumular demasiadas promesas incumplidas. La última vez que se habían visto prometió que volvería a por ella cuando la encontró desconsolada ante la inminencia de su partida, protestando porque

la dejaban atrás como si solo fuera un bulto molesto. María se había colgado de su cuello para declararle su amor eterno, jurarle que lo esperaría y nunca se casaría con otro que no fuera él. Con infinita paciencia, Álvaro había calmado su pena con un abrazo y la promesa de que no permitiría que se quedara soltera por su culpa.

—¿Te casarás conmigo cuando tenga la edad suficiente? —preguntó ella con toda la inocencia de una criatura ante su primer gran amor platónico—. ¿Me harás tu esposa y me llevarás contigo al Caribe?

—Te lo prometo, así será si no me olvidas antes.

—Jamás —aseguró María, que pocas veces utilizaba una sola palabra al abrir la boca.

Le llevó años comprender que él solo había dicho unas palabras ligeras para animarla y que era absurdo mantenerse en estricto celibato por un hombre que seguramente la había olvidado en cuanto su barco perdió de vista la costa española. Por otra parte, había sido fácil atenerse a su promesa de esperarlo cuando vivía en un convento y el único pretendiente que había tenido en todos aquellos años era el pobre Aurelito.

Álvaro, por su parte, no había cumplido ninguna de sus dos promesas, por eso ahora le costaba creerlo cuando aseguraba que arreglaría el desastre que ella había causado.

De todos modos, no estaba en su ánimo esperar a que le solucionaran sus problemas o le allanaran el camino. Llena de energía, como siempre al amanecer, se levantó de la cama y estiró los brazos, contorsionándose con gestos felinos para mover todos los músculos de la espalda. Las mangas del camisón se le deslizaron hasta la mitad del brazo y sus senos, libres de corsés y enaguas, asomaron casi por completo sobre la fina batista. No pudo evitar un momento de vanidad al recordar la forma en que Álvaro le había mirado el escote más de una vez la noche anterior.

Así estaba, perdida en sus ensoñaciones, cuando sonaron dos golpes apresurados en la puerta, que se abrió antes de esperar respuesta.

María se recreó en su sorpresa, en la mirada desorbitada de aquellos ojos pardos que la recorrieron desde el cabello alborotado, bajaron por el revelador escote y llegaron hasta sus pies desnudos, deteniéndose en los finos tobillos también a la vista. Si la noche

anterior la había mirado con desconcierto, como intentando encajar la imagen aniñada de su recuerdo con la actual, ahora María pudo percibir el exacto momento en el que Álvaro descubría que definitivamente se había convertido en una mujer.

Una mujer cuya visión lo perturbaba de tal forma que la hacía sentirse poderosa.

—Perdón —dijo, girándose para mirar hacia su mesa de trabajo—. Hay una señora que insiste en verte.

—¿Juana? —preguntó María, subiéndose las mangas del camisón y atándose el lazo del escote.

No tenía ningún interés en ver a su compañera de viaje, aunque tendría que explicarle que allí se separaban sus caminos.

—Doña Pilar de Salgado.

—¿Doña Pilar? —María se levantó de un salto y se acercó a Álvaro, poniéndole una mano en el brazo—. ¿Le ha ocurrido algo a su esposo? Creí que su herida no era tan grave.

—No se trata del marido, es solo que a la buena señora se le ha metido en la cabeza que te retengo aquí contra tu voluntad.

Álvaro meneó la cabeza con una sonrisa que contagió a María.

—¿Contra mi voluntad? Pensaba que después de tantas jornadas de viaje comenzaba a conocerme —dijo María, sin retirar la mano que encajaba a la perfección en el pliegue del codo del capitán.

—Vístete, entonces —dijo Álvaro, con un suave carraspeo, mirándola a los ojos para evitar la visión de su cuerpo solo cubierto con el fino camisón blanco—. Te acompañaré al *Virgen del Carmen* para que te despidas de tus compañeros de viaje.

—Gracias, Álvaro —dijo, antes de ponerse de puntillas para besarlo en la mejilla.

—María…

La severidad de su gesto sería suficiente para alertar al marino más curtido, pero María ni era un marino ni tenía la sensatez suficiente para temer el carácter del hombre que ella creía conocer.

—¿Qué?

—Habíamos acordado que nada de besos.

—¿Acordado? En realidad, fue más una orden, capitán —bromeó ella con descaro—. Solo que yo no soy parte de tu tripulación.

—Mientras estés a bordo de mi barco, acatarás mis órdenes

como si lo fueras.

—Entonces te obedeceré como una buena esposa. —Lo vio apretar los puños y notó la tensión de sus músculos bajo la mano—. Lo siento, no quería bromear sobre algo tan serio, pero no hay nada malo en un beso fraternal, ¿no? No es ni mucho menos el primero que te doy.

—El problema es que no eres realmente mi esposa, ni mi hermana, y que ya no eres una niña pequeña.

Álvaro retiró el brazo, como si su contacto lo quemara, y cruzó las manos a su espalda. La pequeña diablesa que a veces se adueñaba de la voluntad de María la empujaba a provocarlo, a tentarlo hasta conocer sus límites. Se le acercó un poco más, el volante de encaje de su camisón tocando los botones dorados de su casaca.

—¿Tienes una esposa, o una prometida, o… una amante… esperándote en Santa Marta?

—Es una pregunta muy indiscreta.

—Supongo que no tienes una esposa, o esta charada no tendría sentido —continuó María, en absoluto acobardada por la severidad del capitán—. Pero si hay una mujer esperándote, no quisiera ser motivo de un conflicto en tu relación.

—No hay ninguna mujer —dijo él, con una sombra oscura cubriendo su atractivo rostro—. No ahora.

Entonces la hubo en el pasado, concluyó María, sintiendo un ramalazo de celos que la recorrió como un latigazo en la espalda. Nunca había imaginado a Álvaro cortejando a otra, enamorándose de otra; en sus fantasías infantiles él se mantenía fiel a su recuerdo, aguardando con infinita paciencia a que creciera para volver a buscarla y casarse con ella.

—Bien —dijo, alejando los malos pensamientos con un suspiro—, un problema menos, entonces. Voy a vestirme.

Se dio la vuelta para abrir el baúl que alguien había traído mientras ella dormía, del que sacó un vestido. La puerta del camarote se cerró a su espalda y María se volvió para encontrarse sola, sin una despedida.

Poco después, acompañada de un Álvaro taciturno, estaba de regreso en la cubierta del *Virgen del Carmen*.

Despedirse de Juana fue sencillo. La mujer aceptó el dinero que

le ofreció sin muchos remilgos, aunque ya la tía Emilia le había pagado generosamente antes de partir de La Coruña.

Cuando la viuda, vestida de riguroso negro, regresó a su alojamiento bajo cubierta que ahora disfrutaría en soledad, María inspiró con fuerza. Al soltar el aire, le pareció que el cielo y el mar, tan azules, se volvían más claros, mucho más luminosos.

Con doña Pilar y su esposo las cosas fueron muy distintas. Aunque la herida de la cabeza de don Luis no era grave, se le había formado un oscuro moratón que le bajaba desde el golpe en la ceja hasta la mejilla, formando surcos grises bajo el ojo enrojecido.

—El médico dice que no es de cuidado, pero no estaré tranquila hasta que estemos de regreso en nuestro hogar —dijo doña Pilar, que se desvivía por el estado de su marido.

María reconoció a ese tipo de mujer que se crece en las dificultades, sus propias enfermedades o penas se le olvidan cuando tiene alguien de quien ocuparse.

—Su hogar, claro, ustedes viven en Santa María.

Se volvió hacia Álvaro con los ojos brillantes y una súplica apenas insinuada en los labios. Él meneó la cabeza al verla venir, pero ella lo cogió de un brazo y lo llevó fuera del camarote, haciéndole un gesto a doña Pilar para que los esperara.

—*La Dama* no es un barco de pasajeros, no podría ofrecerles ningún tipo de comodidad.

—Pero sí ahorrarles varias jornadas más de viaje, primero hasta Maracaibo, y después de regreso a las islas.

—Quizá tengan asuntos que atender en tierra firme, muchos isleños viajan regularmente a Maracaibo por provisiones o negocios.

—Si no fuera así, ¿accederías a llevarlos en tu barco?

—No sé si te das cuenta de que eso complicaría aún más la situación.

A María le molestó que se refiriera de ese modo a su falso matrimonio: «la situación». Como si solo fuera una incomodidad que solucionar cuanto antes.

—O puede ser al contrario —argumentó—. Puesto que has hecho saber a la tripulación que no consideramos nuestro matrimonio válido hasta que se celebre por la Iglesia, ellos pueden ser los testigos que confirmen el cumplimiento de tu palabra, si fuera preciso.

Expuso la idea según se iba formando en su cabeza, convencida de que podía derribar las defensas de Álvaro. Los ancianos habían sido muy amables con ella durante todo el viaje, por eso ahora quería compensarlos ayudándolos a llegar a su hogar cuanto antes.

—Cuando se te mete algo en la cabeza, nunca aceptas una respuesta negativa —dijo Álvaro, sin ser consciente de cuánto halagaba a María que la recordara tan bien.

—Eres demasiado generoso para negarte a socorrer a unos ancianos que te necesitan —le contestó, esperando que también él conservara las buenas cualidades que la habían enamorado cuando era una niña.

Álvaro inclinó la cabeza con un gesto que María no supo si era aceptación o solo resignación.

—Tengo asuntos que tratar con el contramaestre García. Te espero en cubierta.

—No me has dado tu permiso —dijo ella, reteniéndolo aún por el brazo.

—Parece que no lo necesitas.

Le había prohibido que le diera besos, pero no había insistido en lo de los abrazos, así que María se colgó de su cuello y hundió la cara en el oscuro paño azul de su casaca.

—Gracias, otra vez, eres mi ángel de la guarda.

Álvaro la sujetó por debajo de los codos y la separó de su cuerpo con más brusquedad de lo que esperaba.

—No soy un ángel, ni un santo, María, no te confundas. Soy un hombre y tú eres una mujer, así que mantén las distancias, no vayamos a complicar aún más esta situación.

Y se fue, dejándola en el pasillo oscuro de los camarotes de pasajeros con la boca abierta y las manos hormigueando aún por su contacto.

—La situación. ¡Ja! —exclamó en voz alta, dando unos pasos nerviosos por el pequeño espacio—. La situación…

Doña Pilar se asomó para ver lo que ocurría y María volvió al momento con ella a la cabecera del herido, dándoles las buenas noticias que recibieron con alborozo.

Aquella noche cenaron todos juntos en el camarote del capitán, los ancianos y ellos dos, que se mostraron comedidos y formales, como se esperaría de unos novios que aún no han pasado ante el

altar. La conversación giró en torno a su decisión de esperar hasta jurar sus votos en la Iglesia antes de considerarse un verdadero matrimonio.

María se felicitó por lo bien que estaba saliendo todo. Los ancianos aprobaban su decisión, convirtiéndose en los testigos de la conducta intachable de Álvaro, al que incluso comenzaban a apreciar, puesto que, además de rescatarlos de los piratas, ahora les facilitaba el regreso al hogar antes de lo previsto. Todo esto gracias a su buen hacer, se decía, orgullosa.

Ella sabía muy bien cómo manejar «la situación», solo esperaba que Álvaro también se diera cuenta.

5

La luna, en cuarto menguante, apenas iluminaba la cubierta en la que los hombres dormían al raso, sin necesidad de mantas dado el calor bochornoso que mantenía a Álvaro desvelado, con la cabeza llena de pensamientos sombríos. Aunque su insomnio no se debía solo al calor, reconoció para sus adentros.

Se sentía como si una ola enorme hubiera puesto su barco boca abajo y tuviera que buscar la forma de volver a enderezarlo.

Cómo podía perturbarlo todo la presencia de una sola persona era algo que no lograba discernir. Solo era una jovencita. Delicada y frágil como una copa del más fino cristal, dulce y cándida como un polluelo que aún no ha salido del nido. Y ahí estaba, en su barco, ocupando su camarote, haciéndolo bailar como un mono de feria al son que le tocaba.

No veía la hora de entregársela a su hermano.

Ese era otro de sus problemas, de los muchos que se le acumulaban últimamente, como si una meiga de su tierra natal le hubiera echado un mal de ojo, porque Diego de Ibarra, su hermano aunque no tuvieran la misma sangre, se había convertido en su inesperado enemigo, al punto que volver a Santa Marta podía llevar a su detención por el gobernador de la isla.

—¿Usted tampoco puede dormir? —preguntó la voz sureña del contramaestre García, que le llegó al mismo tiempo que el olor de su pipa.

—Demasiado calor —dijo Álvaro, bajándose de la hamaca.

Los dos hombres se apoyaron, codo con codo, en la baranda de estribor, mirando el mar oscuro que los rodeaba. Estaban completamente a solas en medio de la nada. El *Virgen del Carmen* había reanudado su trayecto a Maracaibo, capitaneado por su segundo, Serafín Lamas, y a ellos les quedaban un par de jornadas para llegar a Santa María.

—Y demasiados problemas, también —dijo García, con una inflexión amable que invitaba a las confidencias.

—No me los recuerde.

Álvaro buscó entre las constelaciones que conocía de memoria, como buen marino que era, una respuesta a sus cuitas, pero hasta el tiempo se volvía en su contra y unas nubes densas apagaban el brillo de las estrellas.

—Tendremos lluvia antes del amanecer —pronosticó el contramaestre, mirando también el cielo cada vez más oscuro.

—Solo nos falta una galerna —contestó Álvaro, pesimista.

—¿No hemos sufrido una ya? —bromeó García.

Sonrió apenas, agradeciendo la intención de su subordinado, el mejor amigo que tenía a bordo. Sí, María había llegado a *La Dama Española* como una tormenta en alta mar, por eso no era descabellada su visión de una ola volviendo su barco del revés.

Se rascó la muñeca derecha con la otra mano. Por algún motivo, las perturbaciones emocionales le irritaban las cicatrices de quemaduras que le recorrían el brazo hasta el hombro. Había estado tan cerca esta vez. Tan cerca de acabar con su enemigo para siempre. Casi saboreaba el triunfo, pero al final tuvo que decidir entre socorrer a sus necesitados compatriotas o perseguir al miserable pirata que no había dudado en asaltar un barco de pasajeros solo para achacar otra infamia a *La Dama Española*.

—Varias, me temo —contestó a la pregunta, frotándose el brazo para calmar el escozor.

—He hablado con los pasajeros del *Virgen del Carmen*. Por lo que me cuentan, Balboa se llevó la peor parte en su último encuentro.

—¿Eso dicen?

—Tiene quemada la cara y el cuello, y dicen que se le nota que le cuesta mover el hombro, así que las quemaduras llegarán más allá de donde le tapa la camisa.

Álvaro asintió, recordando aquel momento, el incendio desatado a su derecha, las llamas prendiendo en sus ropas en pleno combate, Balboa aullando y él tratando de impedir su huida. Todo había sido en balde. El navío pirata había ardido como un puñado de ramas secas y la tripulación había acabado flotando en el mar, cerca de la costa venezolana, donde los mejores nadadores lograron refugiarse.

Ahora aquel demonio regresaba de entre los muertos con un nuevo barco, una mala réplica de *La Dama*, suficiente para causar confusión y acusaciones varias contra su propia nave. Contrabando. Piratería incluso. No era de extrañar que el gobernador de Santa Marta, por buen amigo que fuera, hubiera dictado una orden de detención. Y Diego de Ibarra, su secretario, era el encargado de ejecutarla.

—Al menos ahora tenemos testigos de un barco pirata que imita a *La Dama* —dijo—. Entre ellos, la propia hermana del secretario.

—Podemos volver a casa —suspiró García.

—Sí. —Álvaro palmeó el brazo de su contramaestre, ancho como el palo de la vela mayor—. Volvemos a casa.

Las primeras luces de la aurora despejaron las nubes en el horizonte. Álvaro se despidió de su subordinado para acercarse a su camarote. Necesitaba cambiarse de ropa y quería hacerlo antes de que María estuviera despierta.

Abrió con suavidad la puerta bien engrasada y se coló en la penumbra de sus dominios, ahora difícilmente reconocibles con las pertenencias de María llenándolo todo. El orden no parecía ser una de sus cualidades, se dijo, apartando unas blancas enaguas que cubrían el baúl en el que estaban sus prendas.

Se desvistió de cintura para arriba, manteniendo la espalda todo el tiempo hacia la cama a la que no quería mirar. Antes de ponerse la camisa limpia, se frotó el brazo con un ungüento de hierbas que se había procurado en Maracaibo; era lo único que le calmaba aquel ardor. Distraído con esa labor, se fue girando hasta que sus ojos se encontraron con aquella mirada del color de las fosas más profundas del océano. La vio entreabrir los labios, como si le faltara el aire y, sin darse apenas cuenta, repitió el gesto.

—No quería despertarte —dijo en un susurro—. Es muy temprano aún.

—¿Te duele mucho? —preguntó ella, curvando hacia abajo su deliciosa boca.

—No… Apenas… En realidad, es más una especie de escozor.

—¿El ungüento ayuda?

—Sí. Y el agua fría, pero en estos mares, el mar es demasiado cálido.

Debería vestirse cuanto antes, pero si lo hacía sin esperar a que

la piel se le secara, echaría a perder su camisa.

—El capitán pirata… también tiene quemaduras.

—¿Llegaste a ver a Balboa? —preguntó Álvaro, sorprendido, dándose cuenta de que aún no habían hablado del asalto al barco, tan ocupados estaban buscando solución a su otro problema más personal.

María se incorporó en la cama, apoyando la espalda en la pared de madera a la que estaba arrimada.

—Apenas un instante, antes de que Juana me obligara a esconderme en la bodega. Yo no quería, prefería luchar como un hombre que esperar mi destino allí abajo como una rata. Si no fuera por lo asustada que estaba y por la pobre doña Pilar, que se ha portado como una madre conmigo durante todo el viaje, no me habría quedado allí a la espera del desenlace en cubierta.

Álvaro rio, meneando la cabeza, girándose para guardar el frasco de ungüento, incapaz de seguir afrontando la intensidad de su mirada.

—Habrían estado tan desconcertados al tenerte enfrente que podrías haberlos diezmado solo con tu presencia.

—No te burles de mí.

—No me burlo. —Álvaro se puso la camisa, sin paciencia para seguir esperando. Al momento notó que la tela se adhería a su brazo aún pegajoso—. Esos piratas no suelen ver mujeres como tú a menudo. No de cerca, al menos.

—¿Mujeres como yo? —preguntó María, inconstante en sus sentimientos, antes fingiéndose ofendida y ahora abiertamente coqueta—. ¿A qué te refieres exactamente?

—¿Ahora buscas que te halague?

—¿Encuentras algo que halagar?

—Demasiado…

Álvaro se había sentido menos perdido cuando luchó a vida o muerte con Gonzalo Balboa que en aquel momento, en su camarote, que se llenaba de la luz rosada del alba, enfrentándose al azul índigo de los ojos de María.

—¿De verdad no me reconocías? —preguntó ella, asomando un pie por debajo de las sábanas.

—Aún no te reconozco —respondió él, abrochándose la camisa para no arrodillarse ante la cama, besar uno a uno los dedos de su

pie, acariciarle el empeine y subir hasta el fino tobillo. Sacudió la cabeza para alejar aquellos pensamientos—. Me sorprendió que tú lo hicieras tan rápido, sin dudas.

—Nunca olvido una cara —dijo ella, jugando con las largas trenzas que sujetaban su gloriosa melena dorada—. Tú ya no te acuerdas, claro…

—¿De qué debería acordarme?

—De cómo te seguía a todas partes, buscando siempre la forma de sentarme a tu lado, de escucharte hablar, de aprender algo de ti.

—Solo eras una niña —dijo, ajustándose la chaqueta y comenzando a cerrar uno a uno los grandes botones dorados, concentrándose en la labor como si fuera algo realmente importante—. Es normal que intentaras aprender de tus mayores.

—Para eso tenía a mi hermano. Pero lo que sentía por ti…

—Solo admiración infantil.

—Fuiste mi primer amor.

—María…

—Y el último.

—No sigas por ese camino.

—Me abandonasteis, tú y mi hermano —acusó, inclinándose de forma que el escote del camisón le ofreció a Álvaro una visión que tuvo que evitar dándole la espalda—. Sin padres, en la casa de la tía Hermitas, que nunca me quiso y se deshizo de mí en cuanto vio la posibilidad de casarse con Aurelio. Me he pasado todos estos años encerrada en un convento y he dedicado todas mis oraciones, que han sido muchas, a pedir por vuestro regreso, viviendo de la esperanza de que volvieras para cumplir tu promesa.

Álvaro notó el dolor oculto en sus palabras y sintió la necesidad de consolarla. Se acercó a la cama hasta que sus muslos tocaron el travesaño de madera. Fue un error, a esa distancia podía sentir el aroma dulce de su piel, notar el calor de las sábanas revueltas.

—Ese es el problema, María. Has vivido con las monjas, sin contacto con otros jóvenes. Ahora tienes la oportunidad de disfrutar de tu libertad y de los entretenimientos que te han sido vedados. En cuanto tu hermano te presente a la sociedad de Santa Marta, atraerás tantos pretendientes que no tendrás tiempo ni para pensar en un viejo amigo.

La vio entornar los párpados y casi formar una palabra con los

labios, una palabra que no llegó a pronunciar. Esperó hasta que ella fingió un suspiro exagerado y volvió a mirarlo con un descaro que, desde luego, no había aprendido en su colegio religioso.

—No debemos complicar más la situación, ¿no es eso lo que dices?

—Sí —dijo, tragando saliva con esfuerzo—. Es eso.

—No quiero ponerte en un compromiso.

—Ya lo estamos —le recordó, exasperado por sus juegos.

—Procuraré portarme bien, te lo prometo. Y yo siempre cumplo mis promesas.

Ahí estaba otra vez la acusación velada. Ella iba a insistir en las promesas que supuestamente le había hecho antes de partir de España hasta la saciedad. Él ni siquiera recordaba aquellos tiempos aciagos, la ruina familiar que lo había obligado a buscar fortuna al otro lado del océano, la despedida apresurada de la hermana pequeña de su amigo, a la que apreciaba como si fuera la suya propia.

—Espero que así sea —dijo, sin contener su irritación por la tensión a la que lo sometía—. Ahora, tengo que dirigir un barco.

Se fue sin despedirse, cerrando la puerta a su espalda casi con un portazo. Afuera llovía, tal y como había pronosticado el contramaestre, y el resplandor rosado de la aurora había dejado paso a una niebla gris que apenas permitía distinguir la proa.

Álvaro respiró hondo el aire salobre. Sabía cómo lidiar con aquel tiempo, cómo dirigir su barco a puerto seguro, debía concentrarse en sus tareas para olvidar la cálida tentación que ocupaba su camarote. Lo que menos necesitaba en aquel momento, cuando tenía las pruebas para librarse de las acusaciones infundadas contra su barco, era tener otro motivo de desencuentro con Diego de Ibarra. Apreciaba a su amigo como un hermano, incluso cuando discutían, y solo deseaba entregarle a su hermana sana y salva, antes de volver a su vida anterior a todo aquel cúmulo de conflictos.

Cruzó la cubierta sin mirar atrás, consciente de que nunca podría volver a entrar en su camarote sin recrear la imagen de ella entre las sábanas, con aquel camisón de rebelde escote que se empeñaba en mostrar más de lo que ocultaba.

Tendría que deshacerse de la maldita cama.

6

A media mañana, María salió del camarote del capitán vestida con su mejor traje de paseo, el de algodón rojo estampado con motivos florales, a sabiendas de que el intenso colorido contrastaba deliciosamente con su piel muy blanca y su rubio cabello. Los marineros que la vieron adentrarse en cubierta la seguían con la mirada, casi sin dar crédito, como si fuera una sirena surgida del fondo del mar para seducirlos con la estrechez de su cintura y el bamboleo del polisón sobre el que llevaba recogida la sobrefalda. Lucía los zapatos negros de medio tacón que le cubrían el empeine con elaboradas tiras, los guantes blancos y un fino chal sobre los hombros.

El coqueto sombrerito de paja que llevaba no servía de protección contra aquel sol inclemente, así que buscó la sombra del palo mayor antes de hacerse visera con una mano para buscar a Álvaro entre los marineros. Se había propuesto echar mano de un truco que utilizaba en el colegio cuando las monjas la ponían a pelar patatas o a arrancar malas hierbas del huerto por hablar demasiado en clase, o por revolucionar al resto de las alumnas con alguna idea peregrina. Había descubierto entonces que las tareas eran más llevaderas si se retaba a sí misma a terminarlas en el tiempo más corto posible.

Ahora se había fijado un nuevo reto: antes de que el barco llegara a Santa Marta, Álvaro tendría que descubrir todas las buenas cualidades que la convertirían en la esposa perfecta. Como sabía que los hombres valoraban antes que nada lo que tenían a primera vista, estaba decidida a utilizar su belleza para impresionarlo. Era consciente de su aspecto y, sin falsas modestias inútiles, no iba a dudar en aprovecharse de los dones que le había concedido la naturaleza.

—Buenos días, señora —la saludó un caballero que se había

acercado por su espalda, tocándose el ala del sombrero sin llegar a descubrirse—. Permítame que me presente: Andrés Jimeno, médico de a bordo, para servirla.

María observó un rostro elegante de rasgos clásicos, cejas gruesas sobre unos ojos grandes y una nariz romana. La barba espesa, bien recortada, unida a las largas patillas. En comparación con los fornidos marineros, su figura delgada, resaltada por el elegante traje, parecía casi frágil.

—María Cristina de Ibarra —contestó ella, repuesta de la sorpresa, extendiendo su mano enguantada—. Un placer, doctor Jimeno.

—El placer es todo mío, doña María, no acostumbramos a tener más damas a bordo que nuestro mascarón de proa —dijo el médico, tras inclinarse para besarle los nudillos—. Y menos una tan hermosa, si me lo permite.

—¿Por eso el barco se llama *La Dama Española*? —preguntó María, ignorando deliberadamente el halago—. ¿Por su mascarón?

—No sabría decirle, no llevo tanto tiempo a bordo y desconozco el motivo. Lo único que sé es que el capitán decidió el nombre.

La nave, como si supiera que hablaban de ella, se balanceó suavemente, lo que Jimeno aprovechó para tomar el brazo de María cuando ella se asomó demasiado por la borda para apreciar el diseño del mascarón de proa.

—¿Es una sirena? —preguntó.

Jimeno asintió, inclinándose también él para mirarla, aprovechando la maniobra para pegarse al costado de María.

—Una bella sirena de largos cabellos de oro —dijo, mirando la larga trenza de María sobre su hombro.

—Nunca he conocido una sirena —bromeó ella, doblando el codo para obligarlo a separarse un poco—. No las hay en España, que yo sepa, por eso me sigue pareciendo extraño el nombre.

—Quizá el capitán quiso homenajear a la dama española que aguardaba su regreso.

María no tenía más experiencia con los hombres que el torpe cortejo que había sufrido por parte de Aurelito, lo que no le impedía comprender las obvias intenciones del médico.

—Cuando Álvaro partió de España yo solo era una niña —dijo, con un suspiro, admirando la espuma blanca que coronaba las olas

que batían contra el casco—. No nos hemos visto en casi diez años.

—Y qué grata sorpresa lo esperaba en su reencuentro.

—Es usted muy amable —dijo, por no decirle que era un descarado y un insensato por atreverse a flirtear con tanto descaro con la esposa de su capitán.

Con la excusa de sujetarse el sombrero que amenazaba con volarle por la brisa, logró soltarse de su codo y se alejó un poco más, marcando las distancias con una sonrisa cortés.

—Buenos días, señora —dijo el contramaestre García, acercándose a paso apresurado—. Supongo que necesitaba un poco de aire fresco, pero debo pedirle que no abandone por mucho tiempo el camarote.

—¿Acaso soy una prisionera, señor García? —preguntó María con un gesto falsamente ofendido que se convirtió en una sonrisa al notar el desconcierto del pobre hombre.

—La marejada va en aumento y la cubierta se vuelve peligrosa, como supongo que le habrá advertido el doctor Jimeno —contestó el contramaestre, mirando con intención al médico, que no disimulaba su fastidio por la interrupción.

—No se preocupe tanto, García —dijo Jimeno, con bastante menos cortesía en el trato de la que le había ofrecido el otro.

Al ver que alargaba de nuevo el brazo para tomar el suyo, María lo esquivó con elegancia para acercarse al contramaestre.

—En realidad, solo quería ver a mis amigos —dijo, inclinando la cabeza para despedirse del médico—. Hasta otro momento, don Andrés. ¿Vamos, señor García? Necesito saber si don Luis se recupera de su herida en la cabeza y si doña Pilar ha podido dormir bien. Supongo que estarán aún impresionados por todo lo ocurrido. Yo también lo estoy, apenas puedo creer que todavía existan piratas en el mar Caribe; creía que eran solo personajes de antiguas leyendas, por eso ayer, cuando abordaron nuestro barco, me pareció por un momento que solo era un sueño, o, más bien, una pesadilla.

El contramaestre abrió y cerró la boca tres veces durante aquel breve discurso, sin encontrar el momento para detener la verborrea de María, que se fue apagando cuando ella se distrajo por mirar hacia el puesto de mando. Parado a la derecha del timonel, el capitán dirigía la navegación con un ojo puesto en su tripulación y otro en la pareja que cruzaba la cubierta.

—Señora, este no es un barco de pasajeros, los hombres no están habituados a ver mujeres a bordo —dijo García, repitiendo las palabras del médico—. Y además existen ciertas supersticiones.

—¿Supersticiones, señor García? —María intentó seguir el hilo de la conversación, aún con su atención puesta en el hombre que los vigilaba desde lo alto, preguntándose si él había enviado a su subalterno a rescatarla de las largas manos del médico—. ¿Relacionadas con las mujeres?

—Me temo que así es —dijo el contramaestre, sin aclarar más, bajando los gruesos párpados sobre sus ojos, tan enormes como el resto de su cuerpo.

Consciente de cómo capturaba la atención de Álvaro, María se puso las manos sobre la cintura y fue delineando poco a poco la curva que bajaba hacia sus caderas, alisando el vestido. El único destinatario de aquel gesto era el capitán, que parecía un halcón vigilando a su presa, mientras que García miraba a lo alto, a las tensas velas con el ceño fruncido, y los marineros se apresuraban a cumplir las órdenes que les llegaban a gritos desde el puente.

—En el *Virgen del Carmen* viajábamos muchas mujeres, y hemos llegado sanas y salvas… —María se mordió la lengua al darse cuenta del error de su argumento—. Bueno, de todos modos, no irán a hacerme creer que tenemos la culpa de ser asaltados por un barco pirata.

—En realidad no es un barco pirata, solo son contrabandistas que a veces se comportan como los viejos piratas.

A regañadientes, María se dejó conducir hasta la bodega, en donde habían habilitado un espacio para el descanso de los ancianos.

Antes de desaparecer por la escalera, aún lanzó otra mirada retadora a Álvaro, que se limitó a saludarla inclinando la cabeza.

Doña Pilar la recibió con un abrazo, envolviéndola en su aroma de flores secas que le traía lejanos recuerdos de la casa de sus abuelos.

Cumplida su misión, el contramaestre saludó con una inclinación a las damas y regresó a cubierta, dejándolas a solas.

—¿Cómo está don Luis? —le preguntó a la anciana en un susurro, viendo que su marido dormía en el camastro casi oculto entre los fardos que el barco transportaba.

—Mucho mejor, todo gracias a ti y tus cuidados, no debes preocuparte por él. Ahora tienes tus propias preocupaciones. —Doña Pilar se sentó sobre una caja, invitando a María a sentarse a su lado—. Ahora necesitarías a tu madre para pasar este trance.

—Estoy bien —dijo María, un poco desconcertada por la preocupación de su amiga—. Ya se me ha pasado el susto, y estoy segura de que esos contrabandistas no se atreverán a asaltar este barco, ya ve cómo huyeron en cuanto Álvaro acudió al rescate del *Virgen del Carmen*.

Doña Pilar le dio unas palmaditas en las manos con gesto benevolente.

—No hablaba de eso, en realidad, niña, lo que me preocupa es tu inesperado encuentro con tu esposo. No sé si estás preparada para… la vida matrimonial.

María agradeció la poca luz de la bodega que ocultaba sus mejillas arreboladas. Rezó para sus adentros pidiendo que doña Pilar no pretendiese hacer el papel de su madre ausente en aquellas circunstancias.

—Tengo mucho tiempo para prepararme, no se inquiete —dijo, después de aclararse la garganta repentinamente seca—. Álvaro es un buen amigo de la familia, nos conocemos desde niños, y hemos convenido en que… Bueno, nosotros no… Quiero decir…, que no nos consideraremos realmente casados hasta que podamos celebrar un matrimonio religioso.

Doña Pilar asintió con un gesto que María ya le había visto antes y sabía que anunciaba que su escasa atención empezaba a extraviarse.

—Ay, hija mía, me dejas mucho más tranquila. Se ve que el capitán es un caballero…

—Sí que lo es —convino María, congratulándose por lo fácil que había sido convencer a la buena señora de aquella nueva mentira. Odiaba tener que hacerlo, pero Álvaro tenía razón, estaban en juego su reputación y la de su hermano.

—No sé… —dijo la anciana, con la mirada perdida a su alrededor—. No sé dónde he puesto…

Por suerte don Luis ya se había despertado y se sentó en el camastro, atrayendo la atención de su pobre esposa, que sonrió aliviada al verlo, como si se hubiera olvidado de que estaba allí.

La joven pasó el resto de la mañana con aquellos buenos amigos, charlando largamente con don Luis sobre el viaje y las aventuras vividas en los dos últimos días, procurando disimular la tristeza que los invadía al ver que doña Pilar ya había olvidado el abordaje de pocas horas antes. Cuando un marinero bajó para llevarles el almuerzo a los ancianos, María se despidió para volver a su camarote, prometiéndoles regresar a la tarde.

María tomó su almuerzo a solas, esperando en vano que Álvaro llegara para acompañarla, pero el tiempo pasaba y no encontró más ocupación que ordenar sus pertenencias desperdigadas por el camarote. Se deshizo del elegante traje de paseo y se puso otro más sencillo, sin polisón ni corsé, para poder moverse con más comodidad.

Las emociones de los últimos días, unidas al cansancio acumulado, la llevaron a un sueño inquieto en el que revivió paso a paso el asalto de los contrabandistas al *Virgen del Carmen*. En su pesadilla, el capitán Balboa se acercaba a ella, la sujetaba por la cintura y le pasaba una mano por la cabeza, acariciando su cabello como si nunca hubiera visto otro igual. María no podía dejar de mirar las quemaduras que le bajaban por el cuello; parecían palpitar como si bajo la piel aún ardiera el fuego que las había causado.

Abrió los ojos llenos de lágrimas para encontrarse la mirada preocupada de Álvaro, que se había sentado al borde de la cama y le pasaba una mano por la cabeza, exactamente como el contrabandista en su sueño.

—Tenías una pesadilla —dijo él, secando con sus dedos las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Se había asustado al entrar en el camarote y oírla gemir como si alguien la estuviera atacando. Al ver que solo era una pesadilla, se sentó al borde de la cama para tratar de despertarla, sorprendido al oírla decir entre dientes el nombre de Balboa.

—Soñaba con los piratas —contestó ella, incorporándose para apoyarse en su pecho, abrazándolo por la cintura—. Oh, Álvaro, no puedes imaginar cuánto miedo tenía, nunca en mi vida había estado tan asustada.

Él notó que le faltaba el aire en los pulmones. La sintió dulce y cálida, estremecida aún, y no tuvo corazón para resistirse a su

abrazo.

—¿Ni siquiera al pensar en casarte con el hijo de tu tío? —preguntó medio en broma, envolviéndola también con sus brazos para ofrecerle consuelo.

María se estremeció al recordar al hijastro de su tía Hermitas, que podía parecer un pobre tonto, pero que a veces la miraba de una forma que le dejaba claro que no tendría problemas en cumplir la misión que su padre le encargaba: darle un nieto cuanto antes.

—No me lo recuerdes —protestó, riéndose aún entre lágrimas—. Con lo tranquila que vivía yo en el convento con las monjitas, no sé qué meiga me ha mirado para que mi vida se haya complicado tanto en los últimos meses. —Acabó de secarse la cara con un movimiento rápido de manos y levantó la barbilla para mirar al capitán a los ojos—. Solo ahora, aquí contigo, por fin me siento segura.

—No tienes nada que temer —dijo él, con tanta ternura que María estuvo segura de que la besaría y se humedeció los labios para recibir su boca. Ese gesto puso en alerta a Álvaro, que se levantó y caminó unos pasos para alejarse de la cama—. Balboa no se atreverá a atacarnos estando tan cerca de las islas. Teme demasiado al gobernador, y ahora también conoce de primera mano los cañones de *La Dama*.

—Eso me reconforta —dijo María entre dientes, sin intentar disimular su desilusión por la forma brusca en que él había interrumpido el abrazo.

Se levantó, alisándose con gestos enérgicos las faldas revueltas por el sueño antes de acercarse a Álvaro, que miraba muy concentrado los mapas y documentos que tenía desplegados sobre su mesa.

—Se te ve cansada —dijo él, sin mirarla—, es mejor que duermas un poco más.

—No me gusta dormir la siesta —contestó ella—, después me desvelo por la noche. Por favor —dijo, poniéndole una mano sobre el brazo—, hablemos.

Álvaro miró sus dedos, tan blancos, aferrados al paño azul de su chaqueta como si fuera un salvavidas, y ni se dio cuenta de que arrugaba el plano que sostenía. María se tambaleó cuando el barco cabeceó un poco al enfrentarse a las altas olas que llevaban un rato

surcando. Álvaro la tomó de la cintura y la ayudó a sentarse de nuevo en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero.

—¿De qué quieres que hablemos? —preguntó, sentándose en la otra punta del lecho, sin disimular que quería mantener toda la distancia posible en un espacio tan reducido.

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que querías ser marinero? —preguntó ella, siempre tan confiada en su pasado común, al que tanto provecho le sacaba.

—Lo que recuerdo es que lo estaba hablando con tu hermano y una niña demasiado curiosa vino a entrometerse en la conversación —aclaró.

—Tu familia no estaba de acuerdo, pero tú querías ser como tu abuelo.

Álvaro asintió, recordando aquel pasado que habría deseado enterrar en su memoria. Efectivamente, había tomado aquella decisión inspirado por su abuelo materno, pero también para huir de un hogar en ruinas. Desde muy niño descubrió que su padre era un vividor, un borracho y un jugador, que dilapidaba la fortuna familiar de tal forma que no esperaba recibir herencia alguna de su parte. Su madre tampoco era un refugio para él. Angustiada por la vida que llevaban, aún lo hacía víctima de sus reproches cuando necesitaba desahogarse de la mala vida que le daba su marido. La vida en el mar, lejos de sus progenitores, le pareció la mejor de sus opciones.

—Mi abuelo me dijo que la única forma de llegar a ser un buen capitán era empezar por lo más bajo, como grumete —dijo, alejando aquellos malos pensamientos para recordar al único pariente que lo había amparado cuando necesitaba huir de sus padres.

—Y te fuiste en aquel barco, decidido a ser aún mejor marino que tu abuelo.

—Recuerdo que estabas en el muelle y que no podías parar de llorar.

—Estaba enamorada de ti.

—Eras una criatura —se burló, para evitar de nuevo aquella conversación.

—Y tú el muchacho más guapo que he conocido —insistió ella, sin ruborizarse ni un poco al declararle su admiración—. Has

cambiado mucho, Álvaro.

—¿Estás diciendo que ahora soy feo? —preguntó, recuperando su buen humor.

—No, estoy diciendo que ya no eres un muchacho.

—El tiempo no pasa en vano —contestó, esquivándole la mirada para encontrar sus pies descalzos, que asomaban bajo las largas faldas. Apretó los puños al sentir de nuevo la tentación de acariciarle los empeines.

María notó su mirada ardiente y recogió los pies, sintiendo una vergüenza inesperada por la intimidad de aquel momento, los dos sentados sobre la cama, ella recostada y él mirándola con aquellos ojos que parecían cobre fundido. Su apuro fue a más, tiñéndole el rostro de rojo al recordar la preocupación de doña Pilar ante la posibilidad de que hubieran iniciado su supuesta vida marital.

—No sé si hemos perdido todo este tiempo, o si lo hemos ganado —reflexionó, más para sí misma que para él, que la miró intrigado.

Álvaro comprendió lo que quería decir, asustado al darse cuenta de que compartía su apreciación. Se habían despedido cuando ella era una niña y él poco más que un muchacho imberbe. Ahora eran un hombre y una mujer, y no podían fingir que nada había cambiado, ni seguir tratándose como los niños que fueron. Incluso aquella conversación inocente podría dar lugar a habladurías si se supiese que pasaban tanto tiempo juntos, a solas, en aquella intimidad.

El movimiento del barco se iba incrementando, como reflejo de las emociones del interior del camarote, así que Álvaro aprovechó la circunstancia para excusarse.

—Parece que se avecina una tormenta. Debo volver a cubierta —dijo.

Ya estaba abriendo la puerta antes de terminar la frase, cuando María lo llamó de un modo que lo obligó a volverse y a mirarla de nuevo. Era tan hermosa que lo dejaba sin aliento cada vez que posaba sus ojos en ella. La joven pareció leer sus pensamientos, porque se levantó, acercándose para ponerle una mano en el pecho.

—¿Vendrás a cenar conmigo? —casi suplicó.

Bajo la palma de su mano, María pudo notar el corazón de Álvaro desbocado. Supuso que estaba haciendo un esfuerzo para

mantener aquel gesto insensible en su hermoso rostro y decidió tensar más la cuerda.

—Depende del mar —dijo él, entre dientes, mirando con ojos desorbitados cómo ella se acercaba más y encajaba cada una de sus deliciosas curvas, tan suaves, en su cuerpo rígido, dolorido por la tensión.

—No me gusta comer sola —insistió, aunque ambos sabían que nada de lo que decía tenía sentido, solo importaba lo que le estaba haciendo con aquella forma de acariciarlo con todo su cuerpo.

Álvaro tuvo que reunir todas sus fuerzas para no tocarla, para no rodearla con sus brazos, para no besarla, tumbarla sobre la cama que se abría invitadora a su espalda y tomar sin miramientos lo que ella parecía estar ofreciéndole. Era una insensata, o, simplemente, demasiado inocente para saber el alcance del juego que jugaba.

La cogió por las muñecas y la alejó de su cuerpo con un gesto airado. Debía decirle que lo hacía por su bien, que mantener las distancias era lo único que se le ocurría para portarse como un caballero y llevarla hasta su hermano tan pura como la había encontrado. No lo hizo, no supo si porque le pareció una crueldad, o porque temía darle otra arma con que vencer su escasa resistencia. Tampoco podía negarse a su petición sin ser descortés, así que asintió con un gesto seco, antes de cerrar la puerta a su espalda.

María se dejó caer en la cama con un suspiro, hundiendo la cara contra la almohada. Le parecía que cada conversación con Álvaro era un duelo de espadas afiladas. Su mayor temor era herirse a sí misma en aquella inesperada contienda.

7

En su tierra natal de Galicia no solía hacer aquel calor, aunque María podía recordar días de verano en los que el sol y la humedad se aliaban para crear un clima sofocante; días que muchas veces terminaban en tormenta, como la que Álvaro había anunciado para poder escapar del camarote, o, tal vez, para escapar de ella.

Recordaba a la perfección la sensación de la tormenta preparándose para estallar. El aire pesado, enrarecido, que costaba llevar hasta los pulmones, la piel ardiente, perlada de sudor… Así se sentía cada vez que estaba a solas con Álvaro, cada vez que lo tocaba.

Ni en mil sueños habría imaginado así su reencuentro. En sus imaginaciones infantiles había fantaseado con que él quedaría prendado de su belleza y se enamoraría de ella con tal intensidad que le faltaría tiempo para llevarla al altar. Sin embargo, esos sentimientos intensos, esa tensión que se establecía entre ellos, que parecía vibrar como un trueno en la distancia, no tenía nada que ver con el amor romántico de sus ensoñaciones.

Nunca antes había sentido algo igual en presencia de ninguna persona.

Era fascinante.

Abrumador.

Casi aterrador.

En el calor sofocante del camarote, notó que le faltaba el aire. Se quitó el vestido y se quedó solo con la camisa húmeda de transpiración, sintiéndose libre, un poco pecaminosa. Dejándose llevar por su siempre fértil fantasía, imaginó que Álvaro regresaba al camarote para encontrarla así, prácticamente desnuda.

Buscó inútilmente un espejo mayor que el suyo de mano con la necesidad de verse a sí misma, de saber si tenía lo necesario para atraer la atención de un hombre como él. A falta de espejo, se pasó

las manos por el cuello y las finas clavículas, por los brazos delgados, elegantes, se rodeó la cintura y subió por las costillas hasta encontrar las curvas de los senos, donde se detuvo, azorada. Respiró hondo para alejar una vocecita insidiosa, probablemente la de la hermana Sagrario, que le advertía de los peligros de la carne. ¿Qué peligro podía haber en reconocer su propio cuerpo? Además, ya no estaba en el convento, era una mujer adulta y libre. Los dedos le hormigueaban cuando siguieron su camino ascendente. Bajo las palmas de las manos sintió los pezones duros, la piel erizada, casi ansiosa de aquel contacto. Asustada por aquellas sensaciones, bajó las manos a las caderas, deslizándolas por las curvas sinuosas, y las llevó atrás, palpándose las nalgas firmes con una nueva sensación de vértigo. Se sentó en la cama para recuperar el aliento y se acarició los muslos, levantando un pie para observar la pantorrilla torneada y el tobillo delgado. Tuvo que respirar hondo de nuevo antes de atreverse a poner las manos en la parte interior de los muslos, muy cerca de la ingle. Por algún extraño motivo, su corazón se había desplazado hasta allí, latía y palpitaba de un modo extraño pero no del todo desconocido, lo había sentido antes, cuando en su fría cama del internado soñaba con el regreso de Álvaro y la forma en que la besaría al descubrir que ya era toda una mujer.

María temió comenzar a arder en cualquier momento como un puñado de piñas secas arrojadas a una chimenea.

Se puso su vestido más ligero y salió a cubierta, buscando el cobijo del puente de mando para resguardarse del viento que mantenía tensas las velas y hacía volar la nave sobre las rizadas olas. El mismo viento que traía y llevaba las voces del capitán en el puente, ordenando las maniobras a su tripulación. Así oculta, con los pulmones por fin llenos de aire salobre, dejó que el bamboleo la acunara y la voz de Álvaro calmara su ansiedad.

La tormenta no pasó de una simple marejada que se fue calmando al atardecer. Álvaro envió al timonel a descansar y se ocupó personalmente de dirigir la nave, dando órdenes de arriar la mayor parte del velamen por precaución de fuertes vientos. Cuando García se acercó para comentar la bonanza del tiempo, no encontró excusa para justificar su obvia intención de retrasar la marcha del barco.

No quería llegar a las islas, sabía que allí solo lo esperaban problemas, por mucho que ahora tuvieran las pruebas que

necesitaban para librarse de las acusaciones de contrabando. También había otras cuestiones, más personales, sobre las que tendría que hablar con María antes de que las descubriera por su cuenta.

—Parece un hombre que está haciendo examen de conciencia antes de acudir a su confesor —bromeó García, acertando por completo en el blanco.

—No sé cuándo se complicó todo de esta manera —suspiró, dispuesto a confesar sus preocupaciones al contramaestre, que ya era guardián de otros antiguos secretos—. Hace unos meses era dueño de mi vida y mi destino, y ahora me he convertido en una veleta agitada por vientos que ni sé hacia dónde soplan.

—Podría decirle el momento exacto en que las cosas empezaron a torcerse —dijo García, procediendo a llenar su pipa con gestos cuidadosos.

—Aquella boda…

—Ajá —dijo García, antes de dar una larga calada a su tabaco.

El gobernador de Santa Marta había oficiado el matrimonio entre Devin Wallace y Terry Demarest, horas antes de que la joven pareja partiera en el barco de Greg Hamilton hacia Inglaterra. Tenía que haber sido una boda secreta, pero las familias de los jóvenes habían aparecido en el último momento, solo para dar su bendición. También estaban sus amigos y, entre ellos, una joven de larga melena cobriza y mirada intensa, que coqueteó con todos los hombres solteros presentes en la ceremonia.

Alguien le dijo a Álvaro que era una Talbot, la hermana pequeña de la esposa de su primer oficial, y por eso trató de mantener la distancia, haciendo caso omiso de su gesto desafiante.

—Sophie Talbot… —murmuró entre dientes, como quien menta al diablo.

—Ella le echó el ojo a don Diego aquel mismo día —dijo el contramaestre—. Pero es de esas muchachas que necesitan poner a sus pies a todos los hombres que se encuentran.

Álvaro se mordió la lengua para no decir lo que pensaba de Sophie. Tenía que recordarse que era la cuñada de su oficial, Serafín Lamas, un buen profesional y un amigo, que se había casado con Lidia Talbot, formando otro de esos matrimonios que eran parte de la curiosa sociedad de Santa Marta, constituida por ingleses y

españoles mezclados por sucesivas etapas colonizadoras. Lamas viajaba ahora hacia Maracaibo, capitaneando el *Virgen del Carmen*, que se había quedado sin sus primeros oficiales, asesinados por los piratas de Balboa.

—Debemos culpar a su juventud por su proceder —reflexionó, mordiéndose la lengua para no decir lo que realmente pensaba de aquella belleza presumida.

Los Talbot eran una buena familia de Santa Marta y tenían tres hijas y un hijo, todos pelirrojos, que nunca pasaban desapercibidos. El único varón, Steve Talbot, era un alborotador que formaba parte del grupo de jóvenes apodados a sí mismos las Reales Ovejas Negras de Santa Marta. Las dos hijas más jóvenes, Aramintha y Sophie, estaban solteras y habían roto más de un corazón isleño en los últimos tiempos.

—La señora Lidia también era un poco… impulsiva —dijo García, deteniéndose para escoger con cuidado aquella palabra—. Pero ha cambiado completamente desde su matrimonio.

Álvaro asintió. Había conocido a Lidia Talbot de soltera, y era tan coqueta y descarada como el resto de sus hermanos, pero en cuanto se formalizó su compromiso con Serafín Lamas, cambió completamente y se convirtió en toda una dama. Quizá era solo una etapa de la juventud por la que pasaban todos los Talbot.

—Me temo que Diego está realmente enamorado —confesó a García, que conocía bien al hermano de María—. Solo espero que Sophie sepa apreciar la valía de su pretendiente.

No estaba enfadado con su buen amigo, aunque hubiera fingido dar credibilidad a las acusaciones de contrabando, informando al gobernador para que ordenase la búsqueda y captura de *La Dama Española*. Al fin, era su trabajo mantener la paz en las islas, y si ese tiempo le había servido para rendir el corazón de la dama, lo daba por bien empleado.

—Volvemos a casa, entonces —dijo el contramaestre, afirmando en vez de preguntar.

—Sí. Ya basta de perder el tiempo.

Ordenó volver a izar las velas arriadas y al poco *La Dama* volaba sobre el suave oleaje, con la proa apuntando a la pequeña isla de Santa María.

—En cuanto a la dama que lo espera en este puerto…

García se detuvo al ver el ceño fruncido de su capitán, preocupado por haberse extralimitado en cuestiones demasiado personales.

—Nadie me espera en Santa María —dijo Álvaro, mirando a lo lejos, al sol poniente, deseando poder encerrar todos sus errores pasados en un baúl y sumergirlos en la fosa más profunda del océano.

Nunca había sido tan consciente del caos en el que vivía hasta que se encontró en la necesidad de proteger a alguien que representaba todo lo bueno de su pasado, lo que había perdido cuando abandonó España y se dedicó a aquella vida de aventura.

—Esa mujer no es de las que se rinden fácilmente —aún insistió García, con una preocupación tan sincera que no pudo culparlo por hacerlo.

—Es su problema, y yo ya tengo bastante con los míos —gruñó antes de dirigirse a asegurar un cabo que no necesitaba su atención.

García inclinó la cabeza pesaroso, paseando la mirada por la cubierta, donde descubrió a la joven que se alejaba a paso apresurado, tanto que patinó en la cubierta mojada. La vio tambalearse, a punto de caer, e intentó ir en su ayuda, pero el balanceo en aumento del barco lo lanzó en la dirección contraria.

Vio que María recuperaba la estabilidad y reiniciaba la marcha, cuando una sucesión de altas olas meneó el barco como si solo fuera una cáscara de nuez flotando en la inmensidad del océano. El contramaestre siguió la figura sin pestañear, con la boca abierta en un grito ahogado, y así la vio caer contra la baranda de estribor. De nuevo logró incorporarse, en el momento en el que el barco surcaba la siguiente ola. En el descenso, la cubierta se inclinó bruscamente, y García contempló horrorizado cómo el impulso la lanzaba por encima de la misma baranda.

—¡Hombre al agua! —gritó García, sin pararse a pensar la frase hecha que utilizaban en aquellas circunstancias—. ¡Hombre al agua!

—¿Hombre al agua? —preguntó Álvaro, volviéndose a mirarlo.

—Mujer, en realidad, señor —aclaró García, corriendo ya por la escalera del puente en busca de un salvavidas—. Rápido, rápido —gritó a los marineros que ya se acercaban al oír sus gritos—. Es la señora María. Se hundirá como un plomo con esas faldas.

—¿María?

Álvaro se había detenido a la mitad de la escalera, buscó con la mirada entre las olas, tan asustado que sentía el corazón en la garganta.

No había nada.

8

El viento le traía frases sueltas de la conversación entre el capitán y su contramaestre. María sabía que era incorrecto escucharla, pero no podía resistirse, y así se enteró de lo último que habría querido saber: había una mujer esperando por Álvaro en la isla de Santa María. Él le había mentido.

Entre disgustada y furiosa, salió corriendo con la intención de volver al camarote, olvidando por un momento que estaba en la cubierta de un barco, mojada y resbaladiza, en medio de una fuerte marejada.

Primero se enredó el pie en un cabo. Luego, el barco comenzó a moverse como una alfombra cuando la sacuden, su pie se soltó y acabó estampada de costado contra la baranda. Su hombro derecho crujió y el brazo se le quedó como muerto. Se levantó, sujetándose con la mano izquierda, en el justo momento en el que el oleaje elevó el barco y, al caer, la lanzó por encima de la borda.

Casi podría decir que disfrutó de la sensación de volar por unos segundos, antes de que el mar la engullera.

María sabía nadar. Su hermano Diego le había enseñado cuando aún era una niña muy pequeña, en las playas de su tierra natal. Solía decir que era un pecado tener tan hermosas playas y no disfrutar de un saludable baño de mar, a pesar de que el agua del Atlántico era tan fría que se diría que la corriente llegaba directa desde el Polo Norte.

El agua del mar Caribe no estaba tan fría, llegó a pensar mientras se hundía a plomo en el mar embravecido, justo antes de recordar los movimientos básicos que le había enseñado su hermano y empezar a patalear de vuelta a la superficie. No era tan fácil como recordaba. Logró deshacerse de los zapatos, que eran como dos balas de plomo atadas a sus tobillos, pero el vestido se enredaba en sus piernas y el peso de la tela empapada le dificultaba

el ascenso. Asomó la cabeza un momento entre las olas, lo justo para tomar aliento, antes de volver a sumergirse por el peso de la ropa. Nadando con el brazo izquierdo, comenzó a soltarse la falda con el derecho, apretando los dientes por el dolor del golpe recibido antes de caer del barco. Sentía los pulmones a punto de estallar cuando por fin logró volver a la superficie. Cuando asomó la cabeza entre las altas olas oyó las voces llamándola.

La habían visto, y alguien iría a rescatarla, era todo lo que necesitaba saber. Levantó la mano izquierda para hacerse ver, mientras se dejaba flotar de espaldas, casi disfrutando de aquel momento único en el que solo estaban ella, el mar debajo y el cielo encima.

El oleaje se fue suavizando, parecía que aquel envite que había lanzado a María por la borda había sido el último antes de volver a la calma. Con una extraña sensación de paz, observó fascinada una gaviota que planeaba sobre su cabeza, sin prestar atención al chapoteo que anunciaba la llegada de su rescate.

Álvaro la rodeó por la cintura y la pegó a su cuerpo con una mano, pasándole la otra por la cabeza y la cara, como si necesitara reconocerla por el tacto. María se sujetó con el brazo sano de su cuello, descubriendo que tenía los hombros desnudos, en el vaivén de la marea veía asomar también parte de su pecho, de músculos marcados, apenas cubierto de una hilera de vello entre los pectorales. Para no perder el sentido ante semejante visión, lo miró a los ojos, serena, casi risueña. Se quedaron así un buen rato, flotando abrazados, como si el tiempo se hubiera detenido para ellos.

—Qué susto me has dado —suspiró él, por fin, besándola en la frente. María se sentía tan bien pegada a su cuerpo, mecidos ambos por las olas suaves, como si bailaran, que no abrió la boca porque pensó que solo era un sueño más de los tantos que tenía desde niña con Álvaro convertido en su héroe al rescate—. ¿Has tragado agua?

—Recordé cerrar la boca antes de sumergirme —dijo ella, como si fuera algo habitual salir lanzada desde un barco en alta mar—. Pero he perdido los zapatos. —Lo vio sonreír con los labios, mientras la seguía mirando con preocupación. La apretó más fuerte contra su costado y ella gimió cuando le tocó el brazo lastimado—. Me llevé un buen golpe antes de caer, tengo el brazo como

dormido, sin fuerza.

Álvaro asintió, sin rastro ya de humor en su hermoso rostro, y dio un tirón al cabo que lo sujetaba por la cintura, para que los marineros los remolcaran.

Ya en cubierta, Álvaro la levantó entre sus brazos y ella se dejó llevar, rodeándole el cuello con el brazo sano.

—Señor García, que venga el médico inmediatamente.

La llevó al camarote y comenzó a desnudarla antes de que pudiera protestar. Cuando se quedó solo con la camisa que se pegaba a su cuerpo húmedo como si de un solo fino velo se tratara, Álvaro tragó saliva y le dio la espalda para buscar en sus baúles una gruesa toalla, con la que la tapó, secándole la cabeza y los hombros con cuidado.

—¿Podrás quitarte la camisa? Deberíamos ponerte ropa seca.

María asintió, presa de un pudor repentino que le resultaba extraño. Álvaro solo llevaba sus pantalones mojados, pegados a las fuertes piernas, y ella estaba prácticamente desnuda, lo que resultaba demasiado perturbador. Con la mano sana se deslizó los tirantes por los hombros y dejó caer la prenda mojada al suelo, mientras Álvaro sostenía la toalla para cubrirla. La empujó suavemente para que se sentara en la cama y, con otra tela, comenzó a secarle las piernas y los pies. Cuando se incorporó, ella estaba acariciando la larga cadena de oro que siempre llevaba, de la que pendían los anillos de boda de sus difuntos padres.

—Me muero si los llego a perder —declaró, más preocupada por aquel recuerdo que por el peligro que había corrido.

Álvaro buscó entre sus ropas para encontrar otra camisa que le deslizó por la cabeza, volviéndose para no mirar mientras ella acababa de ponérsela. Aún sentía el corazón tan acelerado que temía sufrir un ataque. Seguía oyendo el grito de García alertando de que alguien había caído al mar, y luego su aclaración: no un hombre, una mujer. Se sintió él también ahogar en aquellos breves segundos de búsqueda inútil en la revuelta superficie de rastro de la muchacha. Estaba seguro de que la habían perdido, se lanzó al mar tras quitarse de dos tirones parte de la ropa y sus botas, intentando no perder la esperanza.

Y entonces la vio extender una mano para hacerse ver. Cuando llegó hasta ella, estaba flotando entre las olas, boca arriba, mirando

al cielo, casi se diría que disfrutando de su baño. Ni llantos ni lamentos, solo se había quejado del dolor de su brazo cuando se lo tocó. Para ser una mujer que se había pasado la mayor parte de su infancia y su juventud encerrada en un internado, tenía el espíritu de un corsario.

Regresó al momento actual al oír las voces del médico y el contramaestre acercándose, y abrió la puerta del camarote para recibirlos.

El doctor Jimeno reconoció a María bajo la atenta mirada de Álvaro, que había disfrutado de demasiadas juergas en compañía del galeno y sabía cómo se las gastaba con las mujeres bonitas. Jimeno era un hombre atractivo, cercano a la cuarentena, que nunca había pensado en casarse porque decía que en el Caribe había demasiadas bellezas como para atarse a una sola.

No volvería a dejarlo a solas con María ni un minuto.

—Por suerte no hay nada roto, pero el brazo y el hombro están muy magullados —informó el médico para todos los presentes—. Será necesario vendárselo unos días, y me temo que tendrá que usar un cabestrillo. También siento decirle que no podrá escribir ni realizar ninguna tarea con la mano derecha durante un tiempo.

—No se preocupe, doctor —dijo María, aún de buen ánimo a pesar de que comenzaba a apagarse por el cansancio de tantas emociones juntas—. Soy zurda.

—¿Zurda? Tenía entendido que la educaron en un internado religioso —dijo el médico, mirando a García, lo que dejó claro quién le había proporcionado la información.

—Bueno, las monjas hicieron lo que pudieron, incluso me ataban la mano izquierda a la espalda para que solo usase la derecha, con el resultado de que puedo usar las dos para todas las tareas, pero sigo prefiriendo la izquierda.

María narró la anécdota sin muestra de rencor hacia la crueldad de sus maestras. Acto seguido, la boca se le abrió en un bostezo que apenas pudo disimular.

Cuando el doctor terminó de vendarle el brazo y colocarle el cabestrillo, apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Ahora necesita descanso, y quizá un poco de sopa, si su estómago se lo permite.

—¿Sopa? —María se pasó una mano por el estómago y su boca

se curvó con disgusto—. Mi estómago opina que también necesita descanso.

—El cuerpo es sabio, es mejor escucharlo —concedió el médico—. Una buena noche de descanso, y mañana se encontrará mucho mejor.

Jimeno se retiró, saludando con una leve inclinación antes de salir del camarote, y García lo siguió después de desearle una rápida recuperación a la herida.

—Te dejaré para que descanses —dijo Álvaro, acercándose a la cama para tapar a María con las sábanas.

—No —dijo ella, atrapándolo con su mano sana—. ¿Puedo pedirte que no me dejes? Seguramente soñaré con lo ocurrido, siempre me pasa cuando ocurre algo malo. No quiero estar sola esta noche, por favor.

Recordando que ya había tenido una pesadilla con Balboa, Álvaro no tuvo corazón para negarse. Solo le pidió un tiempo para ordenar las labores de la tripulación, asegurándole que volvería antes de que el sol se pusiera.

Salió del camarote aún con el corazón encogido por el susto, también admirado por la mujer que allí dejaba, tan entera y serena, inmune al peligro que había corrido. No se trataba de inconsciencia, lo veía claro, sino de auténtico valor. Recordó la primera vez que la vio, corriendo por la cubierta del *Virgen del Carmen* para lanzar maldiciones y amenazas al barco contrabandista que ya se perdía en el horizonte. No sabía qué clase de educación había recibido María en aquel convento, pero se le ocurrió pensar que ojalá más mujeres recibieran la misma. No había en ella ni una pizca de sumisión o cobardía, ni había descubierto aún nada que le diera miedo. Se dijo a sí mismo que su hermano se sentiría orgulloso de la mujer en la que se había convertido, para no reconocer que la admiración que despertaba en él comenzaba a inquietarlo.

La pesadilla llegó al amanecer y despertó a Álvaro, que dormía en el suelo sobre una manta. Cuando se acercó a la cama, María ya se había destapado completamente y pataleaba como si de nuevo estuviera sumergida en el océano y tratara de alcanzar la superficie. Le preocupaba que se hiciera daño en el brazo herido con tanto movimiento, así que se sentó en el borde de la cama y le pasó una

mano por la frente, hablándole suavemente como si fuera una niña pequeña con un mal sueño. Ella se aferró a su brazo con la mano sana y tiró de él hasta que se acostó a su lado y pudo acurrucarse contra su cuerpo. Suspiró hondamente y pronunció su nombre dos veces seguidas.

—Estoy aquí —dijo él, frotándole la espalda estremecida.

—Álvaro… Álvaro… —repitió ella, sin abrir los ojos.

—Estás a salvo, tranquila, no pasa nada…

Le pareció que se debatía entre el sueño y la conciencia, hasta que, poco a poco, se fue calmando y se quedó dormida, con el rostro apoyado en su pecho y la mano libre sujetándolo con fuerza. No podía levantarse sin despertarla, así que se quedó en la cama vigilando su descanso, tan al borde que temía caerse al mínimo golpe de mar.

Cuando la luz del nuevo día inundó el camarote, los dos dormían plácidamente, abrazados como amantes.

9

María se apresuró a salir a cubierta en cuanto oyó el grito de «tierra a la vista», procurando no interrumpir las tareas de la tripulación que se aprestaba para el desembarco. La isla de Santa María, que le había parecido a lo lejos poco más que un atolón deshabitado, iba tomando forma según se acercaban, mostrando su verdadero tamaño y el verdor que la caracterizaba.

Se quedó apoyada en la baranda, sujetándose de un cabo con la mano sana. Sentía un nuevo respeto por la fuerza del mar ahora que sabía cómo podía zarandear un barco que consideraba seguro antes de su accidente.

No se atrevió a mirar hacia el puente de mando. Aún notaba el calor del brazo de Álvaro rodeándole la cintura, su aliento en la nuca. Se había despertado antes que él, para encontrar fascinante la mano que se apoyaba sobre su vientre. Incluso dormido, procuraba protegerla de cualquier mal. Espero inmóvil, tan silenciosa que hasta logró acallar su charlatana voz interior, hasta que Álvaro se despertó y se marchó del camarote con tanta urgencia que parecía que se hubiera declarado un incendio en la nave.

María sonrió para sus adentros al pensar que se había asustado de aquella intimidad. La «situación», esa palabra que él había utilizado y que tanto la irritaba, comenzaba a ponerse interesante.

Doña Pilar y don Luis se le acercaron para desearle buenos días y preguntarle si se encontraba recuperada de su inesperado baño de la tarde anterior, como lo llamó el anciano, logrando hacerla reír.

—Qué susto nos has dado a todos, criatura —añadió, mirándola como si fuera un milagro que estuviera casi ilesa—. Tu esposo aún estaba muy preocupado esta mañana. Iba tan cabizbajo que ni siquiera me vio cuando salió de su camarote. Supongo que se habrá pasado la noche en vela cuidándote.

María asintió, mientras su cabeza buscaba rápidamente alguna

excusa para justificar la presencia de Álvaro toda la noche en su camarote. Podía decir que simplemente se había quedado para cuidarla, como el propio anciano había imaginado, pero solo sembraría más confusión si intentaba aclarar que su supuesto esposo y ella no dormían juntos. De nada serviría recordarles que no se considerarían un verdadero matrimonio hasta hacer sus votos en la Iglesia. La reputación de María estaría completamente perdida si esa ceremonia no se celebraba en el plazo más breve.

Dejó pasar el incómodo momento, con la mirada perdida en la isla que se iba acercando por momentos.

—Ha sido una travesía más complicada de lo que esperábamos, pero ya estamos en casa —suspiró don Luis, acariciando la mano de su esposa apoyada en su brazo.

A ellos también los había alertado el aviso de «tierra a la vista» y deseaban ver por fin la isla que se había convertido en su hogar décadas atrás.

—Estarán deseando estar por fin en su hogar, entre sus cosas —dijo María, agradeciendo el cambio de tema.

—Me temo que mi jardín se habrá convertido en una selva —declaró doña Pilar, que aquella mañana tenía una mirada tan clara como el cielo sobre sus cabezas.

María había llegado a la conclusión de que la pobre sufría el mismo mal que la madre Piedad, que había sido una de sus maestras cuando la internaron. Poco a poco, la religiosa había ido perdiendo la memoria y el contacto con la realidad. Por eso sabía que, a la larga, aquellos momentos de lucidez se irían espaciando hasta desaparecer, lo que le provocaba una lástima infinita por la enferma y por su atento esposo, que sin duda era consciente del triste futuro que los aguardaba.

—No te preocupes, seguro que Tomasito te lo ha cuidado, lo has enseñado bien y quiere tanto a tus plantas como tú.

María notó que doña Pilar no había reconocido el nombre por la arruga que le cruzaba la frente y ponía una sombra en sus ojos.

—¿Tomasito es su jardinero? —se apresuró a preguntar, para que don Luis despejara las dudas de su esposa.

—Es un muchacho huérfano al que damos trabajo y cobijo cuando lo necesita, aunque es un espíritu libre que prefiere dormir en la playa bajo una palmera y se niega a utilizar zapatos. Sus

padres eran africanos, traídos desde su tierra hasta las islas para trabajar en los campos de cacao.

—Lo quiero como a un hijo…, o un nieto —dijo doña Pilar, sonriendo al recordar por fin de quién estaban hablando.

—¿Su piel es negra como la del señor García? —preguntó María—. Sabía que los africanos tenían la piel oscura, pero nunca había conocido a nadie de su continente.

—Supongo que te sorprende —dijo el anciano, con cautela—. Algunos consideran que no tienen alma, que son poco menos que animales que pueden hablar.

—Qué barbaridad —respondió María, escandalizada—. Pensar así no es de cristianos. Yo solo veo un hombre como otro cualquiera, con dos brazos, dos piernas y una cabeza sobre los hombros. El señor García se ha portado conmigo como un caballero, y así es como lo trataré siempre.

Don Luis saludó con un amable buenos días, mirando por encima del hombro de María, que se volvió para encontrar a Álvaro tan cerca que casi se tocaban. Él le tomó la mano libre y se la llevó a los labios, mirándola a los ojos de una manera que la estremeció.

—Buenos días —contestó él, saludando con un gesto a los ancianos al tiempo que rodeaba el talle de María con un brazo—. ¿Han descansado bien?

—Sí, gracias, a pesar del susto de ayer tarde con nuestra querida niña —contestó don Luis—. ¿Tendrá que llevar mucho tiempo el cabestrillo?

—Solo unos días, lo que el doctor Jimeno considere.

María los escuchaba hablar, incapaz de meter baza, demasiado consciente de la proximidad de Álvaro, que le traía de nuevo recuerdos de la madrugada entre sus brazos. Notaba las mejillas rojas, la piel erizada. No sabía si algún día podría acostumbrarse a vivir una intimidad así con un hombre y comportarse ante los demás como si esa faceta de su vida privada no existiera.

Doña Pilar estaba mirando a Álvaro con un gesto entre la preocupación y el pánico. Tiró del brazo de su marido hasta obligarlo a alejarse de la pareja. Don Luis pidió disculpas, asegurando que necesitaban volver al camarote para terminar de recoger sus pertenencias.

—No te ha reconocido y eso la asusta tanto como la enfada

—explicó María—. Le pasaba lo mismo a la madre Piedad, un día se olvidaba de dónde estaba el aula de estudio y otro se dejaba los cuadernos en cualquier parte y si las niñas nos reíamos por su despiste, se ponía furiosa. A ninguna de ellas les temblaba la mano a la hora de castigarnos, pero los ataques de ira de la madre Piedad se volvieron tan violentos que tuvieron que retirarla y desde entonces solo la veíamos algunas veces paseando por el claustro, incapaz de recordar el nombre ni de las alumnas que llevaban años en el colegio.

María se dio cuenta de que hablaba demasiado rápido cuando le faltó el aliento y tuvo que detenerse para respirar hondo por la boca. Esperaba que Álvaro no notase su incomodidad, ella siempre había sido muy parlanchina, tanto que la tía Hermitas la acusaba de egoísta porque no dejaba turno de palabra al resto. Todos los días María se hacía propósito de enmienda, y todos los días lo incumplía.

—Es una enfermedad terrible —dijo Álvaro, tomándola del brazo sano e interponiendo su cuerpo entre ella y la baranda—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele? —María negó con la cabeza—. No sabía si podrías vestirte sola.

—Tuve que soltarme el cabestrillo, y solo me he puesto la ropa imprescindible —dijo, deteniéndose al ver el gesto sorprendido de Álvaro, antes de explicar que bajo el vestido solo llevaba la camisa interior, ni corsé, ni enaguas. Por una vez se alegró de haber podido morderse la lengua—. El doctor Jimeno llegó justo a tiempo de volver a ajustarme el cabestrillo y le pedí que me ayudara con los botones.

—¿Jimeno estuvo en el camarote, contigo, a solas? —preguntó Álvaro, tan crispado que María se preguntó si tenía algo en contra de su propio médico.

—Soy su paciente —dijo.

—Es un hombre, y tú una mujer, no debéis…

—Es mi médico y vino a preguntar por mis heridas.

Álvaro no podía creer que prácticamente estuvieran discutiendo como una pareja de enamorados en plena escena de celos, para diversión de la tripulación que abandonaba sus tareas para observarlos.

—Jimeno no es de fiar —dijo, bajando la voz para que solo ella

lo oyera—. Le gustan demasiado las mujeres.

—Es un hombre aún joven y soltero, ¿no es lo normal? —dijo ella, con evidente ánimo de azuzar su enfado.

—No puedo garantizar que siempre sepa comportarse como un caballero —añadió Álvaro, intentando que ella comprendiera sus motivos.

—¿Por qué empleas a un hombre en el que no puedes confiar?

—No hay muchos médicos en las islas, y menos que quieran navegar en un barco que hace largas travesías.

—Aun así, si le ha faltado al respeto a alguna mujer en tu presencia…

—No viajan mujeres en este barco, María —dijo él, resoplando para hacer ver que comenzaba a agotarlo el tema—. Y lo que haga en tierra no es asunto mío.

—¿No defenderías a una dama si se encontrara en una situación comprometida? —preguntó ella, con los ojos desorbitados ante sus últimas palabras.

—No son precisamente damas las mujeres con las que suele divertirse. Y hasta aquí llegan las explicaciones que te voy a dar, tú solo eres una niña recién salida del colegio y no tienes necesidad de conocer los aspectos más sórdidos de la vida.

María inspiró hondo, estirando la espalda y levantando la barbilla para mirarlo mejor a los ojos. Él le había dicho que era una mujer, y él un hombre, y que por eso debían mantener las distancias, y ahora le venía con que era una niña inexperta e ignorante.

—El conocimiento nunca está de más —aseguró, antes de soltar el aire lentamente e inclinarse hacia él para acentuar su gesto ofendido.

El barco cabeceó cuando el timonel giró completamente para iniciar la aproximación al embarcadero, haciendo que María se tambalease un poco. Asustada al recordar la experiencia del día anterior, se pegó al cuerpo de Álvaro, que soltó un quejido como si lo hubiera lastimado.

—Tu brazo… —dijo él, bajando la vista para mirar las suaves colinas que el cabestrillo rodeaba y levantaba.

Deseó que no le hubiera hablado de la poca ropa que llevaba, aunque era evidente, la fina tela del vestido no disimulaba las

perfectas curvas de sus senos coronadas por sus pezones erizados, no sabía si por la brisa o por el roce contra su pecho. Intentó no pensar en lo segundo.

—Mi brazo está bien —dijo ella, para nada consciente de lo que estaba provocando con aquel contacto que prolongaba con total inocencia, o eso creía Álvaro—. ¿Te he hecho daño? ¿Te he pisado?

La vio bajar la vista para mirar donde estaban sus propios pies y el deseo de besarle la coronilla dorada fue tan intenso que Álvaro tuvo que morderse los labios por dentro. Y no solo era su cabello lo que quería besar.

—No me has pisado —dijo, sosteniéndola con suavidad por los codos para separarla de su cuerpo—. Tengo que volver al puente para dirigir la maniobra de atraque. Deberías descansar un poco en el camarote, luego bajaremos a tierra para el almuerzo…

—Tenemos que hablar… —dijo María, antes de que terminara de despedirse—. Don Luis te vio esta mañana saliendo del camarote.

Álvaro frunció el ceño, disgustado consigo mismo, no podía creer que fuera tan inmerso en sus pensamientos como para no tener la mínima precaución, precisamente la última noche que los ancianos pasaban a bordo.

—¿Qué le has dicho?

—Nada. ¿Qué le iba a decir? Me he quedado sin palabras.

—¿Tú, sin palabras? —Álvaro tuvo que reír ante su expresión—. Eso es algo digno de ver.

—No te burles, tenemos un problema muy grave entre manos.

Estaba tan bonita aquella mañana, con la melena alborotada por la brisa y algunos mechones acariciándole el rostro ruborizado, que Álvaro solo pudo pensar que el único problema que tenían es que aquel falso matrimonio por poderes no fuera real, porque entonces estarían disfrutando de una deliciosa luna de miel. Se imaginó llevándola en brazos a su inexistente hogar en Santa Marta y haciéndole el amor en cada habitación, en el porche y hasta en el jardín.

—María… —dijo, con un suspiro, cerrando los ojos para alejar aquella ensoñación.

—¿Qué piensas? —preguntó ella, por completo ignorante de los caminos que tomaba su mente lujuriosa.

—Nada… Que no te preocupes, todo se arreglará, te lo prometo.

La acompañó hasta el camarote. Aún con el susto en el cuerpo del accidente del día anterior, sentía la necesidad de no dejarla a solas en cubierta ni un solo momento, se dijo, para no ser sincero ni consigo mismo, porque lo que realmente lo asustaba era la necesidad creciente de pasar más tiempo a solas con María.

Le abrió la puerta, cediéndole el paso con gentileza. Antes de que la volviera a cerrar, ella se volvió y le puso una mano en la cara.

—Eres demasiado bueno conmigo —le dijo.

—He oído lo que les decías a los ancianos de García. Tienes razón, es un caballero, quizá el único verdadero de este barco, y le debo la vida, por eso te agradezco tus palabras.

—¿Te salvó la vida? Eso tendrás que contármelo algún día —le dijo ella, sin insistir, como si supiera que no era una historia para tomársela a la ligera.

Él asintió con la cabeza, agradeciendo su discreción, y entonces ella lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—María.

No supo qué decirle. Sentía su beso como un suave latido sobre su piel. La separó despacio, apretando a continuación los puños a los costados, inclinó el rostro para despedirse y se alejó, notando las piernas rígidas y la sangre demasiado caliente.

10

La isla era tan verde que a María se le antojó una especie de planta enorme brotando de un mar transparente como el cristal. Según se iba acercando a la costa, *La Dama Española* viró para bordearla, regalándole maravillosas estampas de playas de arena blanca salpicadas de palmeras, en cuyas orillas faenaban hombres y mujeres. Recordó las costas de su tierra, de paisaje no tan diferente, en donde el verde de los bosques llegaba hasta las orillas blancas.

—No es tan distinto de nuestras rías. Allí los hombres pescan pulpos o sardinas, y las mariscadoras saben encontrar las mejores almejas por el ojo en la arena, como lo llaman ellas, que es el agujero que hacen para respirar —le dijo a don Luis, que había vuelto a cubierta tras dejar a su esposa descansando en el camarote—. El mar está lleno de tesoros, aunque algunos se desprecian, como los percebes o las centollas, que abundan tanto que no se les da valor más que como abono para la tierra de labrar, y también para las viñas, que en Betanzos tienen fama.

—Aquí, sin embargo, se valora mucho el producto del mar, y se cocina de muchas formas, a cuál más sabrosa —contestó el anciano—. La mezcla de países y razas también llega a la cocina, por eso la llaman cocina criolla.

—Cuénteme cómo es posible que en estas islas convivan en paz nuestros compatriotas con los ingleses —pidió María.

—Los primeros pobladores fueron nuestros paisanos, los ingleses llegaron mucho después y nos compraron las islas para tener un puerto seguro en el Caribe. Ese es el motivo por el que estamos tan mezclados, y te encontrarás muchas familias en las que el padre es inglés y la madre española, o viceversa. Quizá sea el único lugar del mundo en el que ambos países viven en armonía.

—Y también africanos, y supongo que indios nativos.

—Y hasta chinos —dijo don Luis, soltando una carcajada al ver

el asombro de la joven—. En Santa María y su isla hermana, Santa Marta, encontrarás nativos de continentes lejanos que trabajan en los campos de tabaco y cacao. Los negros africanos llegaron hace mucho tiempo, utilizados como mano de obra esclava tanto por los españoles como por los ingleses, que abolieron la esclavitud en los años treinta.

—Cuantas cosas aprendo de usted, don Luis. Los voy a echar mucho de menos.

—Ahora tienes a tu esposo, hija mía —dijo el anciano, emocionado por sus palabras—. Parece un hombre serio y cabal.

—Demasiado serio, ¿verdad? —bromeó María, mirando hacia el puente, donde Álvaro daba órdenes a sus hombres con aquel gesto adusto que lograba que a veces le pareciera un desconocido—. Consigue que lo obedezcan solo con una mirada. Me intimida un poco cuando lo veo así.

—Estás viendo a un hombre hacer su trabajo, y hacerlo muy bien, por lo que yo sé de navegación. Es otro hombre distinto cuando te mira, querida.

—¿Usted cree? —preguntó, sin darse cuenta de cuánta ansia contenía aquella duda.

—Es evidente, y debo decirte que has tenido mucha suerte, un matrimonio por poderes, después de años sin veros, podría haber resultado un fracaso. Te auguro todo lo contrario.

María se llevó una mano al pecho, bajo el que latía un corazón desbocado. Temía hacerse falsas ilusiones con las palabras del anciano, era consciente de que sus posibilidades de enamorar a Álvaro se habían visto mermadas por su mentira. Debía mantener los pies en la tierra y aceptar que él solo se estaba comportando como un caballero al no desenmascararla desde el primer momento. Aquella ficción terminaría en cuanto arribasen a Santa Marta y la entregase a su hermano.

—Dios lo oiga —musitó, esperanzada a pesar de todo, mirando ensimismada a los marineros de tierra que se apresuraban a recibir los cabos que les lanzaban desde cubierta para amarrar la nave al embarcadero.

—Voy a buscar a Pilar, se llevará una alegría al saber que por fin estamos en casa.

María siguió la cansada imagen del anciano, que cruzaba la

cubierta procurando no molestar a los marineros, y luego volvió su atención al puente de mando. Álvaro le retuvo la mirada durante un largo momento, como si ella fuera una incógnita que aún debía desvelar, la saludó con un breve gesto y volvió a sus quehaceres.

Al día siguiente llegaban a Santa Marta, y su destino se decidiría por fin. María se sentía tan impaciente como preocupada. No quería que aquel viaje terminara. Su nuevo sueño era seguir a Álvaro y a su barco allí donde lo llevaran las mareas.

Álvaro echaba en falta a su segundo, Serafín Lamas, que ya estaría arribando a la costa de Maracaibo comandando el *Virgen del Carmen*. Habían convenido en que se embarcaría cuanto antes de regreso a Santa Marta, donde esperaban encontrarse en cuanto se solucionara el conflicto con el gobernador debido a la falsa acusación que pesaba sobre su nave. Mientras tanto, le tocaba trabajar por dos, a pesar de la buena disposición del resto de su tripulación. Ese era el motivo por el que aún seguía en el puente de mando cuando los ancianos descendieron a tierra, seguidos de María.

Ella se había vuelto a poner aquel llamativo vestido rojo que la hacía destacar como un faro, tan blanca, tan rubia, con la gruesa trenza bailándole sobre la espalda, no era de extrañar que los marineros del puerto la recibieran como una aparición. Allí todos conocían *La Dama Española*, por lo que no esperaban que llegara con pasajeros ajenos a su tripulación, mucho menos con una belleza tal que provocó empujones por el ansia de acercarse a contemplarla de cerca.

Álvaro deseó que todos se quedaran ciegos de repente, para no compartir con ellos aquella visión. Asombrado de sus propios pensamientos, dio la espalda a la escena del puerto, tratando de recordar qué era lo que estaba haciendo. No sabía en qué instante María se había vuelto una constante intromisión en sus pensamientos y en su trabajo.

O sí que lo sabía.

Desde el mismo momento en que la vio a bordo del *Virgen del Carmen*.

Se aferró al timón de su nave, apretándolo con tanta fuerza que vio sus manos grandes y morenas palidecer.

Todo estaba a punto de arreglarse. Podía volver a su hogar, restaurar ante el gobernador su honor puesto en entredicho, hacer las paces con Diego, recuperar su vida al fin. No debía permitir que la mirada anhelante de aquellos preciosos ojos azules volviera a desbaratarla. Se sentía como Ulises resistiendo al canto de las sirenas, atado al palo mayor solo por la fuerza de su voluntad.

Entonces oyó el grito y el alboroto que lo siguió. Se volvió apresurado para ver a María zafarse de uno de los trabajadores del embarcadero, que se había atrevido a agarrarla por la cintura, y levantar la mano izquierda para abofetearlo. El hombre enrojeció, soltando una retahíla de insultos a la que se unieron sus compañeros. Álvaro se quedó paralizado por unos segundos, consciente de su error al no calcular que aquellos energúmenos pensarían lo peor de una mujer que descendía de un barco de supuestos contrabandistas. Para cuando reaccionó, ya el contramaestre García estaba amonestando a los individuos, haciéndolos retroceder con cautela, pues todos conocían y temían la fuerza de sus puños. Don Luis se había puesto delante de María, y su esposa la sujetaba por el brazo sano, probablemente no tanto para protegerla como para evitar que se metiera en medio de la trifulca.

Álvaro se sintió incómodo al pensar que llegaba tarde para rescatarla, así que se limitó a quedarse en su puesto observando toda la escena con el ceño fruncido. Cuando María levantó el rostro para buscarlo pareció dolida al ver que no corría a su encuentro. Le dio la espalda y golpeó el timón con los puños cerrados.

En el puerto, García y cuatro marineros acompañaron a sus tres pasajeros hasta la posada más cercana, donde habían convenido que descansaran mientras descargaban el equipaje de los ancianos y les buscaban una carreta para llevarlos hasta su hogar.

Álvaro hizo rotar los hombros agarrotados. Dos noches durmiendo en una hamaca en cubierta y otra en el suelo de su camarote no eran lo mejor para la espalda, o eso pensaba para no reconocer el desasosiego que le atenazaba los músculos. Aprovechó que su estancia estaba libre para escribir una rápida misiva que firmó y selló. Respiró hondo al terminar aquella tarea, descubriendo que ahora su camarote olía a flores y al mismo jabón casero con el que su madre le lavaba la cara cuando era pequeño. María había

dejado su camisón sobre la cama revuelta, ropas descartadas apoyadas en cada superficie, el peine y el espejo de plata sobre su escritorio. Se preguntó si solo era descuidada o se estaba desahogando de tantos años en un colegio en donde las monjas no le permitirían ni el más mínimo desorden. Imaginar a aquella niña alegre y parlanchina, vivaz e inquieta, sometida a la rigurosa disciplina de un convento, le molestaba más de lo que quería reconocer. María hacía nacer en su interior un instinto protector que ni él mismo sabía que poseía.

Poco rato después había entregado la misiva al patrón de un barco pesquero que partía de inmediato hacia Santa Marta. Se quedó en el puerto, sintiendo la brisa que le alborotaba el cabello, la misma que empujaba las velas del pequeño pesquero en dirección sur, a su hogar.

Un carruaje se le acercaba por la espalda, podía oír los cascos del caballo y las ruedas saltando entre las piedras del embarcadero, por donde estaba prohibido circular salvo para la carga y descarga de mercancías.

Temiéndose lo peor, se volvió para encontrar la calesa mucho más cerca de lo que esperaba. Se echó a un lado mientras la mujer que la guiaba frenaba a su caballo con tanta fuerza que el animal levantó la cabeza dolorido.

Solo una mujer en Santa Marta guiaba su propia calesa, y solo ella se atrevía a hacerlo por el pequeño puerto a pesar de las prohibiciones.

—Querido —dijo en inglés, con aquella voz ronroneante que Álvaro había llegado a odiar.

—Nora.

Álvaro hizo una gentil inclinación de cabeza y, antes de que ella pudiera volver a abrir la boca para hablarle, le dio la espalda y se dirigió a la posada a pasos largos.

La mujer de la calesa arrojó las riendas a un chiquillo que se había acercado a la espera de alguna limosna, se levantó las faldas y bajó del vehículo sin esperar ni necesitar ayuda, regalando una generosa visión de sus desnudas piernas, sin medias ni pololos, a la tripulación de un pesquero que descargaba sus capturas del día. Sin acobardarse por el frío saludo recibido, corrió tras Álvaro, alcanzándolo justo antes de que cruzara la puerta de la posada. No

tuvo reparo en fingir un traspié para poder agarrarse de su brazo, exagerando un dolor de tobillo inexistente.

—¡Ay! —exclamó, levantándose el ruedo de la falda con la excusa de comprobar si el tobillo se le hinchaba.

—No tengo humor para tus juegos, Nora —dijo, mirando el rostro demasiado pálido de la inglesa, cubierto de polvos para disimular las pecas que lo cubrían desde la frente hasta el escote.

—Me duele mucho —exageró, con la boca pintada de generoso carmín curvada hacia abajo en un mohín que más parecía pedir un beso que mostrar su dolor.

—¿Quieres que te lo vea Jimeno? —preguntó Álvaro, tan ansioso por deshacerse de su garra que estaba a punto de olvidar su buena educación.

—Tampoco es para tanto —reconoció ella, posando el pie al momento en el suelo, como si se le hubiera curado de repente.

—No sería la primera vez que te ve los tobillos.

Nora levantó la barbilla con gesto indignado y soltó el brazo de Álvaro, que se pasó una mano por la manga para alisarla. Ella apretó tan fuerte su sombrilla que casi esperó oírla quebrarse en cualquier momento.

—No sé qué te habrá contado ese… ese seductor barato…

—Jimeno tiene muchos defectos, pero aún conserva sus modales de caballero —le explicó Álvaro, deseando acabar de una vez con aquel momento incómodo, consciente de que su conversación atraía la atención de las gentes que faenaban en el embarcadero—. No hizo falta que él me contara nada, todos en el barco lo saben.

—Querido, solo fue un momento de debilidad, perdóname, por favor —rogó ella, cambiando ahora al papel de plañidera, que tan bien representaba—. De hecho, solo quería darte celos —añadió, volviendo a ponerle una mano sobre el brazo, en una caricia que a Álvaro le resultó casi repulsiva.

—No son celos, Nora —suspiró, agotado de aquella escena—. En realidad, poco me importa lo que hagas con tu vida, aunque te advierto que Jimeno no es el marido que estás buscando.

—No busco un marido, ya tuve uno y descubrí que el matrimonio no era para mí. Por suerte me hizo el favor de morirse pronto.

Álvaro la miró casi con pena. Se preguntó en qué momento

había sentido algo parecido a una atracción por aquella mujer insensible. Ella notó su rechazo y dio un paso atrás, dolorida, con tan mala suerte que metió el tacón en un hueco del pavimento y se le quedó allí enganchado. Tiró para liberarse, perdiendo a la vez el zapato y el equilibrio. Álvaro la oyó gritar cuando ya abría la puerta de la posada. Se volvió con un resoplido de impaciencia para verla caer sentada, lo que provocó algunas carcajadas entre los marineros.

No podía creer que intentara la misma treta dos veces consecutivas, pero entonces vio el zapato encajado en las piedras y su pálido rostro enrojecido de apuro, y supo que esta vez no había fingido el incidente. No le quedó más remedio que acercarse y ayudarla a levantarse.

11

María engullía bocado tras bocado del sabroso pollo que les habían servido en la posada, sin perder de vista a la inglesa. Era bonita, tenía que reconocerlo, a pesar del exceso de polvos que cubrían su rostro. Tenía los ojos de un pálido azul celeste, la nariz algo respingona, la boca pequeña y muy pintada parecía una fresa madura; su cintura era tan estrecha que un hombre podría abarcarla con sus manos y, cuando reposó el tobillo dañado sobre una silla que Álvaro se apresuró a buscarle, todos en la posada tuvieron una breve visión de su bien torneada pierna.

Se llamaba Nora Johnson, era viuda y propietaria por herencia de una plantación de cacao al norte de la isla, como se apresuró a informarla en un español que parecía que masticaba a cada sílaba. María intentó practicar con ella algo del inglés que don Luis le había enseñado durante la travesía, pero la mujer se burló tan cruelmente de su pronunciación que lo descartó por completo.

—No lo haces tan mal, querida —le dijo doña Pilar, que parecía incómoda con la presencia de la otra—. Nosotros no nos burlamos cuando confunden los géneros en español y dicen «*el puerta*» o «*la ventano*», pero ellos no son tan generosos.

Aquel «nosotros y ellos» de su buena amiga le dejó claro a María que españoles e ingleses podían convivir pacíficamente en aquellas islas, pero el resquemor por los siglos de histórica enemistad no se olvidaba tan fácilmente.

Decidió ignorar la presencia de Nora, como ella ignoraba la suya, dedicando toda su atención exclusivamente a Álvaro, al que hablaba en un inglés tan rápido que de nada le servían a María las lecciones recibidas.

Don Luis se ofreció a servirle otra ración de aquel sabroso pollo, que se apresuró a aceptar bajo la mirada cariñosa de doña Pilar, que

en aquel momento parecía más lúcida que nunca. María se preguntó si el regreso al hogar podía ser la cura para su mal, o, al menos, un freno para el rápido avance de sus síntomas en los últimos días.

Al poco apareció el contramaestre García para intercambiar unas rápidas palabras con su capitán en voz baja y volver a marcharse, saludando a los presentes con una leve inclinación de cabeza. A María no le pasó desapercibida su sorpresa al ver a Nora Johnson sentada a su mesa. La inglesa rehuyó su mirada, sin molestarse ni en saludarlo.

—El barco necesita una pequeña reparación que llevará más tiempo de lo que pensábamos. Tendremos que pasar la noche en la isla —informó Álvaro, mirando a María.

Ella tragó el último bocado de pollo antes de tiempo y estuvo a punto de atragantarse. Don Luis se apresuró a servirle un vaso de vino al ver su apuro, momento que aprovechó la dama inglesa para invitar a Álvaro a cenar en su casa, asegurando que no aceptaría una respuesta negativa.

—La plantación está demasiado lejos —dijo él, con aquel gesto molesto que tenía desde que había entrado en la posada con aquella mujer—, no puedo desatender mis obligaciones durante tantas horas.

—Nuestra casa está mucho más cerca —aprovechó don Luis, para hacer también su invitación—, tanto que podrían pasar la noche con nosotros, ¿verdad, querida?

—Nos encantaría —dijo su esposa, pasándole una mano por la cara a María con tanto cariño que la joven notó un dolor en el corazón al pensar en las pocas horas que le quedaban para estar con ellos—. Tenemos una preciosa habitación de invitados, mucho más adecuada para una pareja en su luna de miel que el camarote de un barco.

—¿Luna de miel? —preguntó Nora con su fea pronunciación—. Creo que no entiendo.

—Creíamos que el capitán ya se lo habría contado —dijo doña Pilar, disfrutando sin disimulo del momento de dar aquella información—. Es una historia muy bonita: estos queridos jóvenes se conocen desde niños y el capitán ha estado esperando todos estos años a que María tuviera la edad necesaria para celebrar su matrimonio.

María vació su vaso de vino y se metió otro trozo de pollo en la boca que masticó con cuidado. De repente se sentía como cuando descubrió la encerrona que le estaban preparando sus tíos y solo pudo meterse en la cocina y engullir todo lo que encontraba. Comer la calmaba. Concentrarse en cada sabor, en la textura, en el movimiento de sus dientes al masticar, le servía para ausentarse de la realidad.

—¿De qué matrimonio están hablando? —preguntó Nora, en inglés, directamente a Álvaro—. No es posible que hayas viajado hasta España para casarte con esa… esa chiquilla… Sé que tu barco fue avistado en la costa de Maracaibo no hace tantos días.

—Un matrimonio por poderes —aclaró don Luis, que entendía perfectamente todo lo que salía por la boca de la inglesa—. Aunque tienen previsto pasar por el altar cuando lleguen a Santa Marta, el matrimonio es perfectamente legal, y ellos son jóvenes y están enamorados.

María pensó en la conveniencia de fingir algún malestar para acabar con aquella conversación de la forma más rápida y efectiva posible. Nora los miraba incrédula, con una batería de preguntas a punto de salir de su boca. Para su sorpresa, Álvaro se inclinó hacia ella y se llevó a los labios una de sus manos con un gesto inesperadamente galante, enmudeciendo a la inglesa, que los miraba con ojos desorbitados.

—Tiene toda la razón, don Luis —dijo, con la primera sonrisa que mostraba aquella mañana—. Y le agradezco muchísimo la invitación. Me siento un egoísta por no haber pensado en la comodidad de mi esposa —añadió, provocándole a María un hipo repentino que le hizo dar un salto en su silla.

—Comes demasiado rápido, criatura —dijo doña Pilar, haciéndole un gesto a su marido para que volviera a llenarle el vaso de vino.

—No, don Luis —dijo, poniendo una mano sobre el vaso—. No estoy acostumbrada y podría marearme.

Aunque no era su intención, aquellas palabras molestaron a Nora, que había bebido tres vasos de vino sin probar un bocado de las generosas bandejas de comida servidas en la mesa.

—No sabe beber vino, pero tiene edad para casarse —murmuró la inglesa por lo bajo, inclinándose para frotarse el tobillo

lastimado, lo que también le sirvió para mostrar mejor lo que asomaba bajo el escote de su vestido, atrayendo las miradas de todos los hombres presentes.

—Noto el ambiente demasiado cargado aquí dentro —declaró María antes de ponerse en pie y robarle a la inglesa toda la atención masculina de la posada—. Si no les molesta, me gustaría dar un paseo para airearme. Después de tantas jornadas en el mar, lo que más deseo es caminar sintiendo tierra firme bajo mis pies. ¿Cree que podré acercarme andando hasta esas hermosas playas que hemos visto desde cubierta? —preguntó a don Luis, que no llegó a contestar porque Álvaro ya se había levantado, ofreciendo su brazo a María.

—Te acompaño —dijo, sin más.

—Pero has dicho que tenías obligaciones en tu barco.

—Ninguna obligación más importante que cuidar de mi esposa —insistió él, provocando a la joven un nuevo ataque de hipo—. Don Luis, doña Pilar, dos de mis hombres los acompañarán para ayudarlos con el equipaje. Les agradecemos la invitación y nos reuniremos con ustedes esta tarde, si les parece bien. —Saludó con la cabeza a los ancianos antes de volverse hacia la inglesa, que lo miraba furibunda—. Nora.

María se dejó conducir fuera de la posada pensando que así, cogida del brazo de Álvaro, podría caminar feliz hasta el mismísimo Polo Norte.

—No quería hablarle a Nora de nuestro supuesto matrimonio, pero ahora que lo sabe, no quedará persona de Santa María sin recibir la noticia antes de que anochezca.

—¿Nora es la mujer de la que hablaba el contramaestre García aquella anoche? —preguntó, incapaz de mantener por más tiempo aquel secreto que le ardía desde entonces en la boca del estómago cada vez que lo recordaba.

—¿Nos estabas escuchando? —preguntó Álvaro, sorprendido—. ¿Por eso te caíste del barco?

—Me caí porque la cubierta estaba resbaladiza y había marejada, un barco desde luego no es el sitio más seguro para una mujer, cualquier diría que los hacen peligrosos a propósito para mantenernos alejadas de ellos.

—No deberías escuchar conversaciones ajenas —dijo Álvaro,

cortando su palabrería, que ambos sabían que solo estaba destinada a distraerlo—. Nora solo es un error, de los muchos de mi pasado.

Había un sincero arrepentimiento en sus palabras que preocupó a María. No imaginaba lo graves que podían ser aquellos que él llamaba errores del pasado, pero estaba dispuesta a no inmiscuirse en su vida anterior. Lo único que le importaba era lo que haría en adelante.

—Siento que no hago más que complicarte la vida —le dijo, compungida—. Entiendo que tienes tus… amistades… Y que mi mentira te pone en una situación incómoda.

—No quiero que te preocupes más por eso, ya te dije que todo se arreglará cuando lleguemos a Santa Marta.

Álvaro la condujo más allá del embarcadero, por un estrecho sendero entre frondosos árboles que apenas dejaban pasar la intensa luz del sol de mediodía.

—Diego también se enfadará cuando sepa lo que he hecho. Prometo hacer acto de contrición y no volver a mentir nunca más, ahora entiendo por qué dicen que se atrapa antes a un mentiroso que a un cojo.

Parecía tan preocupada que Álvaro se detuvo para tomarla de la barbilla y obligarla a que lo mirara a los ojos. Olvidó lo que iba a decirle cuando se sumergió en las profundidades aguamarina de los suyos. La brisa salobre movía las palmeras sobre sus cabezas, creando rayos de luz que a ratos iluminaban sus cabellos dorados y la piel del rostro ligeramente dorada, sin rastro de polvos ni coloretes que de ningún modo podrían mejorar lo que ya era perfecto.

—María… —suspiró, tocando su frente con la de ella.

—Álvaro… —contestó ella, como si sus nombres contuvieran todo su universo.

—La playa… Ya estamos llegando… —dijo Álvaro.

—Bien… Yo… deseaba pisar esa arena tan blanca… Si no te parece inadecuado que me descalce.

Álvaro recordó cuando la había sacado del mar, sus pies descalzos, sus piernas desnudas, su cuerpo cubierto por una camisa mojada. En los años que llevaba en el Caribe, se había enfrentado a tifones, a contrabandistas armados, y había estado a punto de fallecer en un incendio. Nada de todo aquello podía darle tanto

miedo como imaginar a María descalza, caminando por la arena, levantándose las faldas para mojar los pies en la orilla.

—No sé si será una buena idea, tienes que tener cuidado con tu brazo —dijo, recolocándole con cuidado el cabestrillo que se le deslizaba por el hombro.

—Ya apenas me duele, quizá podría quitármelo.

—Mejor le preguntamos al doctor Jimeno, ¿de acuerdo?

—¿Y si me lo quito ahora? ¿Un ratito nada más? Me está dando sofoco tener el brazo pegado al cuerpo todo el tiempo.

No le quedó más remedio que ayudarla a soltar el cabestrillo, pendiente del mínimo gesto de dolor para volver a ponérselo. María extendió el brazo lastimado, movió los dedos y la muñeca, flexionó el codo y sonrió satisfecha.

—¿Seguro que no te duele?

—Para nada, ya estoy mucho mejor, siempre me curo muy rápido, y mira que cuando era pequeña siempre me estaba cayendo y llevaba las rodillas llenas de heridas, ¿te acuerdas? —preguntó, haciendo que Álvaro tuviera un lejano recuerdo de ella trepando a un manzano con la agilidad de una ardilla, para luego caerse cuando una rama se quebró bajo sus pies. Ya entonces tenía un corazón intrépido, pensó, sonriendo para sus adentros—. Venga, vamos a la playa.

Tiró de él para que la guiara a través de la espesura, hasta que desembocaron en el lugar favorito de Álvaro en la isla de Santa María, un arenal en forma de media luna en el que el mar, transparente como el mejor cristal, lamía suavemente una orilla tan blanca que los deslumbró al pisar la arena.

—Madre mía, esto es el paraíso —exclamó María, mirando a uno y otro lado con la boca entreabierta—. ¿Vienes mucho a esta playa? Es tan bonita. Mira qué arena tan fina, y esas conchas blancas, ¿qué son? ¿Almejas americanas? Son enormes. ¡Un cangrejo! No, no, son dos, míralos, parecen la madre y el hijito, qué graciosos…

Olvidándose de toda precaución, corría por la arena, dejándose los zapatos y las medias en el camino, levantando las faldas, como Álvaro había temido, para mojar los pies descalzos en el agua, por suerte no se veía un alma ni en tierra ni en el mar siquiera, así que la dejó disfrutar del momento. A cada paso encontraba algo más que admirar, así que él se limitó a sentarse a la sombra de un

cocotero, disfrutando de aquel despliegue de vitalidad y contagiosa alegría.

—Cuidado —advirtió al ver que unas olas más altas amenazaban con bañarla por completo. María reculó, mirando preocupada su elegante vestido, que se echaría a perder en el agua salada.

—¿En Santa Marta hay playas así de bonitas? —preguntó, acercándose, casi sin aliento después de tanta agitación. Álvaro asintió—. ¿Me llevarás? Podríamos ir con Diego, organizar una merienda. Se está muy bien a la sombra de este árbol, ¿cómo se llama? —Él fue contestando pacientemente a cada una de sus preguntas, sosteniéndola por la mano sana cuando ella intentó sentarse a su lado—. Eres muy bueno conmigo, Álvaro —le dijo, con las mejillas rojas y los ojos más brillantes aún de lo habitual—. No me lo merezco.

—No digas eso.

Estaba cerca. Demasiado cerca. Peligrosamente cerca. Podía oler en su piel el aroma de su jabón, ese que le traía recuerdos de su hogar en España, y descubrir que el lunar de su ceja derecha era más oscuro ahora que ella pasaba tantas horas al sol en cubierta.

—¿Qué piensas? —preguntó María, pasándole una mano por la frente como si así pudiera leer directamente sus pensamientos.

Álvaro le atrapó la mano por la muñeca para evitar que siguiera tocándolo y, sin saber cómo, acabó tirando de ella hasta pegarla a su cuerpo, su boca buscando aquellos labios tentadores que se abrieron sin dudas ni preguntas, recibiendo su beso con entusiasmo. María no sabía besar, pero aprendía rápido. Con su habitual entusiasmo, entre risas y jadeos, acabó sentada en su regazo, él con la espalda apoyada en el cocotero y sus manos acariciándole las piernas por debajo de las amplias faldas. Álvaro le dibujó el contorno de la boca con la punta de la lengua antes de adentrarse en su cálido interior. Ella se echó un poco atrás, sorprendida, pero al momento cayó rendida de nuevo sobre su pecho, moviéndose sobre su ingle de una manera demasiado tentadora. Una voz en su interior le advertía que tenía que parar aquello antes de que fuera demasiado tarde. No la escuchó y su sonido se fue apagando en la lejanía.

—No sé ni lo que pienso —contestó a su pregunta anterior, desabotonándole la pechera del vestido para encontrarse con la

hermosa visión de sus senos asomando por el borde del corsé. Abrió la boca para añadir algo más, pero pareció olvidar lo que iba a decir y se inclinó para besar los montículos gemelos.

—Mejor no pensar —jadeó María, que bailaba una danza sensual sobre sus caderas, buscando la dureza oculta en sus pantalones para frotarse sin reparo.

—María… —gimió, buscando algún resquicio de su fuerza de voluntad para detener aquella locura—. María, esto no debería ser así…

—¿Cómo debería ser? —preguntó ella, que en algún momento le había abierto la camisa y frotaba contra su piel desnuda las curvas que desbordaban su escote—. ¿Cómo sería si de verdad esta fuera nuestra luna de miel? Enséñamelo.

No podía hacerlo. Ella era demasiado inocente. A pesar de su descaro, de su falta absoluta de reparos, tenía que recordar que solo era una niña criada en un convento, probablemente no tenía ni idea de adónde los conducía aquel camino.

Álvaro escuchó por fin la voz de su conciencia y se incorporó, separándola de su cuerpo para empezar a arreglarle la ropa.

—No es nuestra luna de miel —dijo, físicamente dolorido por su propia decisión—. Esto no está bien.

—¿Por qué? —preguntó ella, inasequible al desaliento. Le sujetó las manos, que temblaban al tratar de abotonar su chaqueta, y se las volvió a poner sobre sus senos—. A mí me gusta, y a ti también, no puedes negarlo.

No podía con tanto descaro. Debería reprenderla, pero solo pudo echarse a reír al oír sus palabras.

—Algún día me explicarás qué te enseñaron en ese colegio religioso.

—En las aulas no se aprendían muchas cosas útiles —dijo ella, permitiendo con un suspiro de fastidio que terminara de arreglarle la ropa—. Pero en los dormitorios, las alumnas mayores nos contaban historias de lo más interesantes. Carmen tenía un novio que iba a verla los sábados, se colaba por la tapia trasera de los jardines y se echaban una hora besándose a la sombra de un sauce llorón. Luego ella nos contaba cómo eran los besos, y practicábamos con las almohadas. —Entre risas, Álvaro la tomó de la cintura y la levantó de su regazo para sentarla al pie del cocotero—. Yo siempre

pensaba en ti cuando lo hacía —le dijo, observando cómo él se cerraba la camisa con mucho pesar.

—Eres un peligro, María de Ibarra —dijo él, gimiendo al ver cómo ella se mordía el labio inferior.

Se puso en pie y la ayudó a levantarse. Ella aprovechó para apoyarse en su pecho, mirándolo con un gesto tan anhelante que Álvaro tuvo que cerrar los ojos para recordar quién era él, quién era ella, y por qué sería la peor de las ideas seducir a la hermana de su mejor amigo en una playa a la luz del día. En realidad, sería una auténtica traición.

—Vamos, tengo mucho que hacer en el barco antes de la cena en casa de doña Pilar y don Luis.

—La cena, es cierto, ya se me había olvidado. —María se cogió de su brazo y dejó que la condujera de nuevo entre la frondosa vegetación, de regreso al embarcadero—. Tengo que buscar un vestido en mis baúles, aún me quedan varios por estrenar, los guardaba para cuando estuviera en Santa Marta, no quería que se me estropearan durante el viaje con el salitre y todo eso, pero…

Por una vez, Álvaro dio por bienvenida su verborrea y su facilidad para pasar de un tema a otro. Él, sin embargo, necesitaría toda una tarde de intenso trabajo para olvidar lo cerca que había estado de cometer un gravísimo error.

12

María no disfrutó tanto de la cena como había esperado. A pesar de todos los esfuerzos de sus queridos amigos, su cariño y hospitalidad se vieron empañados por la sombra negra que se sentaba a la izquierda de Álvaro.

A su llegada, doña Pilar los había informado, con mucho apuro, de que la viuda Johnson había decidido por su cuenta que la invitación que les habían hecho en la posada la incluía. La mujer no se había despegado de ellos en toda la tarde, obligándolos a atenderla cuando ellos tenían tanto de lo que ocuparse tras más de seis meses lejos de su hogar.

Nora procuró manipular la conversación, obligando a Álvaro a recordar jornadas pasadas en su compañía para hacer ver que tenían una relación más cercana de la que María intuía. Llegó a sentir un poco de lástima por aquella mujer que pretendía marcar su territorio ante la que creía su rival. Por un momento se la imaginó como una gata mimada, rondando por el comedor, frotándose contra los muebles y maullando para llamar la atención. Tuvo que llevarse la servilleta de hilo a la boca para ahogar una carcajada, fingiendo un poco de tos.

—¿Estás bien? —preguntó Álvaro, que apenas le había dirigido la palabra desde su paseo a la playa.

Y qué paseo. María aún sentía sofocos al recordar cómo la había besado. La piel se le erizaba al recordar sus caricias, el roce de la sombra de la barba en la delicada zona del escote, sus manos recorriéndole las piernas bajo las faldas. Su primer beso, y no había sido en absoluto como los imaginaba cuando practicaba con su almohada en el dormitorio del internado. Álvaro le había regalado un cúmulo de nuevas sensaciones que la mantenían en un estado de ardiente efervescencia.

—Pareces un poco acalorada, querida —dijo doña Pilar desde el

otro lado de la mesa, ofreciéndole su abanico—. No te preocupes, pronto te acostumbrarás a este clima.

—Seguro que sí —dijo ella, agradecida por la excusa y por el abanico, que consiguió apagar un poco sus rubores.

—Esto es muy distinto de su tierra natal —dijo la inglesa, tras vaciar su segunda copa de vino.

—¿Conoce usted Galicia? —preguntó María—. Es una tierra muy hermosa, llena de ríos y valles verdes…

—Lo sé, me contaron —la interrumpió Nora, mirando a Álvaro con aquel gesto íntimo que parecía irritarlo—. Como Inglaterra, fría y lluviosa. Por eso ustedes emigran en bandadas, como patos. —Se rio de su propio chiste, sin recibir la misma respuesta por parte de los cuatro gallegos que la acompañaban en la mesa—. Pronto llega nueva doncella. Creo que viene en mismo barco que usted. Se llama Juana —dijo, pronunciando la jota como si fuera una ge suave.

—¿Juana? ¿Juana Sánchez? Qué casualidad, precisamente la contrató mi tía para que me acompañara durante la travesía. Sabía que la esperaba un empleo en estas tierras, pero debe de haber alguna confusión porque ella creía que sería en Maracaibo.

La inglesa puso los ojos en blanco, como si aquella confusión la irritara profundamente.

—*Por eso retraso* —dijo Nora, volviéndose hacia Álvaro con un gesto muy diferente al que le dirigía a María cuando se veía obligada a hablar con ella. Le habló en inglés, al parecer ya agotada de intentar hacerse entender con su mal español—. ¿Puedes ocuparte de enviar un cable al puerto de Maracaibo para que la localicen? Seguro que el gobernador no tendrá inconveniente en hacerte ese favor.

Álvaro asintió, rechazando los profusos agradecimientos de la inglesa con un gesto molesto.

Nora rechazó el postre porque, según ella, «una mujer debía saber cuidarse», lo que no desanimó a María, que devoró con auténtica gula un buen trozo de tarta decorada con exóticas frutas de sabor delicioso. Cuando había rebañado hasta la última miga, Álvaro anunció que no podían quedarse a pasar la noche.

—Saldremos con la próxima marea, de madrugada —explicó.

Don Luis se empeñó en que Álvaro lo acompañase a su pequeña bodega de vinos españoles, que estaba en el sótano bajo la cocina

de la casa, y así quedaron las tres mujeres solas en el comedor, momento en el que doña Pilar pareció sufrir una de sus tristes ausencias. Miró a sus dos acompañantes como si fueran desconocidas, se levantó y se fue tras el sonido de la voz de su esposo.

—No sé por qué Álvaro juega su juego —dijo la inglesa en su mediocre español, aprovechando que se habían quedado a solas para decir lo que sin duda llevaba rondándole la cabeza desde que se habían conocido.

—¿De qué juego está hablando? —preguntó María con poco interés, su atención puesta en la apetitosa tarta que la llamaba desde el centro de la mesa.

—Es buena actriz, sí, sabe poner esa cara de no romper platos.

—Hablando de platos, yo me voy a tomar otro trozo de tarta, ¿le apetece?

Nora negó, tan molesta por el ofrecimiento como por la poca atención que prestaba María a sus palabras.

—¿Dónde se conocieron? ¿En teatro?

—¿Teatro? No he pisado uno en mi vida —dijo ella, metiéndose un bocado de tarta en la boca y cerrando los ojos al saborearlo—. Pero me gustaría.

—Álvaro no puede casar, tiene compromiso —insistió Nora, logrando por fin la atención de María, que enarcó las cejas a la espera de sus próximas palabras—. Compromiso conmigo.

La inglesa extendió la mano derecha para mostrar el anillo que María había admirado toda la noche, una gruesa pieza de oro con una bella piedra preciosa que convertía en arcoíris la luz de las velas.

María se metió otro trozo de tarta en la boca, esperando que el sabor intenso de la fruta le ayudase a buscar una respuesta adecuada para aquella situación absurda.

—Lo siento, señora Johnson —dijo, dejando la cuchara sobre el plato vacío.

—¿Lo siente? No entiendo.

—La comprendo perfectamente, yo sé mejor que nadie lo que es estar enamorada de Álvaro, lo quiero desde que era una niña y he vivido esperando su regreso. A veces aún me despierto por la mañana pensando que todo es un sueño y sigo en España, en el

convento, o, peor, en casa de mis tíos, a punto de casarme con Aurelito. —María agitó el abanico para alejar los malos pensamientos—. Álvaro es el hombre que toda mujer querría por esposo. Es amable, atento, fuerte, honrado, y tan apuesto que quita el aliento. También es severo, y algo distante a veces, pero eso solo lo hace más humano porque, sin algún defecto, sería un dios para adorar en un altar, y tampoco es eso lo que las mujeres queremos, ¿no? —Nora la miraba boquiabierta, sin pestañear—. También es inteligente, demasiado para dejarse atrapar con engaños. Solo se puede enamorar a Álvaro con la verdad desnuda.

—¿Qué está hablando? —preguntó Nora, completamente perdida.

—Nada. —María se rio de sí misma al darse cuenta de que la inglesa no entendía la mitad de lo que decía.

—Yo conozco Álvaro. Usted acaba de llegar. No sabe nada.

—No lo conoce en absoluto si piensa que puede conquistarlo a base de mentiras.

María miró el anillo de Nora y le pareció que perdía su brillo al observarlo con atención, como su dueña.

Los ancianos volvieron a entrar tomados del brazo, seguidos por Álvaro, que llevaba una botella de vino en cada mano. Miró a las dos mujeres, sentadas una enfrente de la otra, y pareció percibir la tensión que flotaba en el comedor como el humo de las velas.

—¿Todo bien? —le preguntó a María al sentarse a su lado, poniéndole una mano sobre la suya.

—Muy bien —contestó ella, apretando sus dedos bajo la mirada retadora de Nora Johnson.

La despedida fue muy triste. María se dejó abrazar por doña Pilar, que le dijo algunas palabras sin sentido antes de marcharse de vuelta al comedor, como si hubiera recordado alguna tarea urgente.

—Cuídela mucho —le dijo a don Luis, que le estrechó las manos con los ojos empañados de emoción—. Vendré a verlos siempre que pueda.

—Gracias, hija mía, has sido una bendición para nosotros. Os deseo toda la felicidad que os merecéis —añadió, estrechando también la mano de Álvaro y uniendo las de ambos con las suyas—. Nos gustaría asistir a vuestro matrimonio en la iglesia de Santa Marta —dijo, mirando a los ojos a Álvaro, que le sostuvo la mirada

con serenidad—. Espero que no lo retraséis mucho, los hijos deben nacer con todas las bendiciones.

María recordó que don Luis había visto a Álvaro saliendo de su camarote aquella mañana y agradeció la oscuridad de la noche, que ocultaba una nueva oleada de rubor que debió de enrojecerle hasta los dedos de los pies.

Se despidieron por fin y ya Álvaro estaba ayudando a María a subir a la calesa que los llevaría hasta el embarcadero cuando la inglesa se le acercó pidiéndole unas palabras en privado.

María se recostó en el asiento, dejando que la capota la ocultara; no le interesaba nada lo que aquella mujer tuviera que decirle a su supuesto esposo. Nunca había sentido esa sensación llamada celos a la que se dedicaban hasta poemas y por la que se cometían crímenes horrendos. Si Álvaro y Nora habían tenido una relación, no era asunto suyo y, puesto que le había quedado claro que por parte de él aquello era pasado, no sentía la mínima preocupación porque interfiriera en sus planes.

Sus planes… María cruzó las manos sobre el regazo, mirándose los dedos como si allí estuviera diseñado su futuro. Había dedicado la tarde a meditar sobre todo lo acontecido desde que los piratas asaltaron su nave, llegando a conclusiones bastante favorables para su sueño de toda la vida: convertirse realmente en la esposa de Álvaro Medina. Él no estaba demasiado enfadado por su mentira, y aquella misma tarde le había dejado claro que ya no la veía como la pequeña hermana de su amigo. Al pensar que habían estado a punto de consumar su falso matrimonio en la arena de aquella playa, notó que sus mejillas volvían a incendiarse y se arrepintió de haberle devuelto el abanico a doña Pilar.

—No te creo —dijo la voz chillona de Nora, que no parecía preocupada porque ella pudiera oírla; de hecho, le pareció que hablaba en su mal español precisamente para que se enterara de lo que tenía que decir—. Nunca hablaste de novia esperándote en España. Decías que matrimonio no entraba en planes.

—De mis asuntos personales solo hablo con la familia y amigos íntimos —dijo Álvaro, frío y cortante como un cuchillo—. Dejemos esto aquí, por favor. Nos divertimos juntos, como dos adultos sin compromisos ni obligaciones, pero eso ya se acabó hace tiempo.

—No es verdad, no mientas, no fue solo aventura.

—Hasta aquí llegaron las explicaciones, Nora. Si no puedes aceptar mi matrimonio, será mejor que no volvamos a vernos.

—Álvaro, por favor…

María se tapó los oídos para no seguir escuchando. No podía evitar sentir lástima por una mujer que suplicaba de aquella manera.

Al poco, Álvaro subió a la calesa y tomó las riendas para azuzar a los caballos. No la miró, no le dijo una palabra, lo que logró que María se sintiera muy pequeñita y un poco culpable.

—¿La querías? —preguntó con una vocecita que apenas se oyó por encima del sonido de los cascos de los caballos.

—¿Qué? —Álvaro la miró un segundo antes de volver la vista al oscuro camino. Soltó un largo suspiro antes de responder—. No, no la quería, nunca la quise. Solo fue un error, no quiero que pienses ni un segundo en ello, ¿de acuerdo?

María también suspiró, arrimándose más al costado de Álvaro. El cielo sobre sus cabezas estaba cuajado de estrellas y las palmeras se mecían a su paso, abanicándolos con sus largas hojas. Los ojos se le fueron cerrando, rendida de puro cansancio, y ni siquiera se enteró de cuando llegaron al puerto y Álvaro la subió en brazos hasta su camarote.

Aquella noche soñó con Santa Marta. Vio a su hermano recibiéndola en el puerto, con el mismo aspecto que tenía en el retrato que le había regalado días antes de partir de España. Luego todo se complicaba, el gobernador de la isla ordenaba detener a Álvaro por contrabandista, y en medio de aquel escándalo, todos se enteraban de que nunca había existido su matrimonio por poderes. María sintió que se ahogaba, volvía a estar hundiéndose en el mar, el vestido, pesado como si fuera de piedra, tirando de ella hacia el fondo. Intentó gritar, pero la boca se le llenaba de agua y no salía ningún sonido.

—Es una pesadilla —dijo una voz suave a su lado—. Tranquila, tranquila, solo es una pesadilla. Estás a salvo.

Álvaro la había rescatado de nuevo. Se acurrucó entre sus brazos sollozando de alivio y volvió a dormirse sin preguntarse siquiera por qué estaban durmiendo juntos.

13

Cuando volvió a despertar, con el sol iluminando el camarote y arrancando destellos a los instrumentos marítimos sobre la mesa de trabajo de Álvaro, María estaba sola en la cama. Por un momento pensó que no había dormido con ella, que aquello también había sido parte de su sueño. Hasta que notó su aroma en las sábanas.

Al recordar lo que le había contado el día anterior, de cómo las niñas del internado practicaban besos con sus almohadas, le dio la risa y acabó enterrando la cara en la mullida superficie, aspirando aquel olor que la llevó de vuelta a una playa paradisiaca y a su primer beso de verdad. Nada la había preparado para aquella locura de sensaciones. Aún podía sentir el primer roce de la boca de Álvaro, primero despacio, como si temiera su rechazo, después más decidido, intenso, abrumador. Se llevó una mano a la cintura, por donde él la había sujetado con un brazo, y otra a la cara, que le había abarcado con su mano grande, acariciándole la mejilla y el cuello detrás de la oreja. Se giró dos, tres veces, sobre la cama revuelta, buscando algo que ni ella misma sabía qué era. Frotándose contra las sábanas como se había frotado contra el cuerpo de Álvaro, de una manera instintiva y un poco salvaje.

Sonaron dos golpes apresurados en la puerta y María tiró de las sábanas para cubrirse. Álvaro se asomó apenas, mirando a los pies de la cama para hablarle.

—Estamos muy cerca ya de Santa Marta —anunció—. Ya se ve en la línea del horizonte.

María saltó de la cama como impelida por un resorte y se acercó a la puerta a la carrera.

—¿Cuánto tiempo queda? ¡Tengo que vestirme! No sé qué ponerme, quiero que mi hermano se sienta orgulloso al verme llegar. El vestido de paseo rojo está salpicado de salitre y yo…

Se detuvo en seco al darse cuenta de que Álvaro cerraba los ojos

como si estuviera sufriendo un vahído. María giró a su alrededor para descubrir qué se lo había provocado, y estiró una mano para sujetarse la larga falda del camisón, notándolo demasiado fino entre sus dedos. Solo entonces se dio cuenta de que lo que llevaba puesto era su camisa interior, de ligerísima batista, poco más que un velo que no cubría apenas su cuerpo desnudo. No entendía por qué había dormido con la camisa, hasta que recordó que la noche anterior había bebido dos copas de vino, ella, que apenas soportaba el olor sin emborracharse, y que se había dormido en el camino de regreso al embarcadero.

Álvaro la había desnudado otra vez, como cuando se cayó por la borda. Por si eso no fuera suficiente, ahora ella correteaba dando saltitos a su alrededor prácticamente desnuda. Alguien malpensado creería que trataba de seducirlo de la más torpe de las maneras.

Tiró de la manta sobre la cama y se envolvió en ella como si fuera una toga romana, luego levantó el rostro con toda la dignidad que pudo reunir.

—Creo que me quedé dormida anoche —dijo—. No estoy acostumbrada a beber vino.

—María… —Álvaro cerró la puerta a su espalda, apoyando en ella la espalda, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Tenemos que hablar.

—Lo siento —murmuró ella—. Ya sé que solo te he dado dolores de cabeza desde que nos encontramos, pero hoy mismo podrás librarte de mí. Le diré a mi hermano toda la verdad…

—¿La verdad?

—Sí, que te has comportado conmigo como un caballero y un buen amigo. Que debemos estarte agradecidos.

—Esa no es la verdad, María, y no quiero tu agradecimiento, por el amor de Dios, solo eso me faltaba.

Ella se sobresaltó al oírlo jurar de aquella manera. Nunca lo había visto alterado, parecía que siempre era dueño de su estado de ánimo.

—Pero me has salvado la vida, dos veces, primero con los contrabandistas y después cuando me caí del barco —le recordó—. Por supuesto que te estoy agradecida.

Álvaro bajó la cabeza, renegando para sus adentros. María se había vuelto a olvidar de cubrirse, la manta se deslizaba por sus

hombros y sus pechos, redondos y perfectos, turgentes como había podido comprobar personalmente la tarde anterior, se transparentaban casi por completo bajo la fina batista.

—Solo hice lo que tenía que hacer —le dijo, intentando reunir las fuerzas para dejar de disfrutar de aquel delicioso espectáculo. Debía volver a cubierta y dirigir la maniobra de aproximación al puerto de Santa Marta.

—Eres mi caballero de brillante armadura —dijo ella, acercándose para ponerle una mano en el hombro.

Miró sus ojos azules, transparentes como los de la niña que recordaba. Era una seductora nata que podía poner a un hombre a sus pies con solo una sonrisa, pero no había pizca de engaño ni maldad en su comportamiento; pondría las dos manos en el fuego por ella.

—Tu hermano querrá muchas explicaciones.

—No tiene por qué saber todos los detalles —dijo ella, con las mejillas encendidas—. No quiero que te preocupes, tú me has salvado dos veces, déjame que sea yo la que te ponga a salvo ahora. Las únicas palabras que Diego oirá de mi boca serán para alabarte por lo mucho que me has cuidado estos días.

Álvaro sintió un repentino dolor en la mandíbula provocado por la fuerza con la que cerraba la boca.

—Habrá rumores. Incluso de mi tripulación; no puedo garantizar que no se vayan de la lengua cuando esta tarde bajen a divertirse al puerto.

—¿No puedes comprar su silencio, si es preciso? Unas monedas para gastar en ron después de una dura travesía siempre serán bienvenidas.

Podía hacerlo, de hecho, pensaba hacerlo, pero nada garantizaba que las lenguas no se desataran cuando el ron corriera de mano en mano. Además, estaban los ancianos de Santa María, que lo habían visto salir del camarote al amanecer y estaban convencidos de que pronto celebrarían su matrimonio religioso.

María se negaba a aceptar lo complicada que se había vuelto su situación, así que no le quedaba más remedio que solucionar aquello directamente con su hermano. Esperaba que hubiera leído su misiva enviada el día anterior, porque, de otro modo, temía que su barco fuera recibido por las tropas del gobernador en términos

poco amistosos.

—Debo volver a cubierta —dijo, girándose para poner la mano sobre el pomo de la puerta, que no llegó a abrir.

María lo abrazó por detrás, sus manos pequeñas abriéndose sobre su pecho, su cuerpo cálido pegado a su espalda.

—No te enfades conmigo —le rogó.

—No me enfado —le dijo, separándole suavemente las manos, la derecha aún vendada desde la muñeca hasta encima del codo. Se dio la vuelta para mirarla—. No te preocupes, todo se va a arreglar.

Llevaba tres días repitiendo aquel mantra: todo se va a arreglar. Pero por mucho que lo repitiera, sabía que solo había una forma de arreglarlo.

María inclinó la cara, que se cubrió de mechones sueltos. Álvaro recordó la noche anterior, cuando le había quitado una a una las horquillas que le sujetaban la melena en un sencillo moño. Completamente dormida, María resoplaba suavemente, arrugando la nariz cuando sin querer le tiraba del pelo. Estaba tan a gusto así, junto a ella, en la cama algo estrecha para dos, que no supo ni cuándo se quedó dormido.

Le pasó una mano por la frente, separando uno de los largos tirabuzones, y la vio reaccionar a su caricia como un gatito, buscando el dorso de su mano para acunar en ella su rostro.

—Voy a echar esto de menos —dijo, sus ojos nublados de emoción—. Ojalá no hubiéramos llegado tan pronto a Santa Marta.

No podía con ella. Era demasiado sincera. Completamente transparente. Y lo increíble es que no pedía ni esperaba nada de él.

La actividad en cubierta iba en aumento y se oían las voces de los hombres preparándose para arribar a la isla donde muchos tenían su hogar, al que estaban deseando regresar después de tanto tiempo.

—Vete —le dijo María, empujándolo por un hombro a pesar de que no tenía fuerza apenas para moverlo—. Tú tienes mucho que hacer y yo debo buscar el vestido perfecto para impresionar a mi hermano y a las gentes de Santa Marta.

Álvaro se fue riendo por aquellas palabras, y María dejó caer por fin la pesada manta, abanicándose con las manos, muerta de calor, no solo por efecto de otro típico día caribeño. Se miró las manos, que había puesto sobre su pecho cuando lo abrazó por detrás,

notando los músculos marcados de los pectorales, y se las llevó a la cara, que había apoyado en su espalda, tan ancha, tan recia, tan cálida cuando se apretó contra ella, que sintió cómo la piel se le erizaba de puro placer. Cada vez que lo tocaba, o que él la acariciaba, notaba una nueva reacción en su cuerpo. Estaba descubriendo un mundo sensual del que nadie podía haberle hablado antes, porque comprendía que tenía que sentirlo en persona y que debía ser distinto para cada uno. En el pasado, María no había tenido oportunidad de tener pretendientes, por eso no sabía cómo reaccionaría ante otro hombre, pero estaba convencida de que ninguno podría hacerle sentir lo que Álvaro con el simple roce de sus dedos.

Se dejó caer sobre la cama, desmayada, llevándose una mano a la frente febril, sumergida en sus ensoñaciones hasta que una voz en cubierta le recordó que se aproximaban a puerto y aún debía buscar ese vestido perfecto que necesitaba.

14

Álvaro se palpó la pechera de la chaqueta para comprobar que llevaba en el bolsillo interior los documentos que necesitaba. Por fin se acababa aquella situación absurda y podía regresar al hogar con su honor restaurado.

Su hogar. La isla de Santa Marta. Había partido de España muy joven en busca de fortuna y una vida mejor que la de sus padres. A su llegada a Maracaibo había aceptado cualquier trabajo para mantenerse, especialmente en los muelles, a la espera de conseguir que algún capitán lo aceptase en su tripulación. En sus sueños más locos ya se veía como capitán de su propio barco, no se imaginaba el duro camino que tendría que atravesar para cumplir aquel sueño.

Mejor fortuna había tenido el hermano de María, que consiguió gracias a sus estudios un buen puesto en las oficinas de una naviera, propiedad del caballero que años después sería nombrado gobernador del archipiélago de Santa Marta, cuando ya Diego era su mano derecha, motivo por el que se lo llevó con él a las islas, convirtiéndolo en una especie de vicegobernador *de facto*. Todos en la isla sabían que Diego de Ibarra hacía y deshacía en la oficina del gobernador, un hombre viudo, demasiado ocupado entre sus negocios y el cuidado de sus tres hijos.

Mientras su amigo ascendía en fortuna y posición, Álvaro navegaba en cualquier barco que lo aceptara, ya fuera pesquero, de mercancías o de pasajeros. Había descubierto que el mar lo apasionaba y estaba decidido a trabajar duro, ahorrar hasta el último céntimo para tener algún día su propia nave. Así, terminó en el barco de Gonzalo Balboa. Cuando descubrió que se dedicaban al contrabando, decidió abandonar su puesto a la menor oportunidad, pero Balboa había puesto sus ojos en él y lo convirtió en su aprendiz, convenciéndolo de que no cometían ningún delito por hurtar algunas mercancías a los malditos impuestos que sangraban

a la gente humilde como sanguijuelas.

De nuevo decidió abandonar aquel barco y a su mentiroso capitán el día que abordaron por primera vez otra nave para hacerse con su carga. Eso no era contrabando, era piratería, y Álvaro no estaba dispuesto a hundirse más en aquel fango. Balboa se dio cuenta de lo que ocurría y trató de ganárselo de nuevo con promesas y halagos que no surtieron efecto porque Álvaro ya no era el muchacho hambriento que había llegado a Maracaibo dispuesto a todo. En cuanto recalaron en uno de sus puertos seguros para vender la mercancía robada, hizo su petate y bajó del barco sin despedirse de nadie, no sin antes pasar por el camarote del capitán para saldar sus cuentas pendientes con la cantidad que le pareció más justa y que tomó sin preguntar ni pedir permiso, como le habían enseñado aquellos piratas.

Aquella noche durmió en una posada. Algo lo despertó antes del amanecer y, cuando intentó moverse, estaba atado de pies y manos. Reconoció a dos de sus compañeros de navegación y al segundo de a bordo, Rojas, un mestizo que le tenía ojeriza desde el día que subió a su nave.

—Tienes suerte de que al capitán le guste demasiado tu cara bonita —le espetó el segundo antes de dejarlo inconsciente con la culata de su arma.

Al despertar, con un dolor de cabeza que le provocaba arcadas, se encontró en el camarote de Balboa.

—¿De verdad ibas a abandonarme? —le preguntó el contrabandista, tan borracho que estaba sentado en el borde de una silla, con el cuerpo inclinado como si un fuerte viento lo estuviera empujando.

—Suéltame —exigió, tirando de las cuerdas que oprimían sus muñecas.

—Desagradecido… —balbució el otro, sirviéndose más vino—. Te lo he enseñado todo. ¡Todo! Nadie en esta tripulación ha subido tan rápido como tú. Te iba a nombrar mi segundo en cuanto me deshiciera de ese inútil de Rojas…

—No quiero nada de ti —dijo Álvaro, poniéndose en pie en cuanto comprobó que no tenía los pies atados.

—¿Ni siquiera el dinero que te has llevado? ¿Dónde lo has escondido? No estaba entre tus cosas. —Álvaro apretó los labios

para impedir que saliera de su boca una palabra que confirmara o negara la acusación—. Siempre te has creído demasiado bueno para nosotros —le dijo, levantando el vaso con mano temblorosa—. ¿Y quién eres tú, vamos a ver? El hijo de un hidalgo putero y borracho que dilapidó su fortuna y te dejó sin nada. ¡Nada! Buscando trabajo en los muelles de Maracaibo como tantos muertos de hambre.

—Me voy. No envíes a más hombres a buscarme, los estaré esperando bien armado.

—No puedo dejarte ir —dijo Balboa, apuntándolo con su pistola de dos cañones—. Sabes demasiado.

—No te voy a denunciar a las autoridades, solo lograría que me encerraran a mí también.

—Y esperas que me fíe de tu palabra.

Álvaro dio un paso hacia la puerta y Balboa apuntó y disparó a pocos centímetros de sus pies, levantando astillas del suelo. Con lo borracho que estaba, la próxima bala podía ir al techo o directa a su corazón. Decidió no moverse y tratar de razonar con él.

—Déjame ir. Juro por mi honor que olvidaré que un día nos conocimos.

—¿Y si yo no quiero que lo olvides?

Balboa se levantó y dio dos pasos dubitativos, como si el barco se moviera bajo sus pies a pesar de que no había marejada aquella noche. Se acercó a Álvaro y le apoyó la pistola en el pecho, arrinconándolo contra la pared de madera, con las manos atadas a la espalda atrapadas por su propio cuerpo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Matarme?

—Nunca has entendido nada —dijo Balboa, su cara demasiado cerca de la de Álvaro, tanto que tuvo que girarse para no respirar su aliento alcohólico—. ¿Crees que te acogí bajo mi ala porque vi en ti un buen marino? ¿Un buen contrabandista?

Sin dejar de encañonarlo, pegó su cuerpo al de Álvaro de cintura para abajo, para hacerle ver que aquella pelea lo excitaba de un modo inesperado.

—¿Por qué lo ibas a hacer, si no? —preguntó él, con voz ahogada, temiéndose lo peor—. Tú mismo lo has dicho, solo era un muerto de hambre más en Maracaibo.

Balboa movió la pistola para ponerle el cañón justo bajo la mandíbula mientras su mano izquierda iba directa a la bragueta de

su pantalón. Álvaro trató inútilmente de mover las manos atadas a su espalda.

—Estaba esperando a que te ofrecieras tú mismo, a que lo entendieras por fin, pero me he cansado de esperar…

Álvaro tragó saliva y notó el metal frío clavándosele más en la tráquea. Aquello no podía estar pasando. Había visto a Balboa divertirse en burdeles, llevarse fulanas incluso al camarote, y, como solía decir, nunca dormía mejor que bien acompañado, entre una rubia y una morena. En los puertos sórdidos en los que solían vender sus mercancías también había muchachitos que se vendían por unas monedas, pero nunca había mostrado interés por ellos.

—Estás borracho y no sabes lo que haces —le dijo, a pesar de que las pruebas demostraban lo contrario. Mientras seguía encañonándolo con la derecha, con la mano izquierda le había bajado los pantalones y estaba haciendo lo mismo con los suyos.

—Lo pasaremos bien, ya verás —balbució el pirata, ahogándolo con su aliento, que apestaba a ron—. Date la vuelta y pórtate como un buen chico.

—Tendrás que matarme —dijo Álvaro, notando lágrimas de impotencia que le ardían en los ojos.

—He esperado demasiado tiempo para esto, muchacho. Te voy a disfrutar durante horas, durante días quizá, y quiero tu cuerpo caliente y bien dispuesto, no un cadáver frío entre las manos.

Balboa lo embistió con las caderas y Álvaro sintió arcadas al notar su miembro erecto deslizarse por su pelvis. Su mente voló muy lejos, desligándose de su cuerpo para no seguir sintiendo aquella mano que le palpaba intentando excitarlo de una manera tan ruda que solo provocaba lo contrario. Podía soportarlo, dijo una voz extraña en su interior, podía cerrar los ojos y dejarlo hacer, y después matarlo.

O podía arriesgarse a morir.

La segunda opción le pareció la única válida. Se separó un poco de la pared, como si aceptase la caricia de Balboa, que rio más y más excitado sin ver venir la rodilla que se elevó para clavarse en su ingle con tanta fuerza que lo hizo saltar hacia atrás. Álvaro logró girar la cara una milésima de segundo antes de que la pistola se disparara, abriendo un agujero en el techo. Luego se lanzó sobre el pirata, lo tiró al suelo y cayó sobre él. Con las manos atadas, solo

pudo golpearlo con su propia cabeza, con tanta fuerza que vio estrellas flotando a su alrededor. Balboa, por suerte, había perdido el sentido.

Buscó el puñal que siempre llevaba en su cintura y logró cortar la cuerda que ataba sus manos con mucho esfuerzo, notando sangre entre los dedos. Cuando por fin se liberó, Balboa ya había recuperado la conciencia y lo apuntaba de nuevo con su pistola.

—No te quedan balas —le dijo sin más, aprovechando para subirse los pantalones.

El contrabandista se incorporó poco a poco, frotándose la entrepierna dolorida, los golpes parecían haberle aliviado un poco la borrachera.

—No te voy a dejar marchar —aseguró.

Álvaro extendió una mano y tomó el sable que colgaba de un gancho en la pared.

—Nunca he matado a un hombre —dijo—, pero tampoco nunca me habían dado tantos motivos para hacerlo.

Apretó la empuñadura del arma con demasiada fuerza, ante la mirada burlona de Balboa, que recuperó su puñal del suelo para hacerle frente, consciente de que Álvaro nada sabía de esgrima y él mucho de peleas sucias. Giraron alrededor de la mesa, volcando el vaso y haciendo temblar la lámpara de aceite, que amenazó con apagarse. Álvaro lanzó dos mandobles poco acertados pero suficientes para asustar al otro, que decidió aumentar su ventaja rompiendo la botella de ron por la mitad. Cuando se lanzó sobre Álvaro, el puñal en la derecha, la boca de la botella rota en la izquierda, tumbó de un codazo la lámpara, que prendió en el ron derramado sobre la madera. Álvaro gritó alertando del fuego, pero Balboa no estaba para menudencias y volvió al ataque, haciéndole varios cortes en brazos y pecho, mientras que él apenas logró arañarle una mejilla y hacerle un agujero en el pantalón a la altura del muslo. Mientras, el fuego se iba extendiendo, prendiendo la alfombra bajo la mesa y llegando hasta la ropa de la cama. Álvaro intentó llegar a la puerta para abrirla, pero Balboa se interponía en su camino, y así siguieron un buen rato, sudando y jadeando, con las llamas lamiéndoles las botas. Al fin la tripulación llamó a la puerta, asustados por el fuego, no por los disparos ni por sus gritos, seguramente porque su capitán les había advertido de que no

intervinieran oyeran lo que oyesen en el camarote.

—¡Marchaos! —les gritó Balboa, a pesar de que las llamas y el humo apenas los dejaban respirar y amenazaban con cortarles el paso hacia la puerta.

—¡Socorro! —gritó Álvaro—. El barco está ardiendo. ¡Socorro!

Uno de los marineros tiró abajo la puerta cerrada, provocando una súbita corriente de aire que aumentó las llamas y engulló a los dos hombres.

Cuando Álvaro despertó, la nave contrabandista era una pira que ardía a lo lejos, en medio de la bahía, mientras él y su salvador, el mismo que había conseguido tumbar la puerta, se alejaban en el bote auxiliar de la nave. Se mordió los labios hasta hacerse sangre para no gritar, tanto era el dolor que sentía en el brazo derecho. El marinero detuvo su monótono remar, para arrojarle agua con el cubo de achique. El alivio duró apenas unos segundos. Arrastrándose por el fondo del bote, Álvaro se asomó por la borda y estiró el brazo quemado hasta sumergirlo en el agua.

—Gracias —logró decir entre jadeos—. ¿Balboa está muerto?

—No apostaría por eso. Tiene siete vidas, como los gatos.

—Entonces volverá a buscarme —dijo, inclinando más el cuerpo para que el agua le llegara hasta el hombro.

Era una noche sin luna y las estrellas no lograban iluminar el mar, que se veía negro, suave y acogedor.

—Pronto amanecerá —dijo el marinero, con su pausado acento caribeño, que curiosamente le recordaba a la forma de hablar del cura de su pueblo—. Entonces todo esto te parecerá solo una pesadilla —añadió, dándose cuenta al parecer de sus oscuros pensamientos.

—Crucé el océano para ganarme la vida y solo he conseguido arruinarla.

—¿Cuántos años tienes? ¿Veinte? —Álvaro asintió—. Yo tengo el doble y he hecho casi de todo en esta vida, menos lastimar a inocentes con mis manos. Un hombre hace lo que tiene que hacer para ganarse el pan, a veces es muy difícil y tomamos decisiones equivocadas.

—Siempre me has parecido un hombre honrado, García, ¿qué hacías en ese barco?

—Si la vida es difícil para un muchacho blanco como tú,

imagínate para un negro hijo de esclavos.

Álvaro asintió, mordiéndose de nuevo los labios cuando el dolor de la quemadura le trepaba desde el brazo hasta algún punto dentro de su cabeza donde estallaba como un fogonazo.

—No olvidaré esto —dijo—. Cuando tenga mi propia nave, te haré oficial.

—De acuerdo, capitán —dijo el otro con inesperado buen humor—. Ahora dime, ¿conoces algún lugar seguro para curarte esas heridas?

—Sí. En la isla de Santa Marta vive un amigo que considero un hermano.

—Un bonito sitio, sí, señor. Nos vamos a Santa Marta, entonces.

Ocho años después, en la proa de su propio barco, Álvaro parpadeó para alejar aquellos recuerdos y se volvió para recibir a la belleza deslumbrante que salía de su camarote, dispuesta a hacer inolvidable el momento de su desembarco en Santa Marta.

15

Diego de Ibarra, secretario del gobernador del archipiélago, llegó al puerto de Santa Marta en el lujoso carruaje oficial que todos los lugareños conocían y saludaban a su paso. Tanto él como su superior eran queridos y respetados por sobrados motivos propios, unidos al alivio de la población al verse libres del anterior gobernador, un tirano solo interesado en recaudar impuestos.

A sus treinta años recién cumplidos, Ibarra era además uno de los hombres más apuestos de la isla, reconocible desde lejos por su hermoso cabello color bronce y los ojos azules heredados de su padre. Durante años había sido el objetivo de todas las jóvenes casaderas de Santa Marta, que aún sufrían la decepción de verlo comprometido con la escandalosa Sophie Talbot, una joven «demasiado inquieta», según decían las matronas más amables, también tachada de «alocada» por las que no tenían pelos en la lengua.

Con su característico caminar atlético, cruzó la pasarela de *La Dama Española*, dejando en el camino su sonrisa amable para enfrentar al capitán de la nave con el ceño fruncido. No pudo mantenerlo demasiado rato, la preocupación de Álvaro era tan evidente que le provocó una carcajada que devolvió el aliento a la tripulación que los observaba.

—Por fin regresas, y además convertido en un héroe. Recibimos noticias del rescate del barco español de pasajeros —dijo, extendiendo su mano para sacudir la de su amigo con energía.

—No creí que te alegrases de mi regreso.

—Vamos, olvida esas suspicacias, hace un mes que envío barcos con mensajes para pedirte que regreses.

—Últimamente he tomado por costumbre alejarme de la ruta de los barcos de Santa Marta, no me apetecía verme alojado en el

calabozo de la casa del gobernador.

Diego seguía sonriendo, logrando que su amigo se preguntara a qué se debía tan buen humor, seguro de que no era solo por su regreso.

—Sabes tan bien como yo que no creí ni por un instante las acusaciones de contrabando, aunque en aquel momento me interesaba mantenerte alejado de la isla.

—Menudo amigo —se quejó Álvaro, con cierto resquemor ante la confesión de Diego, habían pasado demasiadas cosas juntos como para que una mujer viniera a separarlos—. ¿Y bien? ¿Cuál ha sido el resultado de tu estratagema? Espero que no hayas hecho ninguna locura.

—Depende de a lo que llames locura. Tienes ante ti a un hombre felizmente comprometido.

—No. —Álvaro negó con la cabeza—. Dime que no es con Sophie.

—Con la señorita Talbot —corrigió Diego, severo—. Con la que espero contraer matrimonio en los próximos meses, en cuanto ella fije la fecha.

—Diego…

—Piensa bien lo que vas a decir, amigo.

Álvaro se mordió la lengua para no soltar alguna inconveniencia, como que Sophie Talbot era una muchacha inconstante y poco fiable que había coqueteado con ambos con el mayor de los descaros hasta distanciarlos, logrando que Diego creyera las falsas acusaciones lanzadas contra él y su barco. Por suerte, no tuvo tiempo de decir nada que provocara una nueva pelea con su mejor amigo porque este acababa de descubrir a su hermana, que se mantenía a la sombra del palo mayor esperando a que terminaran su conversación.

—¿María? Oh, por el amor de Dios, ¿eres tú realmente?

Cruzaron la cubierta en una carrera para fundirse en un abrazo, ella riendo y él sin dejar de lanzar exclamaciones asombrado por la hermosa mujer en la que se había convertido su hermanita pequeña.

—Diego… Diego… Por fin… —decía ella, sin aliento.

—Qué alegría tenerte aquí, María, no me puedo creer que la tía te dejara hacer este viaje sola para reunirte conmigo.

—No lo hizo, Diego.

El rostro de María se tornó serio al pensar en todo lo que tenía que contarle a su hermano sobre sus aventuras de los últimos meses.

Álvaro se acercó, con las manos cruzadas a la espalda, poniéndose al lado de María como si considerase necesario ampararla de su hermano.

—María tiene mucho que contarte, pero son temas privados que es mejor que tratéis en tu casa —le dijo a su amigo—. Por mi parte, te daré también todas las explicaciones que necesitas esta misma noche, si tienes a bien recibirme. Ahora, llévatela, que yo me ocuparé de su equipaje.

—Me estás preocupando —dijo Diego, tomando el brazo de su hermana para pegarla a su costado, alejándola de Álvaro como si intuyera que, fuera cual fuese el problema, estaba relacionado con aquella extraña corriente que vibraba entre ellos—. ¿Ha ocurrido algo grave?

—Nada que no tenga arreglo —contestó Álvaro, sintiendo una extraña brisa fría que le llegaba por el costado donde antes estaba María, a su lado, radiante con su vestido blanco de flores, que sería adecuado hasta para una novia que caminara hacia el altar. Aquella inesperada relación lo hizo suspirar—. Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—Lo sé —contestó María, sobresaltando a su hermano, que creía que aquellas últimas palabras iban dirigidas a él.

Álvaro temió que ella añadiera algo más, que sufriera uno de sus ataques de locuacidad y acabara contando todo lo que había ocurrido desde su rescate allí mismo, con los marineros trabajando a su alrededor. Por suerte, demostró que sabía cuándo debía ser discreta.

—Nos vemos esta noche, entonces —dijo Diego, despidiéndose con el mismo ceño fruncido con el que había subido al barco, solo que esta vez no era impostado.

María nunca habría creído que llegaría el día en que se quedaría sin palabras. Tampoco que sentiría la súbita necesidad de estar de regreso en España, en el dormitorio comunal del convento, sin más preocupación que aprenderse sus lecciones y recitarlas como el padrenuestro. Las monjas se le antojaban hasta demasiado permisivas tras enfrentarse a la cólera de su hermano.

—No puedo afrontar otro escándalo —exclamó, perturbadísimo, paseando de lado a lado de la sala en la que María le había contado todo lo ocurrido desde que su tía la había sacado del internado. Casi todo, en realidad.

—¿Otro?

Diego levantó una mano para hacerla callar, sin dar respuesta a su interrogación. Aquel gesto le recordó de repente a su padre, el hombre más bueno del mundo, que solo se alteraba cuando algo amenazaba a su familia.

—María… —Detuvo su paseo ante una silla, agarrándose del respaldo como si temiera que el suelo se abriera bajo sus pies—. María, júrame que no tienes nada que reprocharle a Álvaro, que no… que no se ha aprovechado de la situación.

—¿Cómo puedes pensar eso de tu mejor amigo? —preguntó ella, dolida—. Álvaro ha sido un caballero y, te recuerdo, me ha salvado la vida dos veces.

—Dormías en su camarote, te atendió después de rescatarte en el mar…

—También me atendieron el doctor Jimeno y el contramaestre García, ¿vas a ir a buscarlos a todos con una pistola para restaurar mi honor?

—¿Debo restaurar tu honor?

María enrojeció hasta la raíz del cabello bajo la mirada furiosa de su hermano, que cada vez le recordaba menos al muchacho que había sido.

—Mi honor está perfectamente, gracias. No engrases todavía tus armas.

Harta del interrogatorio, se dio la vuelta, sujetando sus largas faldas, y se acercó a la puerta. Ya tenía la mano en el pomo cuando Diego fue a detenerla.

—Perdóname, María, no es contigo con quien estoy enfadado. —La cogió por los hombros, dándole un suave abrazo que ella aceptó con un suspiro—. Te equivocaste al inventar esa mentira, pero no podías prever los resultados.

—No tienes que protegerme, sé muy bien lo que he hecho y debo ser yo la que encuentre la solución. Álvaro no tiene que pagar por mis errores.

—Claro que no —dijo él, dejándola con la sensación de que le

daba la razón solo por no seguir discutiendo. Hizo sonar una campanilla y al momento apareció una doncella—. Ahora quiero que subas a tu habitación, que ya está preparada para recibirte, y que descanses, estoy seguro de que lo necesitas.

María aceptó, agotada por aquella larga conversación, y subió la escalera siguiendo a la doncella. Se sentía completamente fuera de lugar en aquella lujosa residencia, lo que de nuevo le recordó su vida en el internado. Mientras su hermano hacía fortuna en ultramar, ella había crecido rodeada de extrañas a las que había acabado tomando cariño porque en alguien tenía que depositar sus sentimientos de afecto. Echaba de menos a la hermana Balbina, la repostera, que siempre le dejaba rebañar el cuenco de la masa de sus dulces, y a la hermana Esperanza, que se había empeñado en enseñarle a cocinar a pesar de sus escasas dotes. Había pasado mucho tiempo en aquella cocina, la mayor parte de las veces castigada por sus maestras por hablar demasiado; tanto, que consideraba aquel recinto oloroso y cálido un verdadero hogar, y a sus cocineras, la familia que había perdido tantos años atrás.

Ahora tendría que acostumbrarse a ese hermano que se parecía a su padre, aunque no irradiaba su bondad. Se preguntó qué vivencias lo habían convertido en aquel hombre implacable, más preocupado por su buen nombre que por el bienestar de su hermana. Tumbada sobre la cama, echó de menos el balanceo del barco que la acunaba hasta dormirla. Cerró los ojos y extendió una mano buscando inútilmente un cuerpo cálido a su lado que la amparase en aquel momento de pensamientos oscuros.

16

Al atardecer, después de pasar por la habitación que tenía permanentemente alquilada en una posada del pueblo para darse un baño y vestirse adecuadamente para la cena, Álvaro tomó el camino que conducía a las afueras, donde residía Diego de Ibarra.

Tenía que reconocer que finalmente ambos habían hecho la fortuna con la que soñaban cuando cruzaron el océano. La diferencia era que su amigo había invertido todo lo ganado hasta entonces en una lujosa vivienda, diseñada por un joven arquitecto de la isla, Devin Wallace, mientras que Álvaro tenía su barco por hogar.

Desde su llegada a Santa Marta, Álvaro había trabajado para el gobernador, gracias a la recomendación de Diego. Aún con sus quemaduras en carne viva, había partido en el primer barco de mercancías que hacía una larga ruta entre islas, comprando cosechas de cacao y tabaco, para luego venderlas en los puertos de Venezuela. En los siguientes años fue subiendo escalón a escalón, desde simple grumete hasta segundo de a bordo, ahorrando cada céntimo que ganaba, viviendo de la manera más frugal posible. En cuanto pudo, volvió a aquella posada de la aciaga noche del incendio, y levantó las tablas del suelo bajo la cama, descubriendo aliviado que allí estaba la pequeña fortuna de la que se había apropiado antes de dejar el barco de Balboa. Con aquel tesoro y el dinero ahorrado durante seis largos años de trabajo, por fin pudo comprar su propio barco, al que bautizó *La Dama Española* al ver su hermoso mascarón de proa, aquella sirena de larga melena rubia. Su tierra natal era rica en leyendas, y él recordó en ese momento la de la sirena muda casada con un hidalgo, que recuperó el habla gracias a una peligrosa estratagema de su esposo, que amenazó con lanzar a su hijo al fuego para lograrlo.

Ahora él tenía su propia sirena de hermoso cabello dorado, pero

desde luego que no era precisamente muda. De camino a casa de su hermano, la preocupación por lo que le había podido contar ponía alas en sus pies. Sabía lo que tenía que hacer, la única solución para todo aquel enredo, lo que no sabía era cómo se lo tomaría Diego.

Un criado lo hizo pasar, indicándole que el señor de la casa lo esperaba en su despacho. Álvaro inspiró hondo antes de abrir la pesada puerta de madera. Sentado tras su escritorio, Diego miraba el fondo de una copa vacía, pensativo.

—¿Necesitas otra? —preguntó Álvaro, cerrando la puerta a su espalda.

—Será mejor que no —contestó Diego, haciéndole un gesto para que se sentara frente a él.

—¿Qué te ha contado María? —dijo, impaciente por enfrentar el problema.

—Todo. O eso creo. —Diego dejó la copa y puso ambas manos sobre la mesa, mirándole con aquellos intensos ojos azules tan parecidos a los de su hermana—. Dice que te has portado como un caballero y que no necesito restaurar su honor.

Álvaro cruzó las manos sobre su regazo, mirando con mucho interés sus pulgares. Él no sentía que se hubiera comportado como un caballero, solo Dios sabía el esfuerzo que había hecho a cada instante para contenerse con María. Nunca antes había sentido un deseo tan inesperado, intenso, casi violento, por una mujer. El milagro era que se hubiera conformado con aquel largo beso en la playa de Santa María.

—Tu hermana es tan inocente como el día que salió del convento, si eso es lo que te preocupa —dijo, sin atreverse a mirarle a los ojos a su amigo—. Pero lo de menos es la realidad, en este caso. Solo cuentan las apariencias.

—No me preocupan los pasajeros del *Virgen del Carmen*, la mayoría inmigrantes que bastante tienen con buscarse la vida en tierra firme para estar pensando en vuestros asuntos, pero está tu tripulación, que conoce esa historia del matrimonio por poderes. Y también me habló de los ancianos de la isla de Santa María, que están convencidos de que pronto celebraréis vuestro matrimonio en la iglesia, y esperan ser invitados.

—Y Nora Johnson, a la que encontramos en Santa María y se enteró por don Luis y doña Pilar.

Diego cerró los puños y golpeó con ellos la mesa, haciendo temblar los objetos sobre ella. Luego se puso en pie y caminó hasta el aparador en el que estaban las licoreras, sirviéndose otra copa a pesar de lo que había dicho antes.

—¿Quieres? —preguntó a Álvaro, que aceptó. Ambos lo necesitaban.

—¿Podrías escucharme un momento sin interrumpirme? —preguntó a su amigo, después de un rato bebiendo en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Diego asintió—. Sé lo que debo hacer, y te juro que no tengo ningún reparo, al contrario. Pero también sé que no soy digno de la mano de tu hermana —dijo, deteniendo con un gesto a su amigo cuando quiso rebatir aquellas palabras—. He hecho muchas cosas en el pasado que me avergüenzan y me persiguen aún ahora. Balboa es el capitán del barco que asaltó el *Virgen del Mar*, María me lo describió con todo detalle.

—¿Balboa? Creíamos que estaba muerto.

—García me advirtió de que tiene más vidas que un gato.

—Entonces, ¿esta es su venganza? Ha conseguido un barco similar al tuyo, lo ha llamado igual e intenta que te acusen de sus fechorías.

—Ya lo ha conseguido, de hecho.

Diego se removió incómodo en su silla, pasándose una mano por el abundante pelo rubio.

—Esta mañana he hablado con el gobernador, le he entregado la carta que me enviaste desde Santa María. Mañana nos recibirá para que le cuentes todos los detalles y le aportes las pruebas de tu inocencia.

—Me alivia librarme de esa acusación, pero nunca podré librarme de Balboa. Sé que no parará hasta que uno de los dos esté muerto.

—¿Por qué? —preguntó Diego, inclinándose sobre el escritorio para presionar a su amigo—. ¿Es por el dinero que le robaste? ¿O hay algo más que no me has contado?

—Es por el dinero, claro, y porque sé demasiadas cosas sobre él y sus negocios —contestó Álvaro, que nunca había contado a nadie con detalle todo lo ocurrido aquella noche aciaga en el camarote del capitán pirata. Era algo que lo avergonzaba tanto que solo podía

tratar de enterrarlo en el rincón más alejado de su memoria.

—Ahora que sabemos que está vivo, debemos suponer que sigue con sus sucios negocios. Tú sabes en qué lugares suele vender sus mercancías robadas, es la oportunidad para atraparlo y entregarlo a la corona. Con su largo historial de crímenes, acabará en el patíbulo, y podrás por fin dormir tranquilo.

Álvaro miró sorprendido a su amigo, preguntándose cómo había adivinado que a veces Balboa lo visitaba en sus pesadillas. Diego le devolvió una sonrisa que le hizo comprender que solo había sido una forma de hablar.

—Dejemos a Balboa, por el momento.

—Sí —dijo Diego, consultando su reloj de bolsillo—. María bajará pronto para la cena.

Álvaro vació su copa y se levantó para dejarla al lado de la licorera.

—Ni siquiera tengo un hogar que ofrecerle —dijo, abatido.

—Podéis vivir aquí de momento. Aún no sé para qué hice construir una casa tan grande. Además, mi futura suegra se niega a fijar fecha para el enlace antes de un año. —Diego miró al techo como buscando la paciencia necesaria para lidiar con la familia de su prometida—. Pretende llevar a Sophie a París para comprarle su ajuar.

Álvaro aún no se había hecho a la idea de que su amigo realmente fuera a contraer matrimonio con Sophie Talbot, después de la forma tan descarada en que la muchacha había coqueteado con ambos, hasta provocar su enfrentamiento. Los Talbot eran una familia muy conocida en Santa Marta, destacaban por ser todos pelirrojos, algo charlatanes, y de una energía agotadora. Para un hombre que cuidaba tanto las apariencias como Diego de Ibarra, Sophie no parecía precisamente la dama perfecta que debía dirigir su hogar con elegancia y mano firme.

—Tu prometida es muy joven, quizá un año de espera le sirva para madurar.

—No lo entiendes, ¿verdad? —preguntó Diego, molesto por las obvias reticencias de su amigo.

—No, lo siento, pero no, no lo entiendo. En Santa Marta hay buenas familias españolas, con hijas casaderas que cumplirían a la perfección con el papel de esposa del vicegobernador.

—No quiero una esposa perfecta. Quiero a Sophie. Aunque te cueste entenderlo, Álvaro, estoy enamorado.

—¿Enamorado? —Diego asintió, con una sonrisa tan feliz que hasta logró contagiársela—. Entonces pido perdón y te doy mi más sincera enhorabuena.

—¿Podemos ahora concentrarnos en mi hermana?

Álvaro miró su copa vacía, pensando que necesitaría otra antes de ver a María aquella noche.

—¿Crees que ella querrá?

—¿Por qué no? Siempre ha estado enamorada de ti. Supongo que ese es el motivo por el que se inventó lo de vuestro matrimonio por poderes cuando se vio en la necesidad de protegerse.

—Solo era una niña cuando partimos de España. Y yo no soy ya aquel muchacho. Además —añadió, levantando una mano cuando vio que su amigo lo iba a interrumpir—, tiene más carácter del que le supones. No se dejará convencer fácilmente, ni con argumentos sensatos, ni mucho menos con amenazas.

—Lo haremos de forma que no pueda negarse.

—¿En qué estás pensando?

—Mañana hay una recepción para darle la bienvenida en la casa del gobernador. Aprovecharé para hacer público vuestro «matrimonio por poderes» y anunciar que pronto lo consagraréis en la iglesia de Santa Marta.

Álvaro se recostó en su silla, algo aliviado al quitarse de encima aquel problema y dejarlo en manos de Diego.

—Quizá a ti te perdone, pero yo me llevaré la peor parte de su enfado.

—Tal vez no sea para tanto.

—No le va a gustar que hayamos tomado esta decisión sin consultarle.

—Es por su bien.

Álvaro se mordió la lengua para no responderle que también lo era por el suyo. Era consciente de que Diego quería guardar las apariencias y que no lo salpicara un nuevo escándalo, ahora que había logrado solucionar el anterior comprometiéndose con Sophie Talbot, con lo que limpiaba su buen nombre y restauraba su honor. Ahora estaba haciendo lo mismo por su hermana, aunque eso supusiera casarla con un hombre que no la merecía. Eso era lo que

más le dolía, pensar que por su mala cabeza, quizá heredada de su progenitor, aquel borracho insensato que había dilapidado su herencia, no podría ni haber soñado con la mano de María si no fuera por las circunstancias.

Se consoló pensando que, a pesar de todos sus errores, la fortuna siempre acababa favoreciéndolo.

—Cinco minutos para la cena —anunció Diego, tras consultar de nuevo su reloj—. ¿Vamos?

—Sí, vamos.

17

María había visto llegar a Álvaro desde la ventana de su alcoba, a la que estaba asomada contando los minutos para la cena. Estaba demasiado nerviosa para dormir, por lo que se había limitado a dar vueltas sobre la mullida cama, con la cabeza llena de ideas y planes. Imaginó toda clase de situaciones: la primera, que Álvaro se empeñara en comportarse como un caballero y pidiera su mano en matrimonio, convalidando así su mentira. Aunque sería un sueño hecho realidad, no podía aceptar semejante sacrificio. También pensó en la posibilidad de que su hermano lo obligara, para salvaguardar su honor y buen nombre. No lo permitiría.

A ratos el cansancio amenazaba con vencerla, y entonces flotaba en un limbo de ensueño en el que fantaseaba con que Álvaro se había enamorado de ella al primer vistazo, incluso antes de reconocerla. Se vio a sí misma asistiendo a la apasionada declaración de sus sentimientos y aceptando su petición de matrimonio, tan emocionada que las lágrimas no la dejaban hablar. Se despertó de golpe, enfadada consigo misma por aquel sueño traicionero.

«No te preocupes de las cosas, ocúpate de ellas», le había dicho una vez la madre superiora, cuando la encontró tan ansiosa por pasar un examen que era incapaz de sentarse a estudiar. Entonces le había parecido un juego de palabras absurdo. Con los años había comprendido el valor de aquel consejo, que había puesto en práctica cuando decidió huir de la casa de su tía Hermitas para no casarse con Aurelito, y después, cuando se subió a un barco para cruzar el océano y reencontrarse con su hermano.

Ahora tenía algo más de lo que ocuparse: rendir un corazón que parecía inexpugnable.

Se vistió para la cena y se dejó la larga melena suelta, separada de la cara con un ancho lazo a modo de diadema. Viendo su imagen

en el espejo, echó en falta las joyas de su madre, que había tenido que empeñar para pagarse un vestuario decente, puesto que había huido de la casa de su tía Hermitas con lo puesto. Estaba pensando en pedirle a su hermano que enviara su importe a la tía Emilia, para que pudiera recuperarlas, cuando alguien llamó a su puerta.

—Adelante —dijo, pensando que sería alguien del personal de la casa para anunciarle la cena.

—Vaya —dijo la pelirroja detenida en el umbral, con sus ojos algo saltones brillando de admiración—, *sí que eres belleza*. Mi hermano no exagera.

Tenía el mismo acento inglés que Nora Johnson, y, al igual que ella, no formaba del todo bien las frases en español.

—¿Quién es tu hermano? —preguntó, sorprendida por la frescura de la desconocida.

—Serafín Lamas, *chief officer of La Dama* —dijo, pensando un rato antes de encontrar la traducción del cargo—. ¿Primer oficial? —María asintió—. Él lleva barco en que viajabas a Maracaibo, pero ya vuelto a Santa Marta. Casado con mi hermana Lidia.

—¿Tu hermano está casado con tu hermana? —preguntó María, confusa.

—Lidia mi hermana, Serafín su marido.

—Entonces no es tu hermano, es tu cuñado.

—Sí, eso. —La pelirroja entró en la habitación sin esperar a ser invitada, se acercó a María y le dio dos sonoros besos en las mejillas—. Soy Sophie, *hija más pequeña de los Talbot*. ¿No te habla tu hermano de mí? —María negó con la cabeza—. ¿No Álvaro? —Negó de nuevo, esta vez ya un poco molesta—. *good news, I guess*
That's
—dijo Sophie, antes de cogerla por una mano y tirar de ella para que se sentara a su lado en la cama—. *Soy prometida de tu hermano* —anunció, estirando su mano derecha para que María pudiera ver la reluciente sortija que parecía demasiado pesada para su dedo anular.

—No sabía nada… —La sorpresa le duró a María apenas un minuto, al siguiente ya estaba decidida a querer a Sophie como a la hermana que nunca había tenido—. Me alegro mucho. Te doy la enhorabuena, ya sé que no es correcto que alabe demasiado a mi

hermano, pero siempre ha sido muy bueno conmigo, incluso ahora, cuando aparezco de repente sin avisar solo para provocarle dolores de cabeza… Quiero decir que mi hermano es muy guapo, como todos los Ibarra, y tú eres una belleza, así que tendréis hijos preciosos de los que seré la tía más orgullosa. Dime, ¿ya tenéis fecha para vuestro enlace? Me encantaría ayudarte con los preparativos, nunca he estado en una boda, pero sé mucho de cocina, me pasaba muchas horas en la del convento, y en mi equipaje tengo algunas revistas con la última moda europea, que me regalaron en La Coruña cuando fui a comprar vestidos para el viaje. ¿Ya tienes vestido? ¿Y las flores? A mí me encantan las rosas, pero supongo que aquí habrá variedades propias de este clima que estoy deseando conocer. He visto por la ventana el jardín trasero. Esta es una casa preciosa, muy lujosa, se ve que mi hermano ha tenido buena fortuna, otro motivo por el que darte la enhorabuena.

Sophie la miraba sin pestañear, aturdida por aquella sucesión de frases rapidísimas y los cambios constantes de tema de María. Esperó a que se detuviera para tomar aliento y poder decir lo que le pasaba por la cabeza.

—*Espero Álvaro no enfadado conmigo*.

—¿Por qué habría de estar enfadado contigo? —preguntó María, pensando que quizá la otra había confundido aquel verbo.

—Él y yo, primero, después, Diego y yo. Yo estaba… ¿confundida? —María asintió, u poco asustada ante lo que creía entender de sus palabras—. *Álvaro se va y yo conozco más a Diego, y enamoro*.

—¿Me estás diciendo que primero te interesaba Álvaro y luego cambiaste tu afecto hacia mi hermano?

—¿Sí? —contestó la pelirroja, dudosa.

María se levantó de la cama de un salto. Necesitaba enterarse de los detalles de aquella historia de boca de los otros dos protagonistas, que al menos podrían contársela en perfecto español.

—*I am so sorry* —dijo Sophie, sujetándola por una mano, con gesto compungido.

—Bueno, creo que eso lo entiendo, pero no sé si es suficiente con sentirlo.

—*I am in love with* Diego. *I love him very much, I swear*.

Sophie hablaba lentamente, como si de repente hubiera olvidado

el español pero deseara con todas sus fuerzas que María la entendiera.

—Quieres mucho a mi hermano, de acuerdo, pero ahora necesito que él me explique mejor qué es lo que está pasando aquí.

Empezaba a preguntarse si Álvaro tenía una mujer en cada puerto, como rezaba el dicho popular. No la aliviaba saber que Sophie se había dado el lujo de escoger entre él y su hermano. Dolía pensar que Álvaro, en algún momento, le había hecho la corte a la bonita pelirroja y que quizá hubiera pedido su mano si no hubiera partido de Santa Marta tras las acusaciones de contrabando.

Hizo un gesto a Sophie para que la acompañara, y bajaron juntas la escalera, al pie de la cual ya las esperaban Álvaro y Diego.

La pelirroja se ruborizó ante la mirada severa de Álvaro y extendió la mano derecha, con el enorme anillo de compromiso, hacia su prometido.

—No sabía que habías llegado —dijo Diego, besándole los nudillos.

Sophie dio una rápida explicación en inglés que María ni siquiera trató de entender, sus ojos libraban un pequeño duelo con los de Álvaro, que parecía hacerse muchas preguntas.

—Tu prometida tenía muchas ganas de conocerme —le dijo a su hermano—, su cuñado le habló de mí.

—Serafín ya vuelto a casa —explicó Sophie a Álvaro, que parecía no poder mirarla, como si ella fuera el sol en una mañana de verano.

—La cena nos espera —anunció Diego.

—Me temo que no puedo quedarme —dijo Álvaro.

María observó los rostros de los tres. El de su hermano, tenso; el de Sophie, avergonzado; el de Álvaro, con la boca apretada y un músculo latiéndole en el mentón.

—Sophie trató de contarme algo —anunció, cuando él ya se daba la vuelta para marcharse—. Pero su español no es muy bueno y el inglés que me enseñó don Luis en la travesía tampoco es de mucha ayuda. —Ninguno de los tres dijo ni una palabra—. De todos modos, creo que he comprendido lo suficiente para saber que dos buenos amigos se pelearon por la misma mujer. ¿Tan pocas jóvenes casaderas hay en Santa Marta? —preguntó, con una sonrisa amarga.

—Es agua pasada, María —dijo su hermano, que mantenía a

Sophie bien pegada a su costado, como si creyera necesario protegerla—. Mejor no removerla.

—¿Álvaro? —insistió ella.

—No tengo nada que decir, María. La señorita Talbot es la prometida de tu hermano, y los dos la respetaremos, alegrándonos por su compromiso. —María abrió la boca para protestar, sin poder creer que él le estuviera dando órdenes después de negarse a explicarle lo ocurrido—. Hay muchas cosas en mi pasado de las que no te voy a hablar y, créeme, no querrías conocerlas.

—Entonces, me vas a seguir tratando como a una niña a la que no se le pueden contar las cosas de los mayores.

—Digamos que aquí y ahora comienzo una vida nueva, de la que tú formarás parte, confórmate con eso. —Álvaro se inclinó ante ella, a modo de despedida, e hizo lo mismo con Sophie—. Nos vemos mañana en la casa del gobernador —le dijo a Diego, antes de marcharse.

María seguía paralizada al pie de la escalera, sin poder creer la forma en que le había hablado. Miró a su hermano, que consolaba a Sophie, también muy afectada, hablándole bajito en inglés.

—¿Por qué vais mañana a la casa del gobernador? —preguntó, aún sin aliento.

—Vamos todos, en realidad. El gobernador celebra una pequeña fiesta para darte la bienvenida a Santa Marta.

María se llevó una mano al pecho frotándose un punto dolorido bajo la clavícula izquierda.

—Yo… Creo que no tengo apetito. Estoy demasiado cansada. ¿Podréis disculparme?

Cuando llegó a lo alto de la escalera, su hermano subió detrás de ella y la acompañó hasta la puerta de su alcoba.

—No juzgues muy duramente a Sophie. Es muy joven y, como todos los Talbot, un poco alocada. Se sintió muy halagada cuando logró atraer el interés de dos hombres a la vez, sin medir las consecuencias de enfrentar a dos buenos amigos por su mano. —Diego sonrió—. Solo fue una chiquillada. Álvaro enseguida perdió el interés y se fue a navegar. Yo me mantuve alejado un tiempo de ella, esperando que reflexionara sobre su comportamiento. Entonces, hace apenas un mes, tuvimos una larga conversación y, bueno, creo que todo esto la ha hecho madurar, así que fue para

bien.

—¿Estás muy enamorado? —preguntó María, poniendo una mano sobre las de su hermano, que no dejaba de retorcer.

—Mucho.

—Entonces me alegro por ti, por los dos. Tenéis mi bendición —dijo, antes de darle un beso en la mejilla y abrir la puerta del dormitorio.

—Haré que te suban una bandeja, descansarás mejor con el estómago lleno, aún me acuerdo de que siempre comías mucho cuando algo te disgustaba.

—Me conoces bien.

—Me alegro de que no hayas cambiado, a pesar de lo difícil que ha sido todo para ti. Ojalá hubiera podido traerte conmigo cuando partí de España.

—Todo eso pasó, y tengo la suerte de no ser rencorosa ni quedarme estancada en el pasado. Ahora comienzo una nueva vida, más prometedora.

—Todo va a ir bien, puedes estar segura.

Diego esperó a que pasara y cerró la puerta de la alcoba. Habían sobrevivido a aquel momento incómodo y ahora él recibía su premio: una cena a solas con la señorita Sophie Talbot. Con ese pensamiento en la cabeza, bajó la escalera a una velocidad poco correcta para un hombre adulto con un cargo político importante.

18

La casa del gobernador del archipiélago de Santa Marta y Santa María era un bonito palacete de estilo europeo, salvo por la veranda posterior, con sus esbeltas columnas blancas sosteniendo la balconada del primer piso que daba al frondoso jardín trasero. Sentada en aquella agradable sombra, oculta tras un gran macetero, María descansaba del exceso de presentaciones que había tenido que soportar desde su llegada una hora antes.

Los nombres y las caras se mezclaban en su mente, no muy lúcida después de otra noche casi en blanco, por lo que se temía que al día siguiente no recordaría apenas a ninguna de las personas que le habían sido presentadas. Tal vez a los Talbot, puesto que eran inconfundibles, todos pelirrojos, atractivos y tan vitales que parecían dominar el salón de recepciones. También recordaría a Devin Wallace, el arquitecto de la casa de su hermano, uno de los hombres más apuestos de la velada. Demasiado moreno, demasiado alto, transmitía cierta sensación de peligro, salvo cuando sonreía a su preciosa esposa, Terry Wallace, a la que apenas quitaba ojo aunque estuviera al otro lado del salón. La hermana de Terry y su esposo, los Ashford, eran otra pareja tan hermosa como enamorada, lo que le hizo pensar a María que Santa Marta era una especie de paraíso donde todos lograban encontrar a su pareja perfecta.

Antes de salir al porche había conseguido un trozo de tarta, el tercero ya, después del surtido de canapés que no había podido dejar de probar al ver tanta variedad sobre las mesas servidas para los invitados. Las comidas habían sido frugales en el *Virgen del Carmen*, algo mejores en *La Dama Española*, quizá por eso aquel exceso de dulces se le estaba subiendo a la cabeza.

Los ojos casi se le cerraban cuando oyó la voz de su hermano muy cerca, justo al otro lado del gran macetero que la cubría. Estiró

un poco el cuello para verlo hablando con su prometida. El alboroto del interior del salón no le permitía entender sus palabras, por eso no supo lo que motivó la manera casi violenta en que Diego tomó a Sophie de la cintura, la pegó a su cuerpo y la besó, haciéndola doblar el cuello hacia atrás. Parecía más un castigo que una caricia, por eso se sorprendió cuando ella lo rodeó con los brazos, colgándose de su cuello. El abrazo era tan estrecho que María pensó que no podrían respirar, algo que no parecía preocupar a la pareja, que se devoraban la boca con tanta pasión que temió que incendiasen el porche de madera.

Obligándose a ser discreta, María cerró los ojos y volvió a ocultarse tras las plantas. Estiró la mano para tomar su copa de ponche, mirando extrañada cómo temblaba. Se movió incómoda en el sillón que tan cómodo le había parecido antes. El calor que se acumulaba al atardecer parecía colarse por su escote y bajo sus faldas, cubriéndola de gotitas de transpiración. Se preguntó por qué nunca tenía un abanico a mano, era evidente que lo necesitaba con aquel clima, y más cuando su traviesa mente decidió rememorar algunos momentos de los que había vivido desde que *La Dama Española* los rescató de los piratas. Álvaro desnudo, vistiéndose en el camarote cuando creía que ella estaba dormida. Su mirada como fuego cuando le quitó la ropa tras sacarla del mar. Sus besos apasionados a la orilla de la playa.

Bebió de un trago su ponche y se levantó para ir a por más. Tuvo que sujetarse de una columna cuando el suelo se movió bajo sus pies. Soltó una risita inesperada que descubrió su escondite a su hermano. Diego se asomó por detrás del macetero con el rostro enrojecido y María no pudo evitar el travieso pensamiento de que no era solo por el calor del atardecer.

—¿Qué haces ahí?

—Tomando el fresco —dijo, con un gesto que le pareció muy digno y que hizo que Diego mirara su copa de ponche con preocupación—. ¿Tú también? ¿Hace siempre tanto calor en Santa Marta? No es que me queje, de verdad, no sé si recuerdas los largos inviernos de nuestra tierra, es de agradecer estos cielos azules… ¡Mira! Ahora se está poniendo rosa y naranja, nunca había visto un ocaso tan bonito…

Sophie se asomó también por detrás del macetero, miró a María

sorprendida y luego a su prometido, que se había acercado para sujetar a su hermana antes de que se cayese de la baranda a la que se estaba subiendo para ver mejor la puesta del sol.

—¿Estás bien? —preguntó Sophie.

—Perfectamente —dijo María, apoyándose en el brazo de su hermano—. Vaya, tu novio está muy fuerte, ¿verdad? Era solo un muchacho flacucho cuando salió de España.

—María…

—Me alegro mucho por vosotros, de verdad. ¿Ya os lo había dicho? A veces pensaba en Diego, solo en tierras extrañas, sin más familia que Álvaro, y me daba pena que sintieran morriña. Yo la siento, ¿sabes? A lo mejor no sabes qué es la morriña, es una palabra de nuestra tierra, para decir cuánto añoras tu hogar… Pero ahora que te tiene a ti, y esa casa tan increíble en la que vive, debe de sentirse muy feliz. —María se soltó de su hermano para acercarse a su futura cuñada y darle un abrazo—. Y yo me siento muy feliz por vosotros. ¿Ya te he dicho cuánto me alegro? Quiero que seamos hermanas, nunca he tenido una hermana, solo a Diego, y me gustaría tanto, tanto, tener una hermana.

—Yo también me alegro tú aquí, María —dijo Sophie con su extraño acento al pronunciar su nombre, que la hizo reír de nuevo—. Siempre hablar mucho, ¿no? —preguntó a su prometido, que le estaba quitando a María de encima, justo cuando parecía que se iba a quedar dormida sobre su hombro.

—Sí, siempre habla mucho, pero me temo que lo de ahora también es culpa del ponche.

—Solo me he tomado dos copitas.

—¿Y has comido algo?

—Tres trozos de tres tartas diferentes, increíbles, deliciosas. Una era toda de chocolate, la otra tenía unas frutas que nunca había probado, y la tercera estaba cubierta de nata espesa y dulce…

—Demasiados dulces y dos copas de ponche son suficientes para emborrachar a cualquiera —dijo Sophie en inglés a su prometido, mirando preocupada a su hermana—. Yo me quedo aquí con ella, necesita aire fresco, y tú ve a buscarle un café bien cargado, sin azúcar.

—No entiendo nada de lo que dices —dijo María, dejándose conducir por Sophie de nuevo al banco del porche—. Don Luis me

dio algunas lecciones de inglés en el viaje. Me dijo que me sería muy útil, pero la verdad es que cuando hablas deprisa no entiendo ni una palabra.

—Yo enseñarte —dijo Sophie.

—¿De verdad? Gracias, eres muy amable. Yo también podría enseñarte a hablar mejor en español, usas los verbos de una forma muy graciosa, ¿lo sabías? Y confundes géneros. ¿Qué dirías que es esto? ¿«El porche» o «la porche»? —María soltó una carcajada y Sophie miró apurada a ambos lados, rezando porque no apareciera nadie hasta que llegase Diego con el café.

—Tenemos media hora —dijo su prometido, apareciendo en aquel momento con una taza grande llena de la humeante infusión—. He hablado con el gobernador para decirle que María sufre una ligera indisposición y que posponga el momento de su discurso.

—¿Qué discurso? —preguntó su hermana, que estaba soplando la taza que Diego le había entregado—. El gobernador me cae bien, es un señor muy elegante y tiene cara de buena persona. Me habló muy despacio y pude entender dos palabras que me enseñó don Luis: «*welcome*» y «*brother*». Tú eres mi *brother*, Diego. ¿Yo soy tu *brother* también?

—No, no eres mi *brother*, eres mi *sister*. Ahora bébete el café.

—Es que quema.

—No quema, venga, no tenemos mucho tiempo para que se te pase este… este malestar.

—No tengo ningún malestar. Me siento perfectamente bien. Mira, ni me importa que Álvaro no haya venido a saludarme en toda la velada. ¡Hombres! Un día te besan y al otro hacen como que no existes.

María logró dar un sorbo a su café, arrugando el gesto al notar la bebida amarga sin pizca de azúcar, haciendo caso omiso de la sorpresa de Diego y Sophie por sus últimas palabras.

—¿Álvaro te besó?

—¿Qué? No sé de qué me hablas. ¿Quién ha dicho eso?

—Tú dices —contestó Sophie.

—No es verdad. ¿Cómo iba a decir eso? De todos modos, fue solo un beso, o dos, no recuerdo. —Bebió otro sorbo para aclarar sus ideas—. No me mires así, Diego, no fue como el beso que tú le

estabas dando a Sophie hace un rato.

Él cruzó las manos a su espalda, cerrando los ojos como si le hubiera entrado una súbita jaqueca.

—¿Nos estabas espiando?

—Por supuesto que no, yo solo estaba aquí sentada y os oí hablar.

Hubo un largo silencio que le sirvió a María para acabarse el café y notar que su mente iba perdiendo un poco aquel embotamiento absurdo. Aun así, soltó otra risita al notar el apuro de la pareja.

—¿Mejor? —preguntó Sophie, ansiosa por cambiar de tema.

—Creo que sí. Lo siento, no quería avergonzaros, vosotros estáis prometidos y no pasa nada por unos besos, ¿no?

—Álvaro tendrá que darme una explicación —dijo Diego, cambiando su enfado de destinatario.

—Por favor, por favor, no le digas que te lo he dicho —rogó María, tomando a su hermano de una mano—. No quería hacerlo, se me escapó.

—Da igual, no tienes que preocuparte —dijo Diego, besándole los nudillos—. Hoy solucionaremos este asunto.

—¿Qué asunto? —preguntó María.

La única respuesta que recibió fue un intercambio de miradas preocupadas entre la pareja.

19

Álvaro estaba conversando con Max Ashford cuando vio a su supuesta esposa entrar desde el jardín, férreamente escoltada por Diego y su prometida. Se imaginó lo peor, que ya sabía lo que iba a ocurrir aquella noche y había tratado de huir.

—Se lo ve preocupado esta noche —dijo Jordan Ashford, acercándose para tomar del brazo a su marido.

—Solo distraído —se disculpó Álvaro, haciendo una pequeña reverencia—. A usted, sin embargo, se la ve tan hermosa como siempre, o quizá un poco más. Permítame darle mi enhorabuena.

Jordan se pasó la mano derecha por la curva ligeramente visible de su vientre, sonriendo a ambos hombres de una forma que iluminó la estancia a su alrededor.

—Lo disculparé porque no habla muy bien en inglés —bromeó Max, atrayendo más a su esposa con un gesto más cariñoso que posesivo—. Aunque debo reconocer que tiene razón, esta noche estás radiante —le dijo, besándola en la frente.

—Su inglés no es tan malo —contestó Jordan, dejándose halagar por ambos hombres sin intención alguna de mostrar una humildad fingida. Su segundo embarazo estaba resultando tan apacible que la hacía sentirse segura, incluso poderosa.

Álvaro saludó a la hermana de Jordan, Terry Wallace, que se acercaba seguida de su esposo. Las dos mujeres compartían padres, sin embargo eran completamente distintas: una, serena, elegante; la otra, vivaz, inquieta, incapaz de centrar su atención en temas sin interés, como las monótonas conversaciones de salón.

—Ya he conocido a la señorita de Ibarra —dijo Terry, con su estilo directo—. Es una belleza, desde luego, muy parecida a su hermano, y habla casi tan rápido como come. La he visto devorar tres trozos de tarta seguidos. ¿Se quedaron sin alimentos a bordo de su barco?

—La comida de un barco no se acerca ni de lejos a la repostería de las cocinas del gobernador —dijo Álvaro, sin dejar de mirar a María, que se reía a carcajadas de algo que le decía Steve Talbot. El joven se tiró de uno de sus mechones pelirrojos, como si pretendiera demostrar que aquel pelo del intenso color de las zanahorias era realmente suyo, invitando a María a que ella también le diera un tirón—. Si me disculpan…

Se despidió de los dos matrimonios, que lo vieron alejarse con sonrisas benevolentes. Como algunas otras personas del salón, solo las de confianza de Diego de Ibarra, ya tenían conocimiento del supuesto matrimonio por poderes entre Medina y la hermana del secretario del gobernador. Aunque la noticia los había sorprendido, no ponían en duda su veracidad, dado el evidente hecho de que la pareja se conocía desde niños y era habitual que los españoles regresaran a su patria para buscar esposa. Ver al novio tan molesto por la forma en que Steve Talbot bromeaba con su esposa los hizo descubrir, además, que aquel no era precisamente un matrimonio de conveniencia.

Álvaro estaba cansado, solo era eso. Desconocía ese sentimiento que llamaban celos, que más le parecía un ansia de posesión de la otra persona. Lo había visto en Nora, cuando confundió su fugaz aventura con la posibilidad de una relación estable, y el malestar aún lo perseguía cada vez que tenía la mala suerte de encontrársela, como aquella misma noche, en la recepción del gobernador. Se había visto en la necesidad de llevársela a una sala apartada para tener unas palabras con ella. Esperaba que por fin desistiera de su acoso.

Se acercó a María, tomándola del brazo para alejarla un poco de Steve Talbot, que se estaba tomando unas confianzas que nunca habría permitido si ella fuera su verdadera esposa. La sociedad isleña era bastante formal y a ellos ya los perseguía una mentira que provocaría un enorme escándalo si se descubría, no necesitaban atizar más aquel fuego.

—Aquí estabas —dijo María, girándose para ponerle una mano en el pecho, olvidando a Steve Talbot como si se hubiera desvanecido en el aire—. Te echaba de menos.

—¿Has bebido? —preguntó Álvaro, alarmado por la risa que ella apenas lograba contener.

—Solo dos copitas de ponche, te lo prometo. Sophie cree que son los dulces, que se me ha subido a la cabeza, pero es que esas tartas están deliciosas. Ahora estaba hablando con el señor Talbot de que me faltaba una por probar, su favorita, al parecer. Tiene nueces y chocolate, aquí todo tiene mucho chocolate, y… ¿Qué más era? —María miró a su alrededor, pero Steve Talbot y su pelo zanahoria habían desaparecido de su vista—. ¿Dónde se ha metido?

—Habrá ido a buscar la tarta —mintió Álvaro, que le había lanzado una mirada tan amenazadora al joven que el otro había huido sin mirar atrás—. Ven, necesitas que te dé un poco el fresco.

—¡No! —María lo detuvo, tirando de su brazo—. Ya me ha dado el fresco y ya he tomado una taza de café, horrible, sin azúcar ni leche, solo porque Sophie insistió y no puedo decirle que no a mi hermana. ¿Sabes que ahora tengo una hermana? Me siento tan feliz. Siempre he querido tener una hermana.

Álvaro se mordió la lengua para contener su irritación creciente. María no estaba en condiciones de enfrentarse a lo que iba a ocurrir aquella noche, tenía que hablar con Diego y detenerlo, posponerlo para mejor momento. De hecho, le pediría que se llevara a su hermana de la fiesta cuanto antes.

Miró a su alrededor, buscando a su amigo en el gran salón, pero cuando lo encontró, se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. Diego y el gobernador estaban en lo alto de la escalera, dispuestos a dirigir unas palabras a los invitados.

—María, esto es importante, presta atención —dijo, acercándola a su cuerpo como si necesitara protegerla de algún peligro—. Diga lo que diga tu hermano, solo permanece en silencio, sonríe y acepta las felicitaciones. Te prometo que después hablaremos con calma, tú y yo.

—¿Felicitaciones? No es mi cumpleaños ni mi santo, ¿no? ¿Por qué me van a felicitar? ¿Por haber llegado a Santa Marta? El gobernador ha sido muy amable al darme la bienvenida y celebrar esta fiesta para mí, nunca antes había acudido a una fiesta y…

—¡María! —Álvaro la sacudió un poco, sin saber qué hacer para que se centrara en lo que estaba ocurriendo.

Ella lo miró sorprendida.

—Estás muy raro hoy. Mira, ahí está Diego —dijo, al descubrir a su hermano en la escalera—. Y el gobernador.

El silencio se hizo en la sala cuando el gobernador del archipiélago pidió una pausa a los músicos y levantó las manos para solicitar la atención de sus invitados. Dio la bienvenida a María, en inglés y en un dubitativo español, y le deseó que Santa Marta se convirtiera para ella en un verdadero hogar, como lo era para su hermano, al que cedió al momento la palabra.

Diego inspiró hondo, buscó la mirada de su prometida para infundirse valor, luego la de Álvaro, que asintió con la cabeza, animándolo a comenzar, y, por último, la de su hermana.

—Creía que nada podía hacerme más feliz, después de mi compromiso con la señorita Talbot, que reunirme por fin con mi querida hermana después de tantos años separados. Sin embargo, las buenas noticias llegan de dos en dos, y no solo les pido que celebren con nosotros la llegada de María a Santa Marta, sino también su enlace con mi querido amigo Álvaro Medina. Como muchos ya saben, el matrimonio se realizó por poderes antes de que María partiese de España. Ahora quiero anunciarles que renovarán sus votos en una ceremonia religiosa que se celebrará en la iglesia católica de Santa Marta la próxima semana.

Hubo exclamaciones de sorpresa, felicitaciones lanzadas al aire y un sonoro aplauso que Álvaro recibió con resignación. A su lado, María sonreía como si realmente disfrutara de aquel momento.

—Es el sueño más bonito que he tenido nunca —dijo, justo antes de desmayarse.

20

Realmente era un sueño maravilloso. María creyó que flotaba en el aire hasta que logró abrir los ojos lo suficiente para ver que Álvaro la llevaba en brazos. Apoyó la cara en su pecho y se durmió.

Despertó en un saloncito privado, rodeada de su hermano, Sophie y Álvaro, que la miraban tan preocupados que le volvió la risa absurda que aquella noche no podía controlar. También estaba el doctor Jimeno, agitando ante su nariz un frasco de sales que le hacían picar la nariz.

—¿Se encuentra mejor? —le preguntó el médico de *La Dama*, con su habitual tono entre amable y seductor.

—¿Qué ha pasado? —contestó María con otra pregunta. Notaba la cabeza espesa, como llena de algodón.

—Ha sufrido un desvanecimiento. Probablemente por el calor.

—Y el cansancio —añadió su hermano, tomándola del brazo cuando ella trató de incorporarse en el diván—. Aún no se ha repuesto del viaje, con todos sus contratiempos. Ha sido un error celebrar esta fiesta tan pronto.

María sintió que se mareaba de nuevo. Parpadeó varias veces para centrar la vista y alguien le puso un vaso frío entre las manos.

—Solo es agua —le dijo Álvaro, inclinado ante ella, con el ceño fruncido de preocupación.

—Gracias —contestó, antes de beberse la mitad del vaso de un sorbo.

Era exactamente lo que necesitaba. Apoyó de nuevo la cabeza en el alto respaldo del diván y suspiró.

La puerta del saloncito se abrió y vio entrar a Aramintha, la hermana de Sophie, otra bella pelirroja que hacía honor al apellido de los Talbot. Habló unas palabras con su hermana en voz baja antes de volver a marcharse tan rápido como había llegado. Sophie tomó del brazo a su prometido y se lo llevó a una esquina para

hablarle. Cuando Diego se volvió hacia ella, María notó que estaba al borde de la desesperación.

—Doctor Jimeno, si considera que mi hermana ya está recuperada, necesitamos hablar en privado.

—Por supuesto —dijo él, guardando el frasco de sales que había utilizado para despertar a María, la cual se preguntó si el médico de *La Dama* llevaba siempre encima ese remedio universal para los vahídos femeninos—. Si le parece bien, señorita Ibarra, pasaré a visitarla mañana por la tarde, así podré reconocerle también el brazo.

María extendió la mano derecha, cubierta por un largo guante blanco que ocultaba los golpes que había recibido en el barco antes de caer por la borda, y la hizo girar para demostrarle que ya no le dolía.

—Está mucho mejor. Gracias, doctor Jimeno, siempre tan amable —le dijo, mirando divertida cómo el médico aprovechaba su mano extendida para tomársela y besarle los nudillos—. Lo espero a la hora de la merienda, entonces.

Cuando el hombre salió del saloncito, las miradas de Álvaro y Diego podrían haberle taladrado la espalda.

—Deberías mantener a Jimeno lejos de mi hermana —dijo Diego, volviendo su evidente enfado hacia su amigo.

—Es mi médico de a bordo, la atendió cuando se cayó al mar —aclaró Álvaro, también molesto—. Lo mismo que acaba de atenderla ahora a petición tuya.

—Era el único médico sobrio en la fiesta. Parece que hoy todos han abusado del ponche.

—Está delicioso —dijo María, que no entendía por qué estaban tan enfadados—. Sophie, hermanita, dime una cosa —pidió a la prometida de su hermano, que se había sentado a su lado—, esto no es un sueño, ¿verdad?

—¿Sueño? —Sophie miró desconcertada a Diego, que se sentó en otra silla frente a María.

—No, no es un sueño —le dijo su hermano—. En todo caso, una pesadilla.

María tomó su vaso de agua y se lo acabó de un trago, despejando por fin las brumas del ponche y los restos del desvanecimiento que la mantenían en un limbo de felicidad.

—¿Qué estabas diciendo antes de que perdiera el conocimiento? ¿Algo de una boda? —Diego asintió—. ¿Mi boda? —Su hermano asintió de nuevo—. ¿Con Álvaro? —Ahora fueron sus tres acompañantes los que asintieron, según los iba mirando uno a uno—. Creo que no entiendo lo que está pasando. No puedo casarme con Álvaro.

Diego cruzó las piernas y sobre ellas las manos, entrelazando los dedos con tanta fuerza que oyeron crujir sus nudillos.

—¿Por qué no puedes casarte con Álvaro? Dime que no hay nada más que no me hayas contado sobre todas tus aventuras. Algo como un pretendiente esperándote en España, o algún otro matrimonio real o inventado.

—Te lo he contado todo —dijo María, sentándose muy recta para mostrar su indignación por aquellas palabras.

—Entonces, ¿por qué no puedes casarte?

María miró a Álvaro, sentado a su izquierda, se giró para darle la espalda y se dirigió a su hermano y a Sophie, a los que tenía a su derecha.

—Porque él no me lo ha pedido —dijo en voz baja, como si así pudiera evitar que Álvaro la oyera.

—Me lo ha pedido a mí —contestó su hermano.

—No —exclamó María. Diego separó las manos para mostrarle las palmas. María se volvió hacia Álvaro—. ¿Es eso cierto?

—Lo es.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Te dije que encontraría una solución para este problema.

—¡«El problema»! —exclamó María, levantándose y pasando entre su hermano y Sophie, sobresaltándolos—. ¡«La situación»! Así llama a todo esto, ¿sabéis? ¿Creéis que me voy a casar con un hombre que solo pide mi mano para solucionar un problema? Yo me he metido en este lío, y yo solita sabré salir de él.

—No puedes —dijo Sophie, a la que Álvaro le traducía las palabras de María, demasiado rápidas y entrecortadas para entenderlas—. No hay solución ya.

—¿De qué está hablando? —preguntó María a su hermano, sin paciencia para esperar a que Sophie lograra explicarse en su idioma.

—Nora Johnson está en la fiesta —contestó Diego, como si eso lo aclarase todo.

La mujer inglesa de la isla de Santa María, la que creía tener algún derecho sobre Álvaro. María supuso, por lo disgustado que estaba su hermano, que había contado lo poco que sabía sobre su supuesto matrimonio por poderes.

—Apenas sabe nada, así que poco daño puede hacernos.

—No tienes ni idea —dijo Álvaro, hablando por primera vez—. La hermana de Sophie ha venido para avisarnos. En estos momentos ya todos saben que has viajado varios días en mi barco y que compartíamos camarote.

—Eso es bastante malo —reconoció, encogiendo los hombros al sentir un leve estremecimiento. Pensar que su nombre iba de boca en boca en el salón la hacía sentirse desnuda y expuesta.

—Es peor de lo que parece —dijo Diego—. De su propia cosecha ha añadido que solo eres una cazafortunas que se aprovechó de las circunstancias para inventarse ese supuesto matrimonio y obligar a Álvaro a casarse contigo.

María cerró los ojos y se llevó las manos abiertas a las mejillas. Si había un buen momento para desmayarse, era aquel.

—Reconozco que ha acertado en casi todo.

—No es cierto, María —dijo Álvaro.

—Sí que lo es, te has visto obligado a pedir mi mano por mis mentiras. Me siento tan avergonzada que podría morirme ahora mismo.

—No te vas a morir, y ni se te ocurra volver a desmayarte —le dijo, como si le leyera el pensamiento—. Si nos permitís unas palabras a solas… —pidió a Diego, que no se movió de la silla en la que estaba sentado, así que no le quedó más remedio que tomar a María de la mano y llevarla hasta el hueco de la ventana, el lugar más alejado del saloncito para tener una mínima intimidad—. No quiero que te sientas mal por todo esto —le dijo, mientras le iba quitando con calma el largo guante, desenfundando sus dedos uno a uno—. Al menos tendremos una buena historia para contar a nuestros nietos.

—Álvaro, no, no puedes casarte conmigo por obligación —dijo ella, con menos convencimiento que antes.

—No quiero casarme contigo por obligación, María —dijo él, y María vio en sus ojos tanta sinceridad que se quedó prendada de sus pupilas, sin ser apenas consciente del anillo que deslizaba en su

dedo—. Quiero casarme contigo porque eres hermosa, divertida y valiente, y porque la vida contigo va a ser una aventura que no quiero perderme.

Álvaro levantó su mano, en la que brillaba una piedra tan azul como los ojos de María, para besarle los nudillos, justo antes de atraerla en un férreo abrazo y besar sus labios.

—Álvaro… —susurró ella, rodeándole el cuello con sus brazos, mareada de pura felicidad. Había llegado a creer que exageraba al recordar lo maravillosos que eran sus besos, pero en aquel momento descubrió que en realidad se quedaba corta—. Ay, Álvaro.

—¿Ahora no sabes qué decir?

—No me esperaba unas palabras tan bonitas viniendo de ti.

—¿Tan mal te he tratado? Sí, lo sé, no digas nada. Solo puedo disculparme.

María le acarició el cuello cuando lo vio bajar la cabeza arrepentido.

—Lo entiendo, te encuentras de repente con alguien que dice ser tu esposa y además es la hermana de tu mejor amigo, por lo que sientes la obligación de protegerla.

Álvaro denegó con la cabeza, sus ojos pardos más oscuros que nunca cuando recorrieron el rostro de María, deteniéndose en su boca, que volvió a tomar con otro beso corto e intenso.

—No es solo por Diego, ni es obligación, María —le aseguró, sin aliento—. Siempre te he querido, por ti misma. Antes te veía como a una hermana, pero eso fue hace muchos años. Ahora tengo ante mí a una mujer tan hermosa que me deja sin aliento —aseguró, pasándole un dedo por el mentón antes de abrir la mano y abarcar sus clavículas y las curvas que asomaban sobre el profundo escote de su vestido de noche—. Me sentiré un hombre muy afortunado cuando pueda convertirte en mi esposa, esta vez de verdad.

Su brazo fuerte la seguía manteniendo presa por la cintura, pegada a su cuerpo, que se amoldaba al de ella como si los hubieran creado para encajar a la perfección. María sentía que las piernas se le doblaban, que todo su ser se ablandaba, perdiendo la tensión nerviosa que había sentido desde su reencuentro a bordo de *La Dama Española*.

—Habrás conocido a muchas mujeres en estos años… —dijo, aún incapaz de creer en su buena suerte.

—A ninguna le he pedido matrimonio —aseguró él, impaciente—. Por si aún no te ha quedado claro, te hago la pregunta formalmente: ¿quieres casarte conmigo, María?

Ella miró su boca, tragó saliva y jadeó un poco antes de decidirse a besarlo con todas las ganas acumuladas desde aquella tarde en la playa.

—¿Tenemos que esperar una semana? —preguntó, echándose a reír y contagiando a su prometido.

A sus espaldas, Diego se aclaró la garganta con fuerza, dos veces consecutivas, obligándolos a detener aquel delicioso interludio.

—Debemos volver al salón.

María se soltó del abrazo de Álvaro y corrió hacia Sophie, enseñándole su anillo.

—¿No es precioso? Es la piedra más bonita que he visto nunca. Tenía mucha envidia del tuyo, ¿sabes? Pero ya se me ha pasado.

Sophie rio, a pesar de que solo había entendido la mitad, y cogió a su cuñada del brazo para salir del saloncito, seguidas de sus prometidos.

21

Todo había ido bien, se dijo Álvaro al salir del saloncito privado, con María de su brazo mirando embobada el anillo que lucía en su mano desnuda, el guante olvidado en el bolsillo de la chaqueta de su prometido.

Los seguían Diego y Sophie, una pareja que también había pasado por su propio escándalo antes de comprometerse, un tema casi olvidado por la sociedad de Santa Marta, que no pensaba dar la espalda al secretario del gobernador y a la benjamina de una de las familias más antiguas de la isla. Con el tiempo, sus respectivos compromisos se convertirían en románticas leyendas que pasarían de madres a hijas, como muestra de que el amor siempre triunfa.

—Nos quedaremos solo un poco más —le dijo Álvaro a María, inclinándose para hablarle al oído—. Lo justo para que sepan que estás bien y vean tu anillo.

—Me encuentro bien —respondió ella, repuesta por completo tanto del desmayo como de la embriaguez previa—. Podría bailar hasta el amanecer.

—No vamos a tentar a la suerte una segunda vez esta noche —insistió Álvaro.

María mostró su disconformidad con un mohín encantador en sus preciosos labios que Álvaro tanto ansiaba besar otra vez, sin descanso, hasta saciarse si eso era posible. Y no solo pensaba besarla, también quería hacerle muchas más cosas que provocarían su definitiva expulsión de la sociedad si llegaba siquiera a insinuarlas en público. La deseaba intensamente, un deseo repentino que lo había invadido cuando la vio en la proa del *Virgen del Carmen*, amenazando con el puño al barco pirata que se alejaba en el horizonte; un ansia que había sentido casi como un puñetazo cuando la tuvo delante y que no dejaba de crecer según transcurrían

las jornadas en su compañía. Descubrir que era la hermana de Diego, la niña que había tenido por su propia hermana cuando era pequeña, no sirvió para refrenarlo. Nada quedaba de la dulce criatura con trenzas y vestidos llenos de lazos que recordaba. María guardaba mucho de aquella pureza, de la dulzura de la infancia, pero a la vez era una mujer de una sensualidad innata que lo mantenía en un doloroso estado de excitación cuando estaban juntos.

—Ahí está… —dijo María, por completo ajena a sus pensamientos.

Álvaro siguió la dirección de su mirada para encontrarse con Nora Johnson, que hablaba a un pequeño círculo que parecía bastante escandalizado con sus palabras.

—Es mejor ignorarla —indicó a su prometida.

Como ya se temía, María ignoró su recomendación y corrió directa a meterse en la boca del lobo.

—Señora Johnson, no sabía que estaba en la fiesta —la oyó decir, con una sonrisa de bienvenida que parecía estar dedicando a la mejor de sus amigas—. Tengo que agradecerle lo atenta que fue con nosotros en Santa María, y su compañía en el almuerzo. Me encantó conocer… su isla. —Se volvió hacia Álvaro, al tiempo que levantaba la mano derecha y se la pasaba por el hombro. Fingió que le quitaba una pelusa solo para deslumbrar a la audiencia con el zafiro de su anillo, que provocó más de una exclamación de admiración—. ¿Volverás a llevarme a Santa María, querido? No puedo olvidar aquella playa tan hermosa.

Álvaro entrecerró los ojos y se mordió el labio por dentro, enmudecido por los recuerdos que ella evocaba con sus palabras.

—Permita darle enhorabuena —dijo la inglesa, su mala pronunciación no ocultaba el veneno en su voz—. No imaginaba esto.

—Ya sé lo que está pensando —dijo María, llevándose la mano ahora al corazón—. En mi tierra se dice que los hombres del mar tienen un amor en cada puerto, y no soy tan ingenua como para suponer que Álvaro no haya tenido sus aventurillas en todos estos años. —Se soltó de su brazo y se hizo con el centro del círculo de cotillas, que se iba ampliando con su discurso—. Los hombres no son de fiar, así me lo enseñaron en el colegio de monjas en el que

estuve interna todos estos años. Claro que, ¿qué me iban a decir las hermanas? Ellas, que renunciaron a los placeres terrenales para casarse con el Señor. —Soltó una risa que contagió a la audiencia cuando se encogió de hombros, buscando la complicidad masculina a sus palabras—. En fin, el pasado, pasado está. Lo único que importa es que ahora por fin nos hemos reencontrado. —María se giró y extendió una mano hacia su prometido, que se la tomó dubitativo—. Ojalá todas fueran tan afortunadas como yo me siento en este momento —dijo, mirándolo a los ojos, provocando risas y suspiros entre las presentes.

La orquesta decidió comenzar un vals en el justo momento en que María terminaba de hablar. Aquellas últimas palabras inspiraron a las mujeres, que comenzaron a dispersarse, en busca de sus maridos las casadas, de un pretendiente las solteras. Álvaro ofreció su brazo a María y la llevó hasta la pista de baile, dando las gracias al señor Strauss por ofrecerle una excusa para abrazar a su hermosa prometida en público.

—No deberías haberle hecho frente —la reconvino con poca convicción, rendido a su aroma, que lo envolvía como una caricia—. Antes estaba enfadada conmigo, pero ahora habrá cambiado el objeto de su rencor.

—¿Qué mal puede hacerme? —preguntó María, con una candidez adorable—. Después de esto, todos entenderán que sus palabras solo las dicta la envidia.

—Espero que tengas razón —contestó él, haciéndola girar al ritmo del vals hasta que el ejercicio los hizo reír a ambos, olvidando el motivo de su inquietud.

Desde una esquina del salón, mientras apuraba una copa de champán, Nora Johnson no quitaba ojo a la pareja, deseando el poder de una hechicera para hacer que el techo del edificio se derrumbara sobre sus cabezas.

María no podía dormir, demasiadas emociones para una noche. Desde el abordaje del contrabandista Balboa al *Virgen del Carmen*, su vida se había convertido en un constante remolino que la zarandeaba en todas direcciones. La mayor parte del tiempo su incorregible optimismo la hacía creer que todo aquello era para bien. Pero a veces, a solas, tenía dudas.

«Quiero casarme contigo porque eres hermosa, divertida y valiente, y porque la vida contigo va a ser una aventura que no quiero perderme».

Quería creer en las palabras de Álvaro. Lo deseaba tanto como lo necesitaba. Solo si podía creerlo caminaría al altar sintiéndose la mujer más feliz del mundo.

Giró dos veces en la cama, empujando las sábanas que la ahogaban, subiéndose el largo camisón para enfriar la piel, que le ardía como si tuviera fiebre. Por la puerta abierta del balcón entraba una suave brisa que movía los blancos visillos convirtiéndolos en lánguidos fantasmas. Se levantó para acercarse al balcón y sentir de cerca aquel delicioso aire nocturno.

Álvaro dormía en una alcoba del mismo piso. Esa era otra de las razones por las que no podía dormir. Su hermano le había ofrecido alojamiento cuando él se empeñó en acompañarlos de regreso de la fiesta del gobernador. María sabía que seguía preocupado por su enfrentamiento con Nora Johnson, lo que le hizo preguntarse si esa mujer era tan peligrosa como para que Álvaro procurase no perderla de vista.

Quizá debería preguntarle, se dijo. Antes de valorar la sensatez de aquella idea ya estaba saliendo al balcón que comunicaba los dormitorios. Pasó de puntillas por la puerta abierta del de su hermano, en el que no había luz ni se oía sonido alguno, y llegó hasta el de invitados. Extendió una mano para separar el visillo y al momento unos dedos se cerraron sobre su muñeca y tiraron de ella hacia dentro.

—¡Álvaro! —gimió, al sentirse atrapada en un abrazo férreo, sorprendida más que asustada. Podría reconocerlo entre un millón, a oscuras, solo con los sentidos del tacto y el olfato.

No llevaba camisa. Cuando levantó los brazos para rodearle el cuello, encontró su piel desnuda, tan ardiente como la suya.

—¿Qué haces paseando por el balcón de madrugada? —preguntó él con una voz ronca, desconocida, que hizo eco entre su sólido pecho y las suaves curvas de María.

—No podía dormir.

—Y decidiste venir a visitarme —dijo él, con el mismo sonido grave que le provocaba extraños escalofríos—. ¿Qué quieres de mí, María?

—Solo preguntarte… ¿Crees que esa mujer…? La inglesa… ¿Crees realmente que me haría daño para vengarse?

Álvaro aflojó un poco su abrazo y ella recuperó el aliento que ni sabía que había perdido. Al lado de la cama había un quinqué con la luz muy baja que apenas lograba despejar la oscuridad de la habitación y del hombre que la retenía.

—No debes preocuparte por eso —le dijo, inclinando la cara para rozarle la coronilla con la nariz y luego ir bajando por su sien hasta encontrar la piel sensible detrás de la oreja, donde depositó un beso.

María deseaba que repitiese el beso de la playa, lo deseaba tanto que estaba a punto de suplicarle. Respiró hondo, elevando el escote de su camisón que un lazo mantenía en su sitio; un lazo que Álvaro deshizo con dos dedos con una pericia que la hizo boquear como un pez fuera del agua cuando bajó la boca para hacerse con los trofeos que acababa de conseguir.

—Oh, Dios —exclamó cuando sintió su lengua abriendo paso en el apretado valle entre sus senos.

Como si él supiese que estaba a punto de perder el equilibrio, la sujetó más fuerte, una mano subiendo para abarcar la zona entre las escápulas y el cuello, la otra bajando, más allá de su cintura, hasta llegar a donde la espalda perdía su nombre.

—¿Nadie te enseñó… —un tirón suave y el escote del camisón se le abrió hasta el ombligo— que no es seguro… —su aliento secando con su calor la piel húmeda por sus besos— entrar de noche… —la punta de su lengua recorriendo de nuevo el camino entre sus senos— en la alcoba de un hombre…?

—Yo… —María intentaba buscar una respuesta a su pregunta, pero solo pudo gemir cuando Álvaro atrapó uno de sus pezones entre sus labios—. ¿Qué me haces?

—Seducirte —dijo él, agarrando sus nalgas con ambas manos para pegarla de nuevo a su cuerpo—. Deberías resistirte.

—¿Y si no quiero? —susurró ella, antes de bajar el rostro para frotar con la nariz su pecho desnudo. El vello que lo cubría le hizo cosquillas y soltó una risita antes de que Álvaro le tapara la boca con una mano.

—No queremos despertar a tu hermano —le advirtió.

—Estoy de acuerdo —contestó ella contra su palma,

besándosela.

Álvaro le pasó un brazo por debajo de las rodillas, el otro por lo alto de la espalda, y la levantó como si fuera una almohada de plumas. Cuando la depositó sobre su cama, la débil luz del quinqué iluminó su rostro pensativo.

—Eres la mujer más bonita que he besado nunca —le dijo, antes de cubrirla con su cuerpo, sosteniendo la mayor parte de su peso en sus propios brazos.

—¿Y has besado a muchas? —preguntó María, aunque en realidad no deseaba oír su respuesta. Sabía que era absurdo esperar que él fuera tan inocente como ella, pero en aquel momento habría dado su mano derecha por que para él también fuera su primera vez.

—A muchas —contestó él, volviendo a besarle el cuello, el mentón, las mejillas y la frente—. A mis abuelas, a las hermanas de mis abuelas, a mi madre, a mis tías…

María rio en voz baja, recordando que no debía hacer ruido para no alertar a su hermano, que dormía en la alcoba contigua. Álvaro se portaba como un caballero incluso en aquel momento, encontrando la forma de hacerla feliz cuando se esperaba una respuesta dolorosa.

Le gustaba sentir su peso, sus cuerpos unidos desde la cintura hacia abajo, las piernas entrelazadas. Le acarició los hombros, los brazos fuertes que no podía abarcar con una mano, recorrió su espalda, notando la tensión de los músculos, y volvió a su pecho, enredando las yemas entre el vello crespo que delineaba sus marcados pectorales.

—A mí no me has besado aún… —protestó ella, imaginando que sus labios ardían por el ansia de sentir su caricia.

—Diría que sí —bromeó él, volviendo a recorrer su rostro, esta vez desde arriba hacia abajo. Le dio un suave mordisco en el cuello, que luego lamió suavemente, y de nuevo descendió para apoderarse de sus pezones y hacerla levantar las caderas como si un resorte oculto conectara sus zonas más sensibles.

—No… —dijo ella, y, en cuanto él elevó la mirada, le tomó la cara con las manos y lo besó, con la boca abierta, ansiosa, sedienta. Le mordió el labio inferior y él respondió penetrando en su boca casi con violencia, gimiendo cuando ella le chupó la lengua y

después el labio, suavizando el dolor del mordisco como él había hecho antes con su cuello.

—Detén esto ahora —le pidió al oído, sujetándole las muñecas por encima de la cabeza—. Deténlo o no llegarás virgen a la noche de bodas.

—¿Importa algo una semana más o menos? —preguntó María, que no se reconocía a sí misma. Nunca había sentido algo ni siquiera similar al deseo que él había despertado con sus besos y sus caricias, no podía ni quería quedarse sin saber qué más sensaciones deliciosas venían a continuación.

—Me matas, mujer —gimió Álvaro, antes de tumbarse en la cama a su lado.

María lo siguió sin dedicar ni un segundo a pensar lo que hacía. Se subió sobre él a horcajadas, con el escote del camión abierto mostrando sus hermosos senos a la luz del quinqué. Álvaro gruñó, como un animal acorralado.

—Deberías acabar lo que empiezas —lo retó ella.

—No tienes ni idea —le respondió, poniéndole las manos en los muslos que el camisón enrollado en sus caderas dejaba al descubierto.

—He visto cómo lo hacen los animales y no creo que sea muy diferente, solo espero que no tengas que ponerme a cuatro patas porque no me parece una posición demasiado cómoda para la hembra, diría que los machos siempre disfrutan más con el intercambio.

Álvaro la miró sin parpadear. No podía creer que en un momento así tuviera uno de sus ataques de verborrea, y menos sobre un tema tan poco apropiado para una joven educada en colegio de monjas.

Por otro lado, la idea de ella desnuda a cuatro patas bajo su cuerpo aumentó su excitación hasta un nivel tan doloroso que le impedía pensar con nitidez.

—Es cierto, los hombres disfrutamos y las mujeres no, al menos no la primera vez, y por eso es mejor que detengamos esto ahora —logró responder, felicitándose por haber encontrado algún argumento con sentido.

—¿Por qué no? —preguntó ella, incapaz de aceptar simplemente su palabra y su experiencia—. Yo lo estaba disfrutando hasta ahora.

Álvaro pensó en levantarse para golpearse la cabeza contra una pared hasta perder el sentido. Sería menos doloroso que lo que le hacía ella con cada palabra, con cada proposición, con el movimiento de sus caderas sobre su ingle.

—Existe una barrera física… para las mujeres… —dijo, resoplando—. ¿Tampoco te explicaron eso en el colegio? —María se encogió de hombros—. ¿Qué aprendíais? ¿A rezar y a coser?

—Sí, la mayor parte del tiempo —contestó ella, cómodamente instalada en su regazo—. Las alumnas mayores a veces contaban cosas, pero siempre me parecieron fantasías.

—No es ninguna fantasía. Es una realidad, incluye sangre y dolor.

—Las mujeres sabemos mucho de sangre y dolor, convivimos con ello, aunque los hombres se empeñen en creer que nos desmayamos a la vista de una pequeña herida.

Álvaro recordó su declaración. Hermosa, divertida y valiente. Así era exactamente su prometida, la mujer que había cruzado un océano para robarle el corazón.

Era absurdo seguir resistiéndose.

—Después no podrás decir que no te lo advertí —le dijo, antes de tomar su camisón por el ruedo y sacárselo por la cabeza.

Ella no trató de cubrirse, solo giró la cara, ruborizada, dejando que la contemplara en toda su gloriosa desnudez. Su piel muy blanca se volvía dorada a la luz tenue del quinqué. Álvaro recorrió con una mano las curvas altivas de los senos, bajó hasta el delicioso ombligo que deseaba devorar y delineó la estrecha cintura sobre las redondeadas caderas. Recordó que en otros tiempos se entretenía haciendo retratos, ahora deseaba tener a mano papel y carboncillo para tratar de capturar la belleza que tenía ante sus ojos.

Se había quedado corto en un adjetivo. «Hermosa» no era ni de lejos una palabra suficiente para describir a María de Ibarra. Y ella misma le había dado permiso, o no, más bien le había exigido que disfrutara de su belleza. Álvaro era un caballero, pero no un monje con voto de castidad, así que decidió que era el momento de rendirse.

22

La doncella entró en el cuarto de María tres veces aquella mañana para despertarla. Todos sus esfuerzos fueron inútiles. Cuando le dio los buenos días, no recibió respuesta alguna. Cuando abrió las cortinas, María se giró y escondió la cara en la almohada. Cuando le acercó una bandeja con oloroso café recién hecho, María se sentó, sopló la taza, la bebió de dos sorbos, y volvió a sumergirse entre las sábanas.

—La fiesta de anoche la dejó agotada —oyó que decía Sophie a lo lejos.

—Sí, dejémosla descansar —contestó su hermano, y sonó el deseado ruido de la puerta al cerrarse.

«Deliciosamente agotada», pensó María, frotando la mejilla contra la almohada. Se giró hacia la derecha y luego hacia la izquierda cuando la luz de la ventana abierta le hizo daño en los ojos. El café comenzaba a hacer su efecto, despertándola a su pesar. Con los párpados entrecerrados recorrió la estancia, comprobando que efectivamente estaba en su alcoba.

Recordaba vagamente haberse quedado dormida entre los brazos de Álvaro, y que él la había llevado a su cama cuando ya el sol despuntaba en el horizonte. Siempre tan considerado, evitándole un nuevo escándalo si alguien de la casa de su hermano llegaba a descubrirla en la alcoba de su prometido. La besó antes de marcharse, diciéndole que no la vería hasta la noche, motivo por el que María pensaba quedarse todo el día en la cama, necesitaba descanso tanto físico como mental.

Álvaro…

Nunca más podría pronunciar su nombre sin suspirar al hacerlo.

Dobló las piernas y apretó los muslos, notando aún aquel suave pinchazo que le recordaba lo ocurrido la noche anterior, cuando había seducido a su prometido, desoyendo sus advertencias sobre el

precio que pagar. Él tenía razón, por supuesto, hubo dolor, incomodidad y aquella molestia que aún le latía en sus partes más íntimas. También hubo deliciosos besos, caricias audaces, y el placer de verlo a él disfrutando de su cuerpo, confesándole al oído cuánto la había deseado.

María se sentía poderosa. Se tapó la boca para ahogar una risa y hundió la cara en la almohada. Estaba agotada, notaba tirones en músculos que ni siquiera sabía que tenía, y, a la vez, se sentía eufórica, llena de energía. Descartó quedarse todo el día descansando, tenía mucho que hacer y planear.

—La casa ha estado cerrada demasiado tiempo y necesita urgentes reparaciones, por eso se vende a un precio tan bajo.

Álvaro asintió, sin prestar mucha atención a las explicaciones de su segundo, Serafín Lamas. La noche anterior, en la fiesta, habían hablado de aquella casa de un pariente de su suegro, otro Talbot pelirrojo que había viajado a Inglaterra tres años atrás para nunca volver.

—Recuerdo a Melvin Talbot —dijo, pensativo, antes de subir la escalera que llevaba a la planta alta—. Un hombre muy alegre, hasta que enviudó.

—Ahora sus hijos son su única felicidad. El mayor estudia en Oxford, y la pequeña se ha comprometido con un buen partido —explicó Lamas—. El tío Melvin ya sueña con sus nietos.

Lamas asintió, siguiendo a su capitán, que iba abriendo las puertas que daban al pasillo.

—Hay cuatro dormitorios en el piso, y habitaciones en la buhardilla para el servicio.

Cada estancia estaba llena de muebles, cortinas, alfombras, lámparas, como si nada fuera suficiente para los Talbot. Álvaro se ahogaba entre cuatro paredes, más si estaban tan abarrotadas. También reconocía que incrementaban su agobio los comentarios de Lamas sobre temas domésticos que le resultaban completamente extraños. Llevaba años viviendo en pensiones, donde le lavaban y planchaban la ropa, le hacían la cama y le servían la comida cuando tenía apetito. No echaba de menos el hogar porque el de su infancia no había sido feliz.

Abrió una ventana para refrescar el aire del dormitorio principal, mirando el cielo cubierto de nubes bajas que humedecían

el descuidado jardín. Aquel olor a flores silvestres le recordó el perfume de la mujer que había compartido su cama, su risa, la suavidad de su piel tan blanca donde el sol no la había tocado nunca. Aún se estremecía al recordarla, como un muchacho tras su primera experiencia. Apoyó las manos en el alféizar para asomarse y respirar más hondo la frescura de la mañana. Bajó la vista y miró sus dedos, los mismos que la noche anterior habían recorrido deliciosas curvas, provocando suspiros al explorar cuevas secretas.

—¿Capitán? —llamó Lamas, y Álvaro se dio cuenta de que llevaba rato haciéndolo.

—Perdón —dijo, volviéndose hacia su segundo—. No sé dónde tengo hoy la cabeza.

—No se preocupe, lo entiendo perfectamente. Aún recuerdo cómo me sentía al día siguiente de comprometerme.

Álvaro se preguntó si su segundo podía ser la persona que necesitaba en ese momento para sincerarse y aclarar ideas. No podía hacerlo con Diego: por mucho que fuera su amigo más querido, también era el hermano de María. El único que conocía toda la historia era el contramaestre García, pero estaba en su hogar, al otro lado de la isla, donde vivía con su esposa y sus cinco hijos, que lo habrían añorado todo aquel tiempo.

—Es que ha sido todo muy rápido… —dijo, tanteando la comprensión de su subordinado.

—Siempre es muy rápido, es la sensación que tengo. Un día crees que aún eres joven para matrimonio e hijos, que quieres disfrutar de tu libertad unos cuantos años más, y al otro se te cruza la pelirroja más bonita de las islas por delante y te falta el tiempo para ponerle un anillo.

Sí, decidió Álvaro al oír aquellas palabras de un hombre entre resignado y agradecido por su destino, Lamas era exactamente la persona que necesitaba.

—En el salón he visto unas botellas que necesitan que se les quite el polvo —dijo—. ¿Qué te parece si por un rato somos solo dos amigos hablando de nuestros asuntos?

—Me parece bien si a usted se lo parece, capitán.

—Llámame Álvaro, Serafín.

—De acuerdo, Álvaro. Pero espero que el vino no esté avinagrado.

—No pensaba en vino, la verdad. Hoy necesito algo más fuerte.

Bajaron juntos la escalera y cruzaron el polvoriento vestíbulo para entrar en el salón, que tenía los muebles cubiertos con sábanas amarillentas.

—Creo que hay una botella de buen coñac —dijo Lamas, acercándose a la licorera—. Brindaremos por tu hermosa prometida.

Álvaro observó cómo el otro limpiaba un par de copas con su propio pañuelo, antes de abrir la licorera y oler su contenido. Aprovechó para abrir también allí una ventana y dejar que los aromas del jardín la refrescaran. Un rayo de sol logró romper la barrera de nubes y le acarició el rostro, trayéndole de nuevo el recuerdo de las pequeñas manos de María, tan delicadas e inesperadamente fuertes cuando lo sujetó para besarlo con un ansia que retaba a la suya propia.

Se volvió al oír los pasos de Lamas y aceptó la bebida que le extendía.

—Sí que es hermosa —suspiró, haciendo girar el coñac en la copa.

—Por la señorita María de Ibarra y por su afortunado prometido —brindó Lamas con la copa en alto.

—Por María —respondió él, antes de beberse el coñac de un solo trago.

Por ella, solo por ella, viviría en una casa que no le gustaba y hasta reduciría el tiempo de sus travesías para pasarlo en su nuevo hogar. Adecentar aquella ruina consumiría todo su patrimonio, el que había estado ahorrando para comprar un segundo barco, el comienzo de su propia compañía de transporte de mercancías. También tendría que encontrar un capitán sustituto para *La Dama Española* antes de nueve meses. Si su novia se mostraba tan fogosa en los próximos días como la noche anterior, estaba seguro de que lo haría padre muy pronto.

Un hogar, una esposa, hijos… Álvaro nunca lo había deseado. Amaba su libertad, viajar a donde lo llevaba la marea sin pensar en el mañana. Ahora, el mañana lo había alcanzado sin previo aviso.

—Imagino lo que estás pensando —dijo Lamas, sonriéndole a su copa, que sujetaba con la mano derecha, donde brillaba su alianza—, pero te aseguro que el matrimonio puede ser una bendición, siempre que llegues a él realmente enamorado. Yo

también adoro la vida en el barco, pero añoro a mi esposa cada minuto que paso sin ella, y me duele perderme los progresos que van haciendo nuestros pequeños, tanto, que a veces pienso que no volveré a embarcarme.

Álvaro sopesó sus palabras, agradeciendo la intención. No podía creer en ese momento que llegara a sentir lo mismo que Lamas, el mar era su primer y gran amor, ni siquiera María podría cambiar eso.

—Entiendo lo que me dices, Lamas, pero creo que pasará bastante tiempo hasta que me acostumbre a todos estos cambios. —Dejó su copa sobre la mesa, haciéndola encajar con la marca que antes había dejado en la superficie polvorienta—. Hasta ayer éramos solo el barco, la tripulación y yo.

—Los cambios pueden ser para bien —insistió su segundo, con el convencimiento de un optimista innato.

—Brindo por eso —contestó Álvaro, mirando aún la copa vacía.

Levantó la vista para posarla en la gran chimenea que solo un inglés podía haber mandado construir en una isla tan cálida. Como en un sueño, el salón se transformó, ya no había sábanas polvorientas cubriendo los muebles, todo relucía a la luz cálida del fuego. Fuera soplaba el viento, la lluvia arañando los cristales, todo un despliegue de tormenta tropical que hacía temblar el edificio hasta los cimientos. Dentro, sentados sobre la alfombra, al calor de las suaves llamas, María y él se besaban sin descanso, convirtiendo aquella vivienda abandonada en un auténtico hogar.

Lamas rellenó su copa, devolviéndolo al presente. El sol ya descendía en el horizonte, lo que le recordó que había prometido cenar con María en la casa de su hermano.

—Gracias, Serafín —dijo a su segundo, que aceptó el agradecimiento con un gesto de comprensión en su rostro bondadoso.

Álvaro sacó el reloj del bolsillo para asegurarse de que llegaba a tiempo para la cena. Por la ventana abierta entró una ráfaga de viento más intenso que olía a salitre, lo que le recordó que la marea comenzaba a subir. Debería estar a bordo de *La Dama*, preparando la carga y revisando la nave antes de partir una vez más, rumbo a Caracas o a Maracaibo, o tal vez más lejos, podría llegar a Puerto Rico para pisar tierra española.

—¿Te esperan para cenar? —preguntó Lamas, al verlo allí parado, con el reloj en la palma de la mano.

—Sí, sí. —Álvaro respiró hondo y guardó el reloj—. Me esperan.

Así debía de sentirse un hombre cuando daba la espalda a su fiel esposa, pensó. Luego guardó el reloj y siguió a Serafín Lamas, que ya le abría la puerta para salir del antiguo hogar de Milton Talbot.

23

Álvaro estaba fumando en el balcón cuando María salió, vestida solo con uno de esos camisones que parecían perfectos para su colegio de monjas. Le tembló la mano que sostenía el cigarro al pensar en abrirle los botones que lo cerraban hasta el cuello, uno a uno, demorando el momento de descubrir su piel desnuda.

—Has estado muy callado en la cena —dijo ella, que había sido todo rubores y había comido por los tres.

—Lo siento, ha sido un día muy largo y estoy cansado.

Ella se acercó más y él bajó la cara, no quería que descubriera las preocupaciones que lo desvelaban. El ruedo de su camisón le cubrió los pies y notó sus manos, suaves, cálidas, frotándole el cuello y los hombros.

—¿Demasiado cansado? —preguntó ella con una insinuación tan evidente que el cuerpo de Álvaro reaccionó de inmediato.

—María, hay muchas cosas que no puedo darte aunque quiera, pero te aseguro que nunca estaré demasiado cansado para ti.

Ella le ofreció su boca, que él tomó con más ansia que nunca. Ahora que había comprobado cuánto placer podía darle con su hermoso cuerpo, estaba deseando repetir la experiencia.

—¿Me enseñarás? —preguntó ella, sin dejar de besarle las comisuras de los labios, el mentón, el cuello.

—¿Qué más quieres aprender? —preguntó él, comenzando a abrirle los tentadores botones del cuello.

—Todo —dijo ella, aumentando su excitación hasta límites dolorosos—. Siempre he sido muy buena alumna.

Álvaro estuvo tentado de arrancarle el camisón sin miramientos, solo un pequeño resquicio de cordura le recordó que su hermano podía salir en cualquier momento y descubrirlos en el balcón.

—Llegaré agotado a nuestra noche de bodas —dijo, echándose a reír.

—Falta demasiado para eso —contestó ella, tirándole de los faldones de la camisa para meter las manos por debajo y acariciarle la espalda desnuda.

—Eres una impaciente —la acusó, antes de tomarla en brazos y llevarla al interior de su alcoba.

—Lo sé —reconoció ella, con la cara escondida en la curva de su cuello.

Álvaro cerró la puerta del balcón con el pie para asegurarse de que no habría interrupciones. Ya ni recordaba por qué había estado tan preocupado, el cansancio se había desvanecido como por ensalmo. Ahora que habían superado las molestias de la primera vez, tenía muchas tareas deliciosas que encomendar a su aplicada alumna. Estaba deseando empezar la lección.

La casa no era muy grande y mostraba ya signos de deterioro por los años que había permanecido cerrada. A María le pareció una promesa de paraíso.

—¡Tiene una chimenea! —chilló excitada al entrar en el salón—. ¿Te imaginas las noches de invierno, sentados al calor del fuego? —preguntó a Álvaro, que le contestó con una sonrisa demasiado tentadora. De algún modo supo que él también lo había pensado, pero que había ido mucho más allá en su imaginación—. Por cierto, ¿hay invierno en Santa Marta? Dime que no hace siempre este calor asfixiante.

—Pronto empezará la temporada de lluvias, que llegará hasta diciembre. Solo hay dos estaciones en el Caribe, la seca y la húmeda, pero la temperatura no varía mucho.

—Tendré que hacerme vestidos más frescos entonces, ya he tomado nota de los que llevaban las mujeres en la fiesta del gobernador.

María pasó una mano por el hogar de piedra, lleno de polvo y con algunas telarañas colgando en el tiro, imaginando la misma escena que Álvaro había soñado el día anterior: ellos dos abrazados, besándose al calor del fuego. Recordó la noche anterior, ella tumbada en la cama y Álvaro recorriendo su cuerpo con un reguero de besos que llegó hasta el sitio más inesperado. Sorprendida, intentó cerrar las piernas, pero él le sujetó las rodillas y le dio tanto placer con su boca que a punto estuvo de desmayarse.

—Podemos encender la chimenea los días de lluvia, si tanto te

apetece. Será agradable —dijo Álvaro, malinterpretando su silencio.

—Claro —contestó ella, volviendo a la realidad para comenzar a levantar sábanas y descubrir los muebles ocultos debajo—. ¡Un piano! —gritó, de nuevo complacida, levantando la tapa del piano de pared para tocar algunas teclas al azar—. Está desafinado, qué pena.

—Encontraré un afinador.

María se mordió el labio inferior, buscando la forma de hacer preguntas demasiado delicadas sin dañar el orgullo masculino de su prometido. Se imaginaba que había trabajado muy duro para hacerse con su propio barco en aquellos años, contentándose con vivir en pensiones cuando estaba en tierra, lo que le daba una idea de que vivía de un modo frugal. Le preocupaba el hecho evidente de que su llegada había trastornado por completo su vida, obligándolo a asumir compromisos y realizar importantes gastos inesperados.

—Álvaro, yo… No quiero que te sientas obligado a… —Abrió las manos y giró un poco a su alrededor—. A todo esto. Podemos vivir en la casa de mi hermano, es enorme y su matrimonio no se celebrará hasta dentro de un año.

Él estaba parado en el vano de la puerta, sin entrar en el salón para dejarle libertad de movimientos. No habían abierto todas las cortinas, por lo que solo podía ver su silueta enmarcada por la luz que le llegaba desde atrás. A María se le ocurrió que así era desde que se habían encontrado, siempre se mantenía un poco lejos, física y mentalmente, como si levantara un muro defensivo para que ella no pudiera descubrir sus pensamientos más íntimos.

—Una familia necesita un hogar propio —dijo, con esa serenidad que resultaba tan fría.

A veces, María se preguntaba si el hombre que le hacía el amor tan apasionadamente por las noches no era realmente Álvaro. Como si en su interior convivieran dos personalidades: el ardiente seductor nocturno y el cortés pero distante caballero diurno.

Se acercó despacio, tomó su mano derecha y se la llevó a los labios.

—Prometo que te compensaré por todo esto. Seré la mejor de las esposas, no recibirás una queja de mis labios. Siempre te estaré esperando con una sonrisa en el puerto y haré de nuestro hogar un

refugio para ti.

—No tienes que compensarme por nada —dijo él, gentil, poniéndole una mano en la cintura para atraerla—. Soy muy afortunado.

—Quiero creerte, y quiero que te sientas así siempre.

—Créeme —dijo Álvaro antes de besarla, un beso largo e intenso que pretendía borrar cualquier preocupación de la mente de María—. No querría demostrarte lo feliz que me haces entre estos muebles polvorientos.

María rio, a sabiendas de que era lo que él esperaba que hiciera. El muro seguía ahí, pero un poco más bajo ahora. Tenía la confianza de seguir subiendo escalones, pasito a pasito, hasta poder otear por encima.

Apoyó la cara en su pecho para sentir el latido suave bajo la ropa y así, con los ojos cerrados, de corazón a corazón, le dijo todo lo que no podía expresar en voz alta para no asustarlo. Primero pidió perdón por la forma en que había trastornado su vida, antes de confesarle cuánto lo amaba y lo dichosa que se sentía por haber cumplido todos sus sueños: escapar de un destino impuesto, reunirse con su hermano y casarse con el amor de su vida. Las palabras se amontonaban en la punta de su lengua, pero logró contenerlas.

No quería asustar con la fuerza de sus sentimientos a su futuro esposo, no fuera a plantarla en el altar.

24

Faltaban dos días para la boda cuando María visitó por primera vez el hogar de los Talbot, en busca de Sophie. Necesitaba a su futura cuñada para hablarle del importante propósito que tenía en mente.

La doncella la informó de que la señorita estaba visitando a su hermana mayor, la esposa de Serafín Lamas. Tampoco estaban en casa la señora Talbot y su otra hija, Aramintha, ya que habían bajado al pueblo a hacer algunas compras. María se preguntó si sería correcto presentarse en el hogar de Lidia Talbot y su marido, el oficial de *La Dama Española*, sin invitación. Probablemente no, se dijo, pero la tarea que se había propuesto no podía esperar.

La propia Sophie le abrió la puerta al llegar. Se la veía cansada y ojerosa, por lo que María se temió que alguna enfermedad acechara en aquel hogar.

—¿Qué tal se te dan los niños? —le preguntó Sophie en inglés, tomándola de las manos para arrastrarla hacia el interior sin contemplaciones.

—Bastante bien —contestó María, no muy segura de lo que se esperaba de ella—. En el convento recogían criaturas abandonadas y nos turnaban a las mayores para cuidarlos.

—Mi sobrino Finn, el mayor, tiene fiebre y dolor de garganta, y ha contagiado a mi hermana —le explicó Sophie, mezclando algunas palabras en español, añadiendo gestos para explicarse mejor—. He pasado la noche cuidándolos, pero ahora la que me preocupa es la pequeña Mary, que no para de llorar.

Efectivamente, en la salita a la que la había conducido había un bebé llorando sin consuelo, sentada sobre una alfombra, con la cara congestionada cubierta de gruesos lagrimones.

—¿También tiene fiebre? —preguntó a Sophie, que se sentó al lado de la pequeña ofreciéndole una cuchara de madera.

—Creo que no, solo está colorada de tanto llorar.

María observó cómo la pequeña mordía con desesperación la cuchara, metiéndose el mango en la boquita hasta que se atragantó y la escupió, volviendo a su llanto inconsolable.

—¿Le está saliendo algún diente? —le preguntó a Sophie, que se dio una palmada en la frente antes de coger a su sobrina en brazos y pasarle un dedo por las encías. La pequeña aprovechó para morderle como si fuera la cuchara.

—Aquí —exclamó Sophie, aliviada—. Tiene la encía hinchada y caliente.

—Algo frío la aliviaría.

—Le preguntaré a la cocinera.

Sophie le entregó el bebé a María y salió de la salita, dejando a las dos desconocidas a solas. La pequeña la miró sorprendida antes de llevarse una manita a la boca y morderla con todas sus ganas.

—Hola, Mary —dijo María, quitándole la mano antes de que se hiciera daño y dejando que mordiera su dedo enguantado—. ¿Sabes que tenemos el mismo nombre? Solo que el mío es más largo. ¿Quieres aprender a decirlo? Ma-rí-a —pronunció despacio, abriendo la boca para remarcar las sílabas. La pequeña la miró tan fascinada que hasta dejó de morder su mano—. Ma-rí-a —repitió, logrando una sonrisa que puso al descubierto la encía enrojecida causante de tanto llanto.

—Veo que os lleváis muy bien —dijo la madre de la criatura, entrando en la sala, vestida con una elegante bata de casa.

—Siento la visita en un momento tan inoportuno, señora Lamas —dijo María.

—Por favor, llámame Lidia.

Tenía oscuras ojeras en su rostro descolorido, hasta el famoso cabello pelirrojo de los Talbot se veía apagado.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó, solícita—. No debería levantarse si aún tiene fiebre. Puedo ayudar a Sophie con los pequeños.

Sophie había vuelto con un pañuelo sumergido en un cuenco con agua fría, que se apresuró a pasarle a su sobrina por la boca. Mary protestó un poco, retorciéndose entre los brazos de la joven para extender los bracitos hacia su madre. Lidia tomó a la pequeña y se sentó en una butaca orejera, aplicándole el paño frío que le entregó su hermana.

—No podía dormir, el llanto de Mary me ha despertado. Una madre nunca descansa si sus hijos no lo hacen —explicó, acunando a la pequeña, que empezaba a dormirse ahora que había encontrado algo de alivio a su dolor.

Sophie protestó, alegando que para eso estaba ella, para cuidar de sus sobrinos y también de su hermana. María las oía hablar, entendiendo una palabra de cada tres, felicitándose por ello, aunque prometiéndose a sí misma retomar sus lecciones hasta que el inglés se convirtiera en su segunda lengua.

—Debo marcharme —dijo, al ver que no era el momento para hablar con su futura cuñada.

Ese fue el momento en que Finn Lamas apareció para unirse a la familia, arrastrando por una pata un oso de peluche que parecía haber combatido alguna dura batalla.

—No te conozco —dijo, al encontrarse de frente con María, que se agachó para ponerse a su altura.

—Pues yo a ti sí —le contestó, con un guiño, suponiendo que el niño entendería su idioma puesto que su padre también era español—. Tú eres Finn.

—Háblale a la señorita en su idioma —pidió Lidia—, como te enseña papá.

—¡No sé! —gimió el pequeño antes de correr a refugiar la cara congestionada en el regazo de su madre.

—Claro que sabes —le dijo ella, pasándole una mano cariñosa por el pelo revuelto.

—No quiero —se negó de nuevo.

—No importa —dijo María, compadeciéndose del pequeño enfermo—. Otro día que venga, cuando se encuentre mejor. —Quizá no era el momento para desvelar el propósito que la había llevado a buscar a Sophie de casa en casa, pero María no tenía tiempo de pararse a considerarlo, así que hizo la pregunta que ya le estaba rondando la mente—. ¿Tienen institutriz? —preguntó.

—Aún no, no creas que es fácil encontrarlas en las islas. Hemos pensado en poner un anuncio en la prensa inglesa.

—Yo podría ser su institutriz —dijo, mirando a Lidia y después a Sophie—, precisamente de eso quería hablar hoy contigo, necesito un trabajo y lo necesito cuanto antes. —Se volvió a la señora de la casa—. Sé tratar con niños pequeños y les enseñaría español.

Supongo que a su esposo le gustaría que lo recibieran en su propio idioma cuando regrese de sus travesías.

María se dio cuenta de que Finn la había entendido porque levantó la cabeza de las faldas de su madre para mirarla con gesto interrogativo.

—¿Sabes cantar canciones? —preguntó entre dientes con la voz tan baja que Lidia tuvo que traducirle la pregunta.

—Sí, sé muchas canciones, y también muchos juegos.

El pequeño tiró de su oso de peluche para abrazarlo, bajo la atenta mirada de su madre y su tía, que esperaban su opinión con paciencia. La pequeña Mary se había dormido, permitiendo que todos descansaran de tanta tensión.

—¿Canciones en inglés? —insistió el pequeño.

—No sé mucho inglés —confesó María—, pero tú puedes enseñarme el idioma de tu madre y yo te enseñaré el de tu padre. En dos idiomas, tenemos más canciones y más juegos para divertirnos.

Finn asintió lentamente, como un comprador que acepta valorar el objeto que tratan de venderle.

—Te agradezco el ofrecimiento, de corazón —dijo Lidia—, pero debo recordarte que te casas dentro de dos días. No creo que a tu futuro esposo le parezca bien que trabajes cuando deberías estar formando tu propia familia.

María no sabía realmente qué pensaría Álvaro de sus planes, pero estaba decidida a buscar la forma de ayudarlo con todos los gastos que su matrimonio le estaba causando.

—¿Qué le parecería un par de horas al día? Finn parece un niño muy despierto y estoy segura de que es el tiempo suficiente para que aprenda algunas lecciones sin cansarlo ni aburrirlo.

—Deberías hablarlo con tu prometido —dijo Sophie, de acuerdo con su hermana en aquel punto.

María se encogió de hombros antes de mostrar una sonrisa cómplice que contagió a las dos mujeres.

—Lo haré, pero cuando tenga algo concreto de que hablarle. He salido esta mañana de casa de mi hermano dispuesta a buscarme un medio para ganarme la vida, no quiero que me mantengan, ni Diego ni Álvaro. Es cierto que he llegado a esta isla solo con lo puesto, porque las circunstancias me obligaron, pero quiero demostrarles

que puedo valerme por mí misma.

—Pero eso es lo normal en un matrimonio, supongo que también en tu tierra —dijo Sophie, desconcertada con las palabras de su futura cuñada—. El marido sostiene el hogar económicamente, y la esposa se ocupa de hacerlo confortable y cuidar a los hijos.

—Sí, desde luego que es lo habitual, también en España, pero mis circunstancias son otras y no puedo consentir cargar a Álvaro con todos los gastos de este matrimonio tan precipitado.

Se detuvo justo a tiempo antes de confesarles toda la verdad sobre su falso matrimonio por poderes y cómo Álvaro se sentía obligado a casarse con ella para protegerla. Había empezado a querer a Sophie como a una hermana, y esperaba también hacerse amiga de Lidia, pero era demasiado pronto aún para contarles su mayor secreto.

—¿No temes herir su orgullo? —preguntó Lidia, acariciando la cabecita de Finn, que también comenzaba a dormirse apoyado en su regazo.

María volvió a encogerse de hombros. No tenía una respuesta para esa pregunta, ya enfrentaría esa cuestión cuando no le quedara más remedio.

—No quiero presionarla, pero de verdad, antes de poner un anuncio en la prensa, piense en mi oferta.

—No tengo nada que pensar —dijo Lidia—, el puesto es tuyo, pero no permitiré que comiences hasta que hayas disfrutado de tu luna de miel.

«Luna de miel», tres palabras que eran una puerta abierta a la fértil imaginación de María. Un intenso rubor cubrió sus mejillas, provocando sonrisas cómplices de las dos mujeres que la observaban. Deseaba ese trabajo pero en aquel momento, descubrió también cuánto anhelaba tener amigas en la isla en las que confiar, a las que acudir cuando tuviera dudas o preocupaciones. Quizá las hubiera encontrado en Lidia y Sophie Talbot, y no podía sentirse más afortunada por ello.

Extendió una mano a Lidia, que le entregó la suya dubitativa, y soltó una risa cuando María se la estrechó como un hombre, con firmeza y resolución.

Cumplida su misión de aquella mañana, ahora solo le quedaba volver a dar vida a una casa que llevaba años cerrada. No le

preocupaba el trabajo que tenía por delante, cuanto más ocupada estaba, más energía sentía, una energía que la llenaba de felicidad porque le daba un propósito a su vida.

25

La antevíspera de su boda fue un día larguísimo para Álvaro Medina.

Había cerrado el trato sobre la casa con el señor Talbot padre, que, como cuidador de la propiedad de su hermano, tenía poderes para efectuar la venta, pero no antes de comunicársela a su hermano. El intercambio de cartas con Inglaterra obligaba a esperar más tiempo del que Álvaro desearía. Se sorprendió a sí mismo al descubrir que estaba ansioso por tener su propio hogar, harto de acceder al dormitorio de María como un ladrón. Hacer el amor a su prometida se había convertido en su actividad favorita, tanto que ni siquiera echaba de menos navegar a pesar de que aquella sería la temporada más larga que había pasado en la isla en mucho tiempo.

Con tales pensamientos en mente, regresaba ya al hogar de Diego de Ibarra a tiempo para la cena cuando le dio alcance el contramaestre García, que se ocupaba de tareas de mantenimiento en *La Dama Española*.

—¿Cuál es el problema, García? —preguntó a su subordinado, tras saludarlo, al ver el gesto contrariado en su rostro de común pacífico.

—Esa vía de agua, capitán, no lograremos repararla mientras la nave siga fondeada. Debemos traerla al varadero cuanto antes, pero esta noche el mar está rizado y me preocupa la maniobra.

Álvaro resopló. Aquella noche no cenaría con su prometida, quizá ni siquiera volvería a tiempo para compartir su cama, y a la noche siguiente, la víspera de la boda, habían convenido que volvería a su pensión para no ver a la novia hasta que se encontraran en la iglesia por la mañana.

—Avisaré de que no me esperen para cenar —dijo, con resignación.

Un rato después partían hacia el puerto en el faetón que Diego

les había prestado amablemente. María había salido a visitar a Sophie, le dijo su hermano, y llevaba toda la tarde fuera.

Tres horas después, *La Dama Española* estaba a salvo en el varadero, donde se harían las últimas reparaciones para que pudieran volver a navegar con toda seguridad. Satisfecho por la prontitud con la que lo habían solucionado, Álvaro regresaba al hogar de su amigo, disfrutando aún de la sensación del timón bajo sus manos, del viento cargado de salitre azotándole el rostro. Seguía amando navegar más que nada en el mundo, pero no había mirado atrás cuando se alejaba del varadero. Ahora había otra dama que lo seducía tanto como su hermosa nave, y esperaba que aún lo aguardara despierta.

Tiró de las riendas para aumentar la velocidad del caballo, ansioso por llegar. El camino estaba flanqueado por árboles que no le permitieron descubrir el carruaje que venía de frente hasta que lo tuvo casi encima. Los dos vehículos pasaron casi rozándose, con un tintineo de arreos y un chirriar de ruedas que lo sobresaltó. El faetón era demasiado ligero, por lo que temió por un momento que el otro lo hiciese volcar. Álvaro detuvo la marcha, volviéndose para tratar de reconocer al conductor, que iba cubierto con un sombrero que le ocultaba el rostro y un largo abrigo que se abrió cuando el hombre se inclinó para asegurar la maniobra, mostrando el arma que llevaba sujeta al cinturón. Las cortinas cerradas de la caja no permitían vislumbrar a sus ocupantes. Sin una palabra, ni mucho menos una disculpa, el carruaje siguió su camino a toda la velocidad que le permitían sus dos potentes caballos.

Durante un buen rato se quedó mirando el camino, con un extraño presentimiento que lo impulsaba a seguir las huellas del apurado carruaje que ya se perdía en la oscuridad.

Más tarde tendría tiempo de arrepentirse por no haberlo hecho.

La puerta principal de la casa estaba abierta de par en par. En el vestíbulo había un jarrón volcado y una alfombra arrugada, como si hubieran arrastrado algo, o a alguien, por encima. Viendo que se confirmaba el mal presentimiento que no había dejado de crecer desde que se cruzó con aquel carruaje, Álvaro recorrió las estancias de la planta baja hasta encontrar en el salón a Diego, maniatado y sin conocimiento. Se apresuró a reconocerlo, comprobando que no tenía ninguna herida grave antes de sacudirlo ligeramente para

hacerle recuperar la conciencia.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado? —preguntó su amigo, balanceándose como un borracho.

—Dímelo tú. Alguien ha entrado en la casa —le aclaró, mientras soltaba la cuerda que le ataba las muñecas. Aún con la preocupación del momento, no pudo dejar de observar que era un buen nudo marinero difícil de deshacer.

Diego se frotó la nuca, con un quejido. Álvaro miró con preocupación el cuello de su camisa manchado de sangre.

—Me dijo… me dijo que te conocía, que erais buenos amigos… Luego, su hombre sacó una pistola y me encañonó mientras me ataba.

—¿Qué querían? Dinero, supongo.

—Les ofrecí un trato, pero me dijo que no estaba aquí por menudencias, que solo le interesaba… —Diego se llevó una mano a la frente, como si volviera a marearse—… María.

—¿María? —preguntó Álvaro, notando que su corazón se detenía.

—Tenía que haberlos enfrentado. No me habría rendido tan fácilmente de haberlo sabido, pero ya estaba atado y, en cuanto me lo dijeron, el del sombrero me golpeó por detrás y perdí el conocimiento —añadió Diego, mientras se levantaba y echaba a correr con paso inseguro.

Subieron la escalera de dos en dos. En la planta alta estaban abiertas las puertas de todas las habitaciones. Había más jarrones volcados, alfombras arrastradas, cuadros torcidos. Y, en la alcoba de María, solo una cama vacía.

—¿Qué pueden querer de ella? —preguntó Diego, mientras Álvaro recorría la estancia desesperado, moviendo cortinas y saliendo al balcón como si aún esperara encontrarla—. ¿Un rescate?

—¿Te dijo su nombre? —preguntó al volver del balcón, mirando las sábanas arrancadas de la cama que Diego pisaba.

—¿Quién?

—Ese hombre. Te hizo creer que era mi amigo. Se presentó, supongo.

Diego seguía aturdido. Se sentó en una butaca mirando con ojos espantados la habitación revuelta, la prueba de que su hermana había ofrecido más resistencia que él mismo.

—Le habría entregado toda mi fortuna…

—Un nombre, Diego.

—No llegó a decirme su nombre… Pero tenía parte de la cara llena de cicatrices. Parecían quemaduras, como… como las tuyas.

Álvaro se quedó parado donde estaba, muy quieto, casi sin respirar. Gonzalo Balboa. Su peor pesadilla. Había vuelto de las llamas del infierno para jugar con él, destrozar su reputación duramente conseguida, y, ahora, por fin, había encontrado la forma de obligarlo a ir en su busca.

—Quédate aquí, yo solucionaré este asunto.

—De ningún modo voy a dejarte ir solo a rescatar a mi hermana. Aún es mi responsabilidad.

—No se la ha llevado para un rescate, ni para nada relacionado contigo —le explicó, sin ganas ni tiempo para entrar en más detalles—. De algún modo se ha enterado de que vamos a casarnos.

—¿Qué quiere de ti ese hombre?

—¿Recuerdas el barco contrabandista en el que estuve enrolado? ¿En el que casi muero? —preguntó, frotándose el brazo quemado como si volviera a sentir las llamas en su piel.

—Balboa —comprendió Diego por fin—. Tendría que haberlo identificado por las quemaduras.

—Nunca lo conociste, y ojalá nunca hubieras tenido que hacerlo.

Diego se puso en pie, mirando la mano manchada de sangre del golpe en su nuca.

—Voy contigo y no puedes impedirlo.

—Te lo advierto, Diego, no se puede negociar con Gonzalo Balboa, ni esperar un mínimo de caballerosidad en sus actos. —Álvaro salió por la puerta del balcón para llegar hasta su alcoba, seguido por su amigo—. Será sucio y será sangriento, pero lo único que debe importarnos es traer de vuelta a María sana y salva.

Abrió el arcón que tenía al pie de la cama, traído de su barco, y del fondo, bajo sus ropas y artículos personales, extrajo un largo cuchillo y una pistola de dos cañones.

—Tengo más armas en mi despacho —dijo Diego.

—Ve a buscarlas, no tenemos tiempo que perder.

26

El barco de Gonzalo Balboa, aquella burda imitación de *La Dama Española*, estaba fondeado en una pequeña cala al norte de la isla, la zona más despoblada de Santa Marta. Cuando pisó la cubierta, María comprobó que el parecido de las naves se limitaba a la forma del casco y el velamen, además de un mascarón de proa bastante feo en comparación con la bella sirena rubia que tenía el de Álvaro.

—Mi hermano no es un hombre rico, a pesar de las apariencias —dijo, en cuanto le quitaron la mordaza que le había secado la boca por el camino—. Si lo que pretenden es que les pague un rescate, deberían haber negociado con él en la casa, así todos nos habríamos ahorrado muchas incomodidades.

Balboa la miró como si ella fuera una incógnita que no lograba descifrar. María sabía que su aspecto no era el más adecuado para estar en público, sentía las miradas de los contrabandistas devorando su cuerpo escasamente cubierto con un largo camisón blanco. Uno hasta se atrevió a acercarse para tocarle la larga melena dorada, que llevaba suelta solo para los ojos de Álvaro. Sin pararse a pensar, pegó al hombre en la mano para que la soltara. El marinero le devolvió el golpe en un bofetón que la hizo tambalearse.

—No me estropees la mercancía, Bufón —dijo el capitán Balboa, despreocupado. El otro soltó una retahíla de palabras malsonantes antes de volver al semicírculo que formaban sus compañeros, contemplando la belleza en camisón—. Segundo oficial, haga el favor de traer a las damiselas —pidió a continuación a un tipo con un uniforme de la Marina española tan gastado que se le abrían agujeros en las coderas.

María se frotó la cara, notando que la piel le ardía por la bofetada, y esperó en silencio a ver qué más sorpresas le deparaba

la noche. Nunca habría imaginado con quiénes se iba a reencontrar.

—Sé dónde echa el amarre ese maldito cuando se atreve a fondear en Santa Marta —le dijo Álvaro a Diego de Ibarra, mientras ensillaban los caballos en el establo—. Por suerte, en el camino pasaremos por la casa de mi contramaestre, que nos será de gran ayuda.

—¿Estás seguro de que es el capitán del barco en el que estuviste enrolado hace años? —preguntó Diego, cuando ya salían a medio galope de su finca.

—El mismo. Pensaba que el capitán había muerto en el incendio, hasta que meses atrás apareció con esa imitación de *La dama*, para hundir mi reputación y achacarme sus delitos.

—¿Por qué te odia tanto?

Álvaro respiró hondo y tiró tan fuerte de las riendas que el caballo se encabritó unos segundos antes de saltar una zanja apenas apreciable en la oscuridad.

—No es el momento, Diego, la noche es demasiado oscura y el camino peligroso, concentrémonos en llegar cuanto antes sin perder las monturas en el camino.

Su amigo asintió, inclinando el cuerpo sobre el cuello de su caballo para aumentar la velocidad. No era el momento y tal vez no lo fuera nunca. Nadie sabía lo que había ocurrido aquella noche a bordo del barco de Gonzalo Balboa. Álvaro aún se retorcía de rabia y de asco al recordarlo, por eso procuraba mantenerlo en el rincón más oculto de su memoria, de donde nadie podría obligarlo a rescatarlo.

Nora Johnson. María vio aparecer a la inglesa, cruzando la cubierta del barco pirata como si estuviera aún en la fiesta del gobernador de Santa Marta, y sintió ganas de frotarse los ojos. Desde su primer encuentro, en la isla de Santa María, había notado su animosidad y el evidente interés amoroso que sentía por Álvaro. Supuso que se habría dado por satisfecha con ponerla en evidencia en aquella fiesta, incluso había creído zanjar la cuestión cuando le había hecho frente. Qué ilusa era. Ahora comprendía que si Nora Johnson había callado ante sus palabras solo era para replegarse y organizar un ataque mucho más efectivo.

Si la presencia de la inglesa la había sorprendido, la de la mujer

que la seguía, con la cabeza baja y un rosario entre las manos, la desarmó por completo.

—¿Juana? ¿Es usted? —Trató de acercarse, pero el capitán pirata la retuvo por un brazo—. ¿Qué hace a bordo de este barco? La hacía en Maracaibo. ¿También la han secuestrado?

La carcajada de la inglesa solo logró desconcertar más a María. No lograba entender en qué circunstancias había entrado en contacto con su acompañante, la viuda aburrida, profundamente religiosa, que su tía había contratado en La Coruña para viajar con ella al Caribe. Se suponía que Juana tenía un empleo esperándola en Maracaibo, por eso María no había dudado en dejarla seguir viaje en el *Virgen del Carmen*. Le había pagado el salario estipulado y se había despedido sin muchos miramientos, como no los había tenido con ella la madura viuda durante la travesía.

Entonces recordó que Nora le había hablado de Juana a su llegada a la isla de Santa María.

—Juana mi empleada. Yo esperaba ella llega de España. También buena amiga —dijo la inglesa con su titubeante español—. Ella cuenta muchas cosas sobre jovencita española huida de sus tíos… Gente de fortuna que desean tanto recuperar oveja extraviada.

María había resistido valientemente el asalto en casa de su hermano, peleando como una fiera mientras intentaban atarla y amordazarla. Se congratulaba de haber dejado más de un arañazo marcado en la cara de los piratas. Después habían viajado en aquel carruaje que se tambaleaba y amenazaba con romperse en mil pedazos por la velocidad que le imprimía el conductor, aquel hombre oscuro que se cubría con un sombrero para no asustar con su fealdad. También había hecho frente a las miradas libidinosas de Gonzalo Balboa y su tripulación, estaba convencida de que podría negociar con ellos su rescate. Lo que no se esperaba, en absoluto, era verse frente a aquellas dos mujeres y comprender el alcance de su traición.

—¿Cómo ha podido, Juana? ¿Y usted, Nora? ¿Qué pretende? Ya trató de avergonzarme en el baile del gobernador, pero esto… Esto es una locura. ¿Qué le he hecho yo?

Nora Johnson se acercó a ella, con las manos en su estrecha cintura, meneando las caderas para regocijo de la tripulación.

—Quieres quedarte mi hombre —le dijo, sus ojos azules brillando de pura mezquindad—. Álvaro vuelve a mí cuando tú marches.

—Álvaro es mi esposo —rebatió María, convencida de que decía la verdad, no necesitaba jurar sus votos en una iglesia ni firmar ningún documento, para ella su unión era tan sagrada como si ya estuviera bendecida.

—Nadie cree ese cuento de matrimonio por poderes. Tú engañas a todos. —Nora estiró una mano y María se echó atrás, convencida de que también la iba a abofetear, pero lo que quería la mujer era la cadena que colgaba de su cuello, que le arrancó de un doloroso tirón—. Si ya casados, ¿por qué anillos de boda al cuello?

María no pensaba explicarle a la inglesa que aquellas eran las alianzas de sus padres. Intentó recuperarlas, pero el capitán pirata la mantenía sujeta con una garra de acero y Nora se apresuró a alejarse, agitando entre sus dedos la cadena de oro.

—No sé qué le habrán contado —dijo, volviéndose hacia Gonzalo Balboa—, pero no pueden obligarme a regresar a España. —El pirata le sonrió con la boca torcida por las cicatrices que cubrían su perfil izquierdo. María supo que era un hombre al que nadie le decía lo que podía o no podía hacer—. Además, mis tíos son gente humilde —mintió, esperando que eso lo desanimara—. No pueden pagar un rescate por mí, aunque quisieran, que seguramente no quieran. Ya me escapé una vez de ellos y saben que volveré a hacerlo mil veces, no pueden obligarme a casarme con Aurelito contra mi voluntad, ni aunque me lleven a rastras al altar lograrán que lo acepte…

—Hablas demasiado —dijo Balboa, harto de sus explicaciones—. Bufón, encierra a las mujeres en la bodega, ya pensaremos si las devolvemos a Santa María o las tiramos por la borda cuando nos cansemos de ellas —dijo, provocando las risas de su tripulación y los gritos airados de Nora y Juana, cada una en su idioma—. Todos atentos a la costa, no queremos invitados indeseados en esta travesía —ordenó—. Segundo oficial, preparados para zarpar en cuanto la marea lo permita.

Una vez que hubo terminado de dar instrucciones, arrastró a María por el brazo camino de su camarote. Ella trató de resistirse. Clavó los pies en el suelo, notando las astillas que dañaban sus

plantas descalzas, tensó el cuerpo y tiró en dirección contraria. No sirvió de nada. Balboa se echó a reír antes de cogerla por la cintura y cargarla sobre un hombro como si fuera un fardo. La tripulación jaleó la hazaña con silbidos y groserías que hicieron temer a María que lo peor aún estaba por llegar.

—Ese maldito —exclamó el contramaestre García, perdiendo por un momento parte del intenso color negro de su rostro—. Tendríamos que haberlo rematado cuando tuvimos oportunidad.

—Rolando… —dijo Álvaro, dejando por una vez el trato formal que le daba ante la tripulación, con una mano sobre el ancho hombro de su viejo amigo—. Tienes una familia que depende de ti, no quiero que te pongas en peligro.

—Si tengo una familia y una vida decente es en gran parte gracias a ti, capitán —contestó el contramaestre, con ojos brillantes de emoción—. Sabes que puedes contar conmigo, haría cualquier cosa por ti y por la señorita María.

Diego observaba a los dos hombres hablar en voz baja, en el porche trasero de la humilde casa donde García vivía con su esposa y sus cinco hijos. Tenían un trozo de terreno cultivado, árboles frutales y un corral con animales, todo lo que podía necesitar una familia para abastecerse.

Recordó la primera vez que había visto a aquel hombre, cuando llegaron a Santa Marta, Álvaro quemado y ardiendo de fiebre, García cuidándolo como si fuera su propio hijo. Ambos habían trabajado duro, codo con codo, hasta que Álvaro pudo hacerse con el barco que soñaba, nombrando a su compañero contramaestre de la nave. La amistad que habían forjado entre tantas vicisitudes era tan fuerte como la que tenían Álvaro y Diego, que habían crecido juntos, casi como hermanos.

—Te diré lo que necesitamos que hagas… —dijo Álvaro, mirando a Diego, que ya movía los pies impaciente por seguir el camino que los llevaría hasta el fondeadero del barco de los contrabandistas.

27

María solo podía pensar en recuperar las alianzas de sus padres, nada le importaba la presencia amenazadora de Gonzalo Balboa, que servía vino en dos toscas copas no muy limpias.

—La bruja inglesa no me había dicho que eras tan bonita —le dijo el pirata, ofreciéndole el vino, que María rechazó con un gesto—. De hecho, dio a entender todo lo contrario. —Balboa se acercó y le llevó la copa a los labios. María le dio un sorbo solo para contentarlo y que la soltara, sin embargo el pirata le acarició la mejilla aún dolorida por la bofetada de su subalterno—. Perdona a mis hombres, no están acostumbrados a tratar con damas de calidad.

—¿Y usted sí? —preguntó ella, incapaz de mantener el silencio cauto que probablemente le convenía—. Tengo el cuerpo lleno de moretones por el viaje en ese carruaje infernal, ha permitido que ese hombre me pegue, y los brazos se me están durmiendo por la presión —alegó, extendiendo hacia él sus muñecas atadas.

Balboa sacó de su ancho cinturón un afilado cuchillo que agitó ante los ojos de María antes de cortar la cuerda para liberarla.

—Supongo que no harás ninguna tontería —le advirtió, utilizando la punta del cuchillo para limpiarse las uñas, largas y descuidadas.

—Ya le he dicho que mi hermano no es un hombre rico —contestó María, frotándose la piel lastimada.

—¿Y tu esposo?

Ella se detuvo a pensar qué debía decirle a su secuestrador y qué debía callar. Por una vez en su vida admitió que el silencio y la cautela eran dos valiosos aliados.

—Tampoco. Solo tiene su barco y es más importante para él de lo que yo lo seré jamás.

No sabía ni de dónde habían salido aquellas palabras, como si

alguien las hubiera puesto en su boca en aquel preciso momento. Gonzalo Balboa la miró con renovado interés tras aquella declaración.

—¿Eres una mujer rica? ¿Por eso se casó contigo?

—Exactamente por eso —contestó María, echando mano de toda su retranca gallega—. Soy la hija del duque de Alba y la condesa de Siruela. El patrimonio de mi familia supera al de la Corona española.

Balboa no era tonto y supo reconocer el sarcasmo en su voz. Agitó el cuchillo hacia ella, con un gesto vagamente amenazante.

—Veamos tu patrimonio, duquesita.

María se sujetó el cuello del camisón, imaginando que era una coraza que la protegería de cualesquiera fueran las intenciones de aquel peligroso sujeto.

—Mejor sigamos negociando civilizadamente.

—¿Negociando? ¿Eso crees que hacemos?

—Usted me dice lo que pretende ganar al secuestrarme, y yo se lo traslado a mi hermano, si está en su mano abonárselo.

—¿Sabes que eres muy graciosa? —dijo el pirata, con una sonrisa torcida que no llegaba a su mirada sombría—. A lo mejor por eso te eligió, y no solo porque pareces la modelo de su mascarón de proa… —María respiró hondo al verlo guardar el cuchillo en el cinturón—. ¿Por qué crees que va a venir a rescatarte tu hermano y no tu esposo?

Nunca decía su nombre, se dio cuenta María en ese momento, preguntándose de qué conocía un tipo infame como Gonzalo Balboa a su prometido.

—Álvaro tiene muchas ocupaciones, quizá no se entere antes de que todo esto pase —dijo con fingida despreocupación, observando con los ojos entrecerrados si al pirata le afectaba oír aquel nombre.

—Querida, conozco a Álvaro Medina mucho mejor que tú, al parecer. Ahora mismo está buscando a sus hombres por las tabernas de Santa Marta para venir a asaltar mi nave.

María se llevó las manos al corazón, deseando creer aquellas palabras. Y, sí, a Balboa le tembló un poco la boca al pronunciar aquel nombre.

—Entonces, debemos acelerar nuestra negociación —dijo, muy ufana.

—Estoy de acuerdo. Ahora, quítate de una vez ese maldito camisón.

Balboa se equivocaba. En aquel mismo momento, Álvaro y Diego habían llegado a la playa más cercana, desde la que oteaban el barco de los contrabandistas fondeado muy cerca de la costa arenosa, sin arrecifes que pusieran en peligro el casco.

—Tú te quedas aquí y esperas a que llegue García con mi tripulación —dijo al hermano de María, empezando a quitarse las botas.

—Voy contigo —contestó Diego, imitándolo.

Álvaro, que ya se estaba desnudando de la cintura hacia arriba, lo sujetó por un brazo para tratar de detenerlo.

—Escúchame, son gente muy peligrosa, sin ningún respeto por las vidas humanas. Mi única baza es llegar por sorpresa, encontrar a María y huir con ella antes de que nadie se dé cuenta.

—Precisamente por eso necesitas que te guarde las espaldas y vigile cualquier movimiento peligroso.

Era inútil tratar de razonar con él, por mucho que a Álvaro lo angustiase poner en peligro a su mejor amigo. Si se detenía a pensar que iba a asaltar el barco de su enemigo declarado con las manos desnudas, poniendo en peligro la vida de las dos personas que más quería en el mundo, el miedo lograría paralizarlo. Decidió concentrarse en cada movimiento que hacía, acabar de quitarse la camisa, el cinturón, que le molestaría al nadar, esconder en un bolsillo el pequeño cuchillo que llevaba encima como única arma y entrar en el mar, rezando una brevísima oración a la Virgen del Carmen, patrona de los marineros.

Nadaron a braza, en completo silencio, esquivando el delator reflejo de la luna en el mar apenas rizado por una suave brisa. En el barco de los contrabandistas, no tan parecido a *La Dama* ahora que lo veían de cerca, parecía reinar una calma total. Álvaro se aferró a la cuerda del ancla y comenzó a trepar, seguido por Diego, menos acostumbrado a aquel ejercicio propio de marineros. Se asomaron apenas por la borda, buscando señales de vida. En los rincones de la cubierta, los contrabandistas dormían llenando el silencio con sus ronquidos.

A una señal de Álvaro, Diego se dirigió hacia la proa, mientras él

hacía lo mismo hacia la popa.

La guardia de noche la formaban cuatro marineros, dos en cada extremo, distraídos con sus juegos de cartas. Diego se deshizo de los suyos con su propia porra, olvidada por alguno en un rincón. Álvaro noqueó al primero y lanzó al segundo por la borda sin oportunidad de dar la voz de alarma.

—No —dijo María, cruzando los brazos sobre el pecho, dispuesta a presentar pelea si el pirata intentaba desnudarla por la fuerza.

—No te conviene enfadarme —dijo Balboa, dando un paso hacia ella. María dio un paso hacia atrás.

—Álvaro vendrá a buscarme —dijo, convencida ahora de que lo haría—, y a usted no le conviene enfadarlo a él.

—Lo estoy esperando con impaciencia, pero antes quiero arrebatarle el regalo que guarda para su noche de bodas.

La mirada libidinosa del pirata no dejaba dudas sobre a qué regalo se estaba refiriendo. María dio otro paso atrás y cerró las piernas con fuerza. Solo de imaginar esas manos de uñas negras sobre su cuerpo, llegando hasta sus zonas más sensibles, allí donde solo Álvaro la había tocado, le descompuso el estómago.

—Le recuerdo que Álvaro ya es mi esposo —dijo, conteniendo con firmeza las náuseas, reafirmándose en aquella mentira que hasta ella misma comenzaba a creer—. Nos casamos por poderes antes de partir de España. Es mi esposo…, en todos los sentidos.

Esperaba desanimar al pirata con aquella declaración, pero solo logró aumentar su interés, a jugar por la forma en que se pasó la lengua por el labio inferior. María sintió de nuevo arcadas cuando Balboa se llevó una mano a la bragueta.

—No me importa usar el plato de otro cuando la comida es tan apetitosa —dijo, antes de lanzarse sobre ella y acorralarla contra el mamparo a su espalda.

María trató de liberarse, lanzando puntapiés y arañazos. Balboa le sujetó con una mano las muñecas a la espalda, apretándoselas con fiereza, y con la otra le bajó el escote del camisón, rasgando la fina tela.

—Las he visto mejores —dijo, pasándole una mano por los senos, pequeños y erguidos—. Y Álvaro también. Recuerdo que le gustaban las fulanas de curvas más abundantes, tú estás demasiado flaca, muchacha.

—Y usted huele como una cloaca —contestó ella, debatiéndose mientras el pirata le palpaba la cintura, las caderas y las nalgas, como si le estuviera tomando las medidas para confeccionarle un vestido.

—Tienes genio, no cabe duda. Supongo que eso es lo que le gusta de ti. Y esa melena tan bonita.

Balboa le soltó las muñecas para agarrarla del pelo, tirando con tanta fuerza que la obligó a doblar el cuello y ofrecerle su boca. María se quedó muy quieta, apretando los labios cuando comenzó a besarla, aguantando la forma en que se frotaba contra ella, empujándola con las caderas adelante y atrás.

Lo dejó que se confiara justo antes de robarle el puñal que llevaba al cinto.

28

Cuando se oyó un grito en el camarote del capitán, Álvaro estaba enredando los pies de un grupo de marineros dormidos con una larga cuerda, con el objeto de entorpecerlos si despertaban.

El grito fue seguido de una serie de maldiciones de una voz que a veces aún oía en sus pesadillas.

La puerta del camarote se abrió y por ella salió corriendo María, en camisón, descalza, saltando ágilmente sobre los obstáculos que cubrían la cubierta. En la mano llevaba un puñal. Detrás salió Balboa, aún gritando y maldiciendo, sosteniéndose la mano izquierda, de la que goteaba sangre.

Álvaro corrió en dirección contraria, para interceptar al pirata y evitar que alertara a su tripulación dormida. Mientras, Diego salía al encuentro de su hermana, que lo amenazó con el puñal antes de reconocerlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, desconcertada.

—Venir a rescatarte —dijo él, de buen humor—. Aunque ya veo que no lo necesitas.

—Tenemos que abrir la bodega —contestó María, agachándose para tirar de la pesada trampilla—. Ella tiene mis anillos.

—¿Quién es ella?

—Nora Johnson, esa mujer que se cree que Álvaro le pertenece. Todo esto ha sido idea suya.

Diego no necesitó más explicaciones para unir sus fuerzas a las de su hermana y tirar de la trampilla. Le hizo un gesto para que guardara silencio antes de asomarse al espacio oscuro bajo cubierta.

—¿Señora Johnson? El capitán ha ordenado que la dejemos libre.

Al momento se vio aparecer una mano muy blanca surgiendo de la oscuridad. Diego la tomó y ayudó a subir a la inglesa, inmediatamente seguida por Juana, la doncella, que fue la primera

en descubrir a María oculta tras su hermano. La mujer guardó silencio, abrumada sin duda por las consecuencias de sus actos.

—¿Quién es usted? —preguntó Nora en inglés, mirando a Diego, que solo llevaba puestos sus pantalones, completamente mojados, y aun así tenía una apariencia demasiado elegante para formar parte de la tripulación—. Ya lo sé, el secretario del gobernador…

—Un placer, señora Johnson —contestó él, formal—. ¿Me haría el favor de devolverme los anillos de boda de mis padres?

—¿De sus padres? —preguntó Nora, mostrando la cadena con los anillos.

—De nuestros padres —gritó María, lanzándose sobre ella para arrebatárselos.

Al otro lado de la cubierta, Álvaro se enfrentaba a su mayor enemigo. Giraron uno frente al otro con los brazos separados y las manos desnudas. Como única arma, el odio mutuo que se profesaban.

—Si le has tocado un solo pelo… Si has puesto tus sucias manos sobre su cuerpo…

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a matarme? Ya lo intentaste una vez y he resucitado.

Balboa se deshizo de la camisa, mostrando las terribles quemaduras que le recorrían casi todo el cuerpo. Aquella visión lo hizo recordar vívidamente a Álvaro el dolor sufrido, a pesar de que él había salido bastante mejor parado del incendio del antiguo barco contrabandista.

—Sí —dijo, manteniendo bajo un férreo control sus emociones—. Esta vez voy a matarte.

—Será un placer —aseguró Balboa, levantando el puño derecho, que dejaba un reguero de sangre a sus pies.

Álvaro sintió un ramalazo de orgullo al pensar en María enfrentándose a aquel malnacido, arrebatándole su propio puñal para herirlo. Podía verla de reojo, hablando con su hermano mientras abrían la trampilla de la bodega. La angustia que casi lo había atenazado durante el interminable viaje a través de la isla se disolvió al verla sana y salva.

—Vencido por una mujer en camisón —dijo, sintiendo de repente ganas de echarse a reír—. Eres el pirata más patético que ha surcado el mar Caribe.

Balboa lanzó dos puñetazos que Álvaro esquivó con facilidad, sin intención de devolvérselos, dejando que agotara inútilmente sus fuerzas.

—Acabaré contigo y después disfrutaré de tu mujer sobre tu cadáver caliente.

Álvaro perdió en ese momento todas las ganas de reír y de jugar con el contrabandista.

—No eres lo suficiente hombre para ella. Ni para ninguna, supongo. No he olvidado lo que de verdad te excita.

Discutían en voz baja, siseando entre dientes como si ninguno de los dos deseara alertar a la tripulación, que seguía durmiendo tranquilamente.

Al otro lado de la cubierta algo distrajo a Álvaro. Nora Johnson había salido de la bodega y al poco María se lanzaba sobre ella. Las dos mujeres se enzarzaron en una pelea por algo que la inglesa tenía entre sus manos. Los gritos de ambas, unidos a los de Diego, que trataba de separarlas, por fin despertaron a los marineros dormidos, que no se apercibieron de las cuerdas que enredaban sus pies. Al intentar levantarse, unos tiraban a los otros, formando un batiburrillo confuso y dolorido sobre cubierta.

—Y esta vez lo voy a conseguir —dijo Balboa, recorriendo con una mirada libidinosa el pecho desnudo de Álvaro, al tiempo que se sacaba de la bota otro puñal—. Será de tu cuerpo caliente del que disfrute mientras tu esposa pasa de mano en mano entre mi tripulación.

Álvaro había visto sobre la cubierta un pequeño montón de herramientas allí olvidado por el descuidado carpintero de la nave. Dio dos pasos hacia atrás, esquivando el arma del pirata, y logró hacerse con un martillo, cuyo mango apretó con rabia asesina.

—No dejaré nada de ti ni para los tiburones —amenazó antes de lanzarse sobre el pirata.

María no supo qué rabia asesina la invadió antes de lanzarse de aquel modo sobre la inglesa. Apenas la vio venir, Nora escondió la mano con los anillos a la espalda, lo que solo sirvió para enfurecerla todavía más.

—Devuélveme las alianzas de mis padres —le gritó, dándole un tirón del moño que hizo aullar a la inglesa.

—Mentirosa. Tú no casada con Álvaro. Yo sabía.

Con la mano libre, Nora le dio un empujón a María para quitársela de encima. Tenía más fuerza de lo que parecía, pero María no dudó en lanzarse de nuevo sobre ella y la agarró por el escote del vestido, que se rasgó entre sus dedos. Nora le dio una bofetada con la mano abierta en la misma mejilla en la que le había pegado el pirata, logrando que se le saltaran lágrimas de dolor. Diego intentó mediar entre ellas, pero María estaba cegada por la rabia y volvió a tirarle del pelo a la inglesa, arrinconándola contra la baranda de estribor.

Entonces, Nora extendió el brazo por encima de la misma, amenazando con dejar caer la cadena con los anillos al mar.

—Nunca los encontrarás —aseguró.

—No. Por favor… Por favor…

María estaba dispuesta a todo, a suplicar, a arrodillarse ante la inglesa, cualquier cosa antes que perder el único recuerdo que le quedaba de sus padres, los anillos con los que había soñado que Álvaro la desposaría.

—Di qué es importante para ti, ¿Álvaro o anillos? —preguntó la inglesa en su confuso español.

Era una pregunta estúpida, en realidad, pero logró el efecto contrario del pretendido por Nora, hacer que María recuperara la serenidad perdida. Con el rabillo del ojo podía ver a su hermano, lo suficientemente cerca para atrapar la cadena si la soltaba. Respiró hondo, fingió su gesto más compungido y cruzó las manos sobre el pecho.

—Nada hay más importante para mí que… —se detuvo apenas para hacer un gesto a su hermano, que atrapó la mano de la inglesa haciendo crujir sus nudillos—. Álvaro, por supuesto —terminó, muy ufana cuando vio a Diego guardarse los anillos en el bolsillo.

—Balboa lo quiere muerto —dijo Nora, frotándose la mano dolorida con la otra.

—¿Qué me importa lo que quiera Balboa? —contestó María.

—Él tiene puñal —añadió la inglesa, señalando a los dos hombres que peleaban al otro lado de la nave.

María se giró para descubrir por fin que su hermano no había ido solo a rescatarla.

29

Balboa esquivó el ataque de Álvaro con dificultad. Las cicatrices que cubrían su cuerpo le habían robado buena parte de su antigua agilidad.

Había sobrevivido al incendio a duras penas, y varias veces estuvo a punto de morir en los meses siguientes por las infecciones que le provocaban fiebres altísimas. El ansia de venganza resultó ser un arma de doble filo: mientras lo devoraba por dentro, también le daba la fuerza de voluntad necesaria para no rendirse y acabar de una vez por todas con su miserable vida. En cuanto pudo sostenerse en pie y empuñar un arma, volvió a las andadas. Después de dar muchos tumbos, sobreviviendo en las cloacas caribeñas, logró enrolarse en otro barco contrabandista. Con paciencia infinita, se fue haciendo con aquellos delincuentes hasta provocar un motín que lo convirtió en capitán de una tripulación sanguinaria que no tenía sombra de respeto por las vidas ni las propiedades ajenas. Así logró amasar una pequeña fortuna y convertir la nave en un simulacro de *La Dama Española*, que ya capitaneaba Álvaro Medina.

Nada importaban los barcos ni el oro. Solo la venganza.

Agitó el puñal ante los ojos de Álvaro, que enarbolaba el martillo con el que casi le había pulverizado un hombro en el primer embate. Detrás de él iba apareciendo su tripulación, a la espera de las órdenes de su capitán para intervenir.

—Deberías rendirte ahora —dijo, muy ufano—. No quisiera tener que esperar a curarte las heridas para cobrar mi premio.

—No habrá ningún premio para ti esta noche.

Balboa giró para que Álvaro también lo hiciera y descubriera a sus hombres aguardando una señal para lanzarse sobre él. La atención de su antiguo grumete, sin embargo, se dirigió a la proa del barco, donde sostuvo una larga mirada con su prometida. A un

gesto del capitán, parte de sus hombres se dirigieron a ocuparse de aquel pequeño grupo formado por la inglesa, la doncella chivata, el secretario del gobernador y su hermana.

—Deshaceos de ellos —ordenó. Sabía que las autoridades de varios países lo buscaban por una lista de delitos interminables, pero secuestrar a aquella muchacha lo podía llevar ante la justicia inglesa, que no dudaría en hacerlo colgar de una horca a la mayor brevedad—. De todos —aclaró, provocando un grito indignado en Nora Johnson, que lo había oído.

Álvaro también gritó, justo antes de lanzarse sobre el pirata, girando y fintando para esquivar el puñal, rodearlo por detrás y descargar el martillo en su rodilla derecha. Balboa cayó al suelo aullando. Álvaro le puso al cuello el mango del martillo y apretó hasta que lo oyó suplicar clemencia.

—¡Detenlos! —le ordenó, sin quitar ojo a los piratas que cercaban a María y a su hermano.

—Suéltame —contestó Balboa.

—Da la orden o te juro que estas serán tus últimas palabras.

—¡A mí! —gritó el pirata la señal que estaba esperando el resto de su tripulación para lanzarse sobre Álvaro.

Al otro lado de la cubierta, María y Diego hacían frente codo con codo a los marineros que disfrutaban ya de su previsible victoria.

Nora se escondió detrás de Juana, sujetándola por la cintura como un escudo, ante la desesperación de la mujer que suplicaba que no la tocaran. Sin piedad, la inglesa la empujó hacia el pirata más cercano, un tuerto que la recibió entre carcajadas, rodeándola con sus enormes brazos para agarrarla de las nalgas.

—Tú y yo nos vamos a divertir un rato antes de que esto acabe —le prometió, apretándola más contra su cuerpo sin preocuparse de sus gritos.

—Deja algo para el resto —se burló un compañero.

—Yo me quedo con la inglesa —gritó otro, haciendo silbar el aire entre los huecos de los dientes que le faltaban.

—¡Atrás! —amenazó Nora, que de algún bolsillo oculto había sacado una pequeña pistola que amartilló con manos temblorosas.

—No juegues con eso, mujer —le dijo el desdentado—. No quiero que te hagas daño… Aún.

Nora escupía palabras en inglés que pocos entendían pero cuya traducción era fácil de adivinar. Amparada en su pistola, se acercó más a los dos hermanos, tratando de ocultarse tras ellos.

—¿A qué espera para usar su arma? —la increpó Diego, que solo disponía de sus manos desnudas para defender a su hermana.

—Solo dos balas —dijo la inglesa.

—Suficiente para asustarlos y poder huir.

—¡Álvaro! —exclamó María en el momento en que la mitad de la tripulación se lanzaba sobre su prometido a la orden de su capitán.

Algunos de los piratas que los cercaban se volvieron para ver lo que ocurría en la otra punta del barco. Nora decidió que era el momento de abrirse camino y disparó su pistola, hiriendo con las balas de pequeño calibre a los dos hombres más cercanos. El tuerto soltó a Juana con una maldición y la mujer no dudó en correr hacia la borda y saltar al agua. Nora lanzó la pistola a la cara del marinero y siguió el camino de la antigua doncella de María.

Sobre la cubierta quedaban solo los dos hermanos, completamente rodeados. Los piratas solo estaban jugando con ellos, disfrutando de su superioridad y el que parecía inevitable desenlace a su favor.

A María únicamente le preocupaba la pelea que tenía lugar al otro lado. Cruzó las manos sobre el pecho para rezar una oración con los ojos cerrados, como hacía de niña en el convento cuando se despertaba en medio de la noche y se sentía terriblemente sola.

Solo que ahora su hermano estaba allí, a su lado, dispuesto a luchar por ella.

—No saben lo que están haciendo —dijo Diego, frenando a los piratas con la firmeza de su voz—. Su capitán los ha metido en un lío que los llevará a todos a la horca.

—Tenemos muchas cuentas pendientes con la justicia de varios países —se burló el tuerto—. No creo que los ingleses se preocupen por unos españoles desaparecidos.

—Mi hermano es el secretario del gobernador de las islas —anunció María, para sorpresa de los hombres, que miraron a Diego con cierta preocupación.

—Puedo negociar un indulto para los hombres que estén dispuestos a ayudarnos a regresar sanos y salvos, si prometen llevar

una vida honrada en adelante —ofreció Diego con el talante negociador que le había ganado el importante puesto que desempeñaba.

Los hombres se acercaron más para escuchar su propuesta, mientras María trataba de evitar que descubrieran por su expresión lo que estaba pasando a sus espaldas. Reconoció algunas de las sombras que trepaban por la borda y caían en completo silencio en la cubierta, sobre todo al hombre más fornido, que dividía al grupo, enviando a la mitad a la popa y encabezando al resto hacia la proa.

—¿Quién dice que queramos llevar una vida honrada? —se burló el desdentado, sin recibir el esperado eco de sus compañeros. Algunos, al parecer, se estaban pensando la oferta.

El tuerto extendió una mano para tomar un mechón de la larga melena de María.

—Esta es mucho más bonita que la otra. No me importaría ir a la horca por una mujer así.

Fueron sus últimas palabras. Ni siquiera vio venir el garrote que se estampó contra su cabeza, haciéndolo caer desmadejado sobre la cubierta.

—¡García! —gritó María, lanzándose a los brazos de su rescatador.

Mientras Diego ayudaba a los hombres del contramaestre a reducir a los piratas, al otro lado del barco, Álvaro había agotado hasta sus últimas fuerzas luchando contra el resto de la tripulación. La llegada de sus hombres en el último instante fue providencial. Como superaban en número a los de Balboa, dejó que se ocuparan de ellos, tumbado sobre la cubierta, sin resuello.

—Esto aún no ha acabado —dijo una voz demasiado cerca.

Notó el filo del puñal presionándole la tráquea al mismo tiempo que se hacía el silencio a su alrededor.

—Suéltelo, no tiene escapatoria —ordenó Serafín Lamas, apuntando al pirata con una pistola de largo cañón.

—Ya veremos —dijo Balboa, increpando a Álvaro para que se levantara y obligándolo a caminar hacia atrás, manteniéndolo como escudo contra sus propios hombres.

—Mis hombres han tomado el barco —dijo Álvaro. Balboa apretó más el puñal y notó una gota de sangre que le corría por el cuello—. No te librarás de la horca.

—A lo mejor prefiero morir aquí y ahora —dijo el pirata.

Álvaro bajó la cabeza, fingiéndose derrotado, para comprobar lo cerca que estaban de las herramientas abandonadas del carpintero. Hizo ademán de tratar de huir, solo para obligar a Balboa a desplazarse unos pasos a su derecha, con tanto acierto que el pirata pisó el mango de una sierra y perdió un momento el equilibrio. Suficiente para que Álvaro lo sujetase por la muñeca y volviese el puñal contra su pecho.

—Estás muerto —le dijo, completamente fuera de sí, con la vista cegada por una neblina roja como la sangre que estaba a punto de derramar.

—No lo harás.

—Nada deseo más.

—¿Nada? —El pirata aún consiguió mostrar una sonrisa diabólica—. ¿Estás seguro?

Balboa señaló a su izquierda con la cabeza y Álvaro siguió su gesto. María los miraba con ojos desorbitados y las manos cruzadas sobre el pecho. Rezaba por él, pero no sabía si para alentarlo o para detenerlo.

—No te librarás tan fácil esta vez. —Álvaro cambió el puñal a la mano izquierda y sujetó a Balboa por el cuello de la camisa, sacudiéndolo.

—¿Ella sabe por qué me odias tanto? ¿Se lo has contado? Tendrás que darle muchas explicaciones cuando te vea matar a un hombre a sangre fría sin dudarlo…

Álvaro dio un paso atrás, miró a aquel maldito que lo había perseguido en pesadillas durante tantos años y decidió que solo había una forma de que no volviera a aparecer en sus sueños. Balboa seguía hablando, escupiendo veneno por su lengua de serpiente, así que lo calló de un contundente puñetazo en la mandíbula que lo lanzó contra la baranda de babor.

—Todo tuyo —le dijo a Serafín Lamas, que se apresuró a sujetar al pirata antes de que se recuperase del golpe.

30

Diego y el contramaestre García se las vieron y desearon para sujetar a María e impedir que se lanzara sobre Balboa para tratar de salvar a su prometido. Cuando Álvaro logró deshacerse del pirata, la soltaron y voló sobre la cubierta para aterrizar entre sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó él, pasándole las manos por la cabeza, por la espalda, reconociéndola como un médico en busca de huesos rotos—. ¿Estás bien? —preguntó de nuevo, como si no encontrara más palabras en su cabeza para decirle.

—Estoy bien —aseguró ella, lanzando una mirada de desprecio al pirata vencido—. No volverá a subestimar el valor de una mujer.

Álvaro la recordó saliendo a la carrera del camarote del capitán, saltando como una gacela sobre los obstáculos de cubierta mientras Balboa se paraba en la puerta, sujetándose la mano que le había herido con su propio cuchillo. Soltó una carcajada liberadora al pensar en cuánto lo había humillado, y abrazó de nuevo a su prometida, hundiendo la cara en su cuello, entre las risas y algún silbido de sus hombres, que ya habían reducido a la tripulación del barco pirata.

María tenía tanto que decirle que no encontraba las palabras. Por un momento había creído que aquel maldito cumpliría con sus amenazas, su imaginación la hizo creer que brotaba sangre del cuello de Álvaro, que lo veía caer muerto sobre la cubierta… Se separó de él para pasarle los dedos por la pequeña herida que había recibido, poco más que un arañazo, pero aterradoramente cercana a la yugular. Un poco más profunda, y nadie podría haberlo salvado.

—Quería matarte… —susurró, estremecida.

—No lo consiguió, y esta es la última de sus fechorías. Los ingleses lo condenarán a la horca.

Notaba que no estaba tan sereno como quería aparentar. No habían pasado ni dos horas desde que los piratas se llevaron a

María de la casa de su hermano, pero el tiempo se dilataba por efecto del miedo y la tensión. Tendría que transcurrir un tiempo mucho más largo para que comenzaran a olvidar todo lo ocurrido.

—¿Por qué te odia tanto? —preguntó, pasándole una mano por la frente como si así pudiera despejar los malos pensamientos.

—Es muy largo de contar, y no te gustará oírlo.

—No debería haber secretos entre nosotros —dijo, sintiendo cierto resquemor en el corazón al pensar todo lo que había vivido Álvaro desde que partió de España y que ella desconocía—. Yo he estado esta tarde en casa de la familia Lamas y me he ofrecido para ser su niñera.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Álvaro, sorprendido por aquella noticia como si ella utilizara un idioma incomprensible para él.

—De que no quiero ser una carga para ti. Ya que no tengo herencia ni dote alguna, aportaré a nuestro matrimonio lo que reciba por un trabajo honrado.

Álvaro parpadeó desconcertado, para luego sujetarla por los hombros con un poco más de fuerza de la necesaria.

—¿Crees que no puedo mantener a mi esposa?

María bajó la mirada, asustada por la reacción que había provocado.

—No es eso. Es que… te pido demasiado. Me has salvado la vida y ocultado ante todos mis mentiras, sin enfadarte, sin pedir tú nada a cambio…

—Hablaremos de todo esto en casa.

—Álvaro…

Él no la dejó seguir argumentando. Simplemente, volvió a abrazarla y la besó hasta dejarla sin aliento, provocando nuevas risas y silbidos entre los hombres que los rodeaban. María colaboró con entusiasmo hasta que él la separó, solo un poco, para dirigirse a sus hombres.

—Señor Lamas, ocúpese de registrar el barco y hacer inventario. —Lamas asintió y señaló a dos hombres para que lo ayudasen con la tarea—. Señor García, usted y el resto de la tripulación llevarán a estos miserables al calabozo, donde esperarán las instrucciones del gobernador.

—A sus órdenes, capitán.

—Quiero darles las gracias a todos —dijo Álvaro, mirando uno a uno a los miembros de su tripulación—. Hoy hemos atrapado a un criminal cuya cabeza tiene un generoso precio que será repartido entre todos. —Los hombres dieron gritos de alegría, jaleando a su capitán—. Pero sobre todo, hemos rescatado a mi prometida, y eso es algo que nunca podré pagarles. —Se llevó la mano de María a los labios, bajo un aplauso atronador que hizo temblar hasta el palo mayor. Nadie cuestionó por qué la llamaba prometida y no esposa, no importaba el orden de los factores, puesto que era evidente que la dama, antes o después, sería la señora de Medina—. Están todos invitados a la fiesta que celebraremos el sábado en la casa de don Diego —dijo, señalando a su amigo, que asintió entre sonrisas, uniéndose al jaleo de los marinos que vitoreaban a su capitán y su dama.

Se botaron las chalupas y, para cuando desembarcaron en la orilla de la playa, se encontraron con los dos hombres que García había dejado para cubrir la retaguardia.

—Mientras esperábamos, hemos pescado un par de sardinas, capitán —bromeó uno, señalando a las dos mujeres que tenían atadas por la cintura, sentadas espalda con espalda sobre la arena.

María miró a Nora Johnson y a Juana Sánchez, su antigua y traidora doncella. No pensaba enzarzarse en más discusiones con ellas. No valían la pena.

—Las señoras también tendrán que responder ante la justicia del gobernador —dijo Álvaro.

—¡No hemos hecho nada! —se atrevió a gritar Nora—. También somos víctimas de los piratas.

—Tendrá que inventarse una historia mejor para convencer al gobernador —le dijo Diego a Nora, en vista de que ni Álvaro ni María tenían interés alguno en perder el tiempo con aquella mujer.

La tripulación de *La Dama Española* había llegado hasta la orilla en diversos medios, incluidos algunos carruajes. María vio que Álvaro buscaba su caballo entre los varios atados de cualquier manera a las palmeras que rodeaban la arena. Sobre la silla estaba su camisa, que se puso antes de tomar las riendas y subirse a la montura con agilidad no exenta de cansancio antes de extender su mano y aupar a María, a la que acomodó delante de él.

—¿Vamos? —preguntó a Diego, que se había acercado para

vestirse también con la ropa que había dejado sobre su propia montura.

—Yo me quedo. Ayudaré a la tripulación a meter a estos criminales en el calabozo. Llévate a María —dijo, tomando la mano de su hermana para darle un apretón cariñoso—. Necesitas descansar.

Ella asintió, incapaz de hablar cuando todas las emociones vividas en aquellas largas horas se convirtieron en un nudo en su estómago que le cortaba hasta el aliento.

Álvaro y Diego intercambiaron algunas palabras más a las que ella no prestó atención. Estaba sentada de lado, muy tiesa, aferrándose a la horquilla de la silla de montar para no caerse. Cuando Álvaro azuzó a la montura, poniéndola a paso ligero, se balanceó de lado a lado hasta que él la cercó con sus brazos, que la rodeaban para sujetar las riendas, y la apretó contra su pecho.

—Descansa —le dijo, tan solo.

María cerró los ojos y se dejó acunar por el trote del caballo. Era fácil decirlo. «Descansa», una palabra muy simple, pero su mente se negaba a hacerlo, analizando todos y cada uno de los minutos desde que había sido atrapada por los piratas, hasta aquel momento, en el que era libre y regresaba al hogar entre los brazos de su prometido.

—¿Cuándo me lo vas a contar? —preguntó en voz tan tenue que apenas se oyó por encima del sonido de los cascos del caballo.

—Es una historia terrible… Me despreciarás cuando la conozcas.

Había demasiado dolor en sus palabras. María estuvo tentada de dejarlo pasar, de olvidar todo aquello y mirar solo hacia delante.

—Nunca te juzgaré por tu pasado, sé que no puedes haber hecho nada tan terrible como para lograr mi desprecio. Aunque te hayas equivocado, aunque hayas tropezado en el camino, tu corazón es noble. Lo sé. Lo conozco.

—No sabes nada —dijo él, duro, con el cuerpo tan rígido que María rebotó contra él como si fuera una pared—. No sabes lo que es llegar a estas tierras con una mano delante y otra detrás, tener que mendigar para comer, aceptar cualquier tarea por sucia o denigrante que fuera, y, cuando por fin consigues enrolarte, descubrir que te rodea una banda de contrabandistas y que su capitán es uno de los hombres más miserables del Caribe.

—El barco de Balboa… —dijo María, comenzando a entender lo

que le ocultaba—. Por eso él también está quemado, ¿lo incendiaste?

—Eso fue mucho después. Navegué con esa gente, María, bajo esa bandera maldita, y fui tan delincuente como ellos.

La luna iluminaba sus rasgos, que parecían cincelados en piedra. La joven se recostó de nuevo contra su pecho para no seguir mirándolo, o tendría que pedirle que se detuviera y que nunca jamás volviera a hablarle de Balboa.

Pero necesitaba saberlo. Y él necesitaba quitarse aquel peso de encima.

—¿Cuándo lo dejaste? ¿Por qué?

—Cuando pasaron del contrabando a la piratería. Asaltamos un barco… Hubo heridos… Te ahorraré los detalles —dijo, tomando una larga inspiración que hinchó sus pulmones bajo la mejilla de María—. Le dije a Balboa que lo dejaba, que no podía seguir en aquel barco.

—¿Qué te hizo? —preguntó con su voz cada vez más pequeña, terriblemente asustada por lo que podría venir a continuación.

—Estaba muy borracho. No intento justificarlo, pero nunca antes… No sé, quizá yo aún era muy inocente entonces, no supe ver las señales… —Como si notara el nerviosismo creciente de su jinete, el caballo relinchó y tomó un rumbo errático por unos segundos, hasta que la mano firme de Álvaro lo obligó a seguir el sendero—. Intentó abusar de mí…

—No… —María creyó que lo había entendido mal, era imposible que hubiera pronunciado aquellas palabras—. Pero eso no… no es posible…

—Sí lo es… Balboa es un pervertido al que solo lo excita dominar a su pareja, sea hombre o mujer, tener el poder absoluto y usar a las personas para su único disfrute.

María recordó al pirata acorralándola contra la pared, rasgándole el escote del camisón, mirándola con aquellos ojos más perversos que libidinosos. Solo ahora comprendía lo que quería y por qué. No era pasión, ni siquiera deseo, solo ansia de posesión y dominio. Ella había vivido una vida demasiado protegida de las realidades del mundo, y ahora se enfrentaba a cosas que habría preferido seguir desconociendo.

—¿Querías matarlo? —le preguntó, recordando el momento en

el que robó el cuchillo del cinturón del pirata, dispuesta a cualquier cosa para librarse de él.

—Sí —contestó Álvaro, espirando largamente por la boca—. Luchamos con espadas a vida o muerte. Durante la pelea se volcó una lámpara que provocó un incendio. Estábamos tan cegados por la furia que no nos dimos cuenta hasta que era demasiado tarde. García me salvó. —María soltó una exclamación de sorpresa—. No lo juzgues, es un hombre honrado, pero en aquellos momentos tampoco encontró otra forma de ganarse la vida. —El caballo volvió a encabritarse cuando alguna alimaña nocturna se le cruzó entre las patas. Álvaro tensó las riendas para obligarlo a mantener el rumbo—. En cuanto a Balboa, perdió su barco y durante mucho tiempo también pensé que había perdido la vida.

—Pero volvió para vengarse, logrando que te acusaran de sus delitos, imitando tu barco y por último… —María sacudió la cabeza. No quería pensar más en los sucesos de aquella larga noche, estaba demasiado cansada—. Todo ha terminado. No hablemos más de él.

Trató de acomodarse de nuevo sobre su pecho y descansar el resto del trayecto, pero notó que Álvaro tenía los hombros hundidos y la mirada ausente.

—Sé que te he comprometido de tal manera que no podemos evitar el matrimonio, pero entenderé que en adelante la nuestra solo sea una unión de compromiso y te daré toda la libertad que precises.

—¿De qué estás hablando ahora? —preguntó ella, completamente desconcertada.

—Solo García sabe de mi pasado, y ha jurado mantenerlo en secreto, no tienes que preocuparte por eso.

—Lo único que me preocupa es saber cuánto has sufrido —dijo ella, de todo corazón, acariciándole la cara con las dos manos.

—¿No me desprecias?

—Álvaro, desde que nos hemos vuelto a encontrar, incluso cuando no pudiste reconocerme, te has portado conmigo como el caballero que eres, generoso y sensato. Tienes un gran corazón, eres justo y magnánimo, algo severo a veces —ella rio, quitándole hierro a aquel momento emotivo—, pero creo que incluso eso lograremos suavizarlo.

—¿Siempre ves el lado bueno de las personas?

—Lo fácil es ver el lado malo, juzgar y condenar por un error, un tropiezo en el camino.

—Eres demasiado comprensiva.

—También me han tachado de ingenua —dijo ella, encogiéndose de hombros—. No importa el pasado, Álvaro, debemos dejarlo atrás y mirar siempre hacia el futuro. Nuestro futuro, juntos.

—No sé si esperas demasiado de mí, pero prometo hacer todo lo que esté en mi mano para que seas feliz. Te lo mereces.

—Ay, Álvaro, si tú supieras lo fácil que es hacerme feliz. —Le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la mejilla en su pecho, notando su piel caliente bajo la fina camisa—. Ahora mismo soy muy feliz, simplemente por estar contigo, los dos solos, y poder abrazarte.

—Te conformas con poco —dijo Álvaro, tirando de las riendas del caballo para frenar su trote.

—Para mí, es un mundo, mi mundo. Álvaro Medina, creo que aún no te haces idea de cuánto te amo.

El caballo se había detenido y María se giró más sobre la montura para buscar la mirada de su prometido. Se quedaron así largo rato, con los ojos prendados, incapaces de añadir algo después de la arrebatada confesión de María.

A sus espaldas se abrió la puerta de la casa de Diego y al momento salieron a recibirlos Sophie Talbot y su hermano Steve.

—Aquí estáis, gracias a Dios —dijo ella, acercándose al caballo—. Lidia nos mandó recado de lo sucedido. ¿Dónde está Diego…? —preguntó, oteando el camino con preocupación.

—Se ha quedado con tu cuñado y el resto de mi tripulación, para ocuparse de encerrar a los piratas —aclaró Álvaro, permitiendo que Steve ayudara a María a bajarse de la montura, antes de hacer lo mismo.

—Pero ¿estáis todos bien?

—Sí —dijo María, estrechándole las manos, que no le soltaba, tan agradecida por la preocupación de la prometida de su hermano que estaba a punto de echarse a llorar por primera vez aquella noche—. Los únicos que han salido malparados son esos malditos.

Los dos hermanos rieron ante la expresividad de María. Steve Talbot estrechó la mano de Álvaro y lo felicitó por haberlos librado

de aquel peligro.

El alivio de sentirse por fin a salvo y en casa consumió las últimas fuerzas de María, que sintió cómo las piernas se le doblaban. Álvaro estaba atento y la sostuvo por la cintura antes de que se desmayara, levantándola entre sus brazos.

—Necesitas descansar —le dijo con una voz tan tierna como nunca antes le había oído.

María dejó que la llevara hasta su alcoba, sin intención alguna de protestar. Sophie los siguió muy preocupada y se acomodó en la butaca al pie de la cama, asegurando que vigilaría su sueño.

—No es necesario —dijo María, con los ojos ya más cerrados que abiertos—. De verdad…

—Estaré abajo por si necesitáis algo —oyó que decía Álvaro, y también la voz de Steve más lejos, asegurando que él también se quedaba hasta que Diego regresase.

Desde la pérdida de sus padres, María nunca había estado rodeada de tantas personas que estuvieran dispuestas a cuidarla y se preocuparan tanto por ella. Con aquella maravillosa sensación, se fue quedando dormida, sin preocupaciones ni pesadillas que interrumpieran su descanso.

31

María despertó al amanecer, como siempre. Del mismo modo que las emociones intensas la llevaban al desmayo, cinco o seis horas de sueño eran suficientes para revitalizarla. El sol, brillando en el cielo siempre celeste de las islas, le regalaba además toda la energía necesaria para afrontar un nuevo día con fuerza y optimismo.

Sophie se había quedado dormida en la butaca, con medio cuerpo apoyado al pie de la cama. Le habló con suavidad, tirando de su mano, hasta convencerla de que se recostara en la cama a su lado.

Poco a poco lograban entenderse, mezclando ambas su idioma natal con lo que sabían del de la otra.

—Esto me recuerda al internado —le dijo, sonriendo al rostro somnoliento de la prometida de su hermano.

—¿Era un sitio horrible? —preguntó Sophie entre bostezos.

—No tanto. Nos exigían mucho en las clases, y teníamos tareas también en la cocina, o cuidando el huerto, pero después de la cena, en los dormitorios, jugábamos a juegos inventados o charlábamos hasta quedarnos dormidas, a veces compartiendo cama, sobre todo cuando hacía mucho frío.

—¿Echas de menos a tus compañeras?

—Sí, algunas eran como mis hermanas, crecimos juntas en el colegio.

Sophie la miró con sus grandes ojos despejados ya de los restos del sueño; las pecas que cubrían su nariz y sus mejillas parecían más oscuras en su rostro suavizado por el descanso.

—Me gustaría ser tu hermana —le dijo, dejando a María temblorosa de emoción.

—Nada me podría hacer más feliz —contestó.

Sonaron dos suaves golpes en la puerta, y fue Sophie la que dio permiso para entrar.

—Aquí estáis —dijo Diego, parado en el umbral, despeinado y descamisado, con aspecto de no haberse detenido ni un minuto en toda aquella larga noche.

—¿Estás bien? —preguntó Sophie, incorporándose para correr hacia su prometido.

—Ahora estoy muy bien —dijo él cuando la recibió entre sus brazos, mirando por encima de su coronilla a su hermana—. Álvaro dice que ayer volviste a desmayarte, está preocupado y quiere traer al médico. He tenido que recordarle que de pequeña te pasaba lo mismo. —Sophie lo miró intrigado por aquellas palabras y Diego procedió a explicarse—. Desde que aprendió a andar nos perseguía por todas partes, empeñada en que jugáramos con ella. Si pasábamos toda la mañana corriendo por la finca, subiendo a los árboles para coger fruta o yendo al río para atrapar ranas, ella nos seguía hasta que no podía más de cansancio y la encontrábamos dormida en cualquier rincón.

—Ya se me había olvidado —dijo María, entre risas—. Prometo medir mejor mis fuerzas y no daros más motivos de preocupación.

Diego se acercó para besarla en la frente.

—Me gusta que se preocupe por ti —le dijo—. Tenía dudas sobre vuestro matrimonio, lo reconozco, pero se me han despejado con esta… aventura. —La miraba con tanto amor fraternal que María sintió que la compensaba por todos los años de separación—. Tienes todo el día de hoy para descansar, mañana veremos si eres capaz de cumplir tu promesa y no excederte en tu propia fiesta.

María se tumbó boca arriba mirando al techo. En veinticuatro horas se estaría vistiendo para ir a la iglesia y convertirse, esta vez de verdad, en la esposa de Álvaro Medina.

El momento de ensueño pasó tan rápido como había llegado, y al instante María se estaba levantando convertida en un torbellino para comprobar su vestido, sus zapatos, hablar con Sophie de las flores que llevaría, del traje de Diego, «no puede una fiarse de los hombres y su sentido de la etiqueta», le dijo, de los canapés que se servirían en la recepción, de la música…

Diego se despidió de su prometida con un leve gesto al que ella correspondió con una sonrisa cómplice, y huyó de la alcoba antes de que le tocara alguna tarea imprescindible para la boda. Lo único imprescindible para él en aquel momento eran ocho horas de sueño

para compensar la noche en vela y prepararse para el día siguiente. Teniendo en cuenta lo complicado que se había vuelto todo desde la llegada de su hermana, se temía que la boda no fuera tan sencilla como la habían planeado.

Tenía que ser optimista. Ya habían atrapado a los piratas y ningún otro peligro se cernía sobre ellos. ¿Qué podía ir mal?

Un temporal. Ese fue su regalo de bodas.

El viento comenzó a soplar durante la tarde anterior a la ceremonia, cuando aún se estaban reponiendo del enfrentamiento con los piratas. Un viento como María, que había crecido en una tierra sometida a los caprichos del océano Atlántico, no había visto nunca. Hasta las palmeras más veteranas se doblegaban a su fuerza. Las flores salían volando, arrancadas de sus plantas, creando arcoíris de pétalos que revoloteaban como pájaros enloquecidos. La gran casa de Diego crujía y retumbaba. Tuvieron que cerrar puertas y ventanas para evitar daños en el interior, lo que hizo que la temperatura se volviera asfixiante en su interior.

Fascinada a pesar de todo, María salió a la veranda para admirar aquel despliegue de fuerzas naturales, sujetándose de una columna cuando temió salir ella también volando como las flores del jardín.

Álvaro se había marchado a media mañana, tras comprobar que se encontraba bien y que su desmayo se debía exactamente a lo que Diego le había dicho. Necesitaba recuperar algunas horas del sueño perdido en la posada, donde permanecería hasta el día siguiente, para cumplir con la tradición de no ver a la novia hasta la ceremonia. Ya lo echaba de menos. Se había acostumbrado a dormir en sus brazos, y no veía la hora de hacerlo en su propia cama, en su propia casa, sin tener que ocultarse de nadie.

Mirando cómo los árboles soportaban sin desfallecer la fuerza del viento, se le ocurrió pensar que así había resistido ella, desde aquel lejano día en el que sus tíos la sacaron del internado. Logró escapar de un matrimonio concertado, cruzar el océano, sobrevivir a un ataque pirata y, por último, a un secuestro. Entremedias había descubierto que el amor no era lo que imaginaba, ni mejor ni peor, simplemente distinto. El enamoramiento infantil que había sentido por Álvaro poco a poco desaparecía para convertirse en un sentimiento más auténtico, más maduro. Por eso no había dudado antes de declarárselo la noche anterior, y pensaba seguir haciéndolo

el resto de sus días juntos.

Aunque le dolía ser consciente de que él no sentía lo mismo, que la pasión que le demostraba en la cama no iba unida a un sentimiento más profundo, no pensaba reprochárselo. Bastante generoso había sido con ella desde el mismo momento en que se encontraron, con su mentira sobre el matrimonio concertado flotando entre ellos como una espada de doble filo.

No podía pedirle nada más. Cruzó las manos sobre el pecho y dio las gracias por haber logrado todo lo que soñaba: huir de sus tíos, reunirse con su hermano y ser la esposa de Álvaro Medina, que tal vez no la amaba, pero la quería, se preocupaba por ella y la deseaba como mujer. No necesitaba más.

Estaba casi segura.

Al otro lado de la isla, en la pequeña posada agitada por la fuerza del temporal, Álvaro tampoco podía dejar de pensar en su novia.

«Tienes un gran corazón. Lo sé», le había dicho, antes de declarar que lo amaba. Por suerte no tuvo que contestar. Aún seguía sin saber cómo hacerlo.

Desde que María había regresado a su vida, intentó pensar en ella solo como en la hermana de Diego, la pequeña molestia que los seguía siempre a todas partes. Quiso protegerla, aceptando sin dudar aquel matrimonio que su mentira les imponía. Por eso lo pilló completamente por sorpresa darse cuenta de hasta qué punto la deseaba y, una vez que se metió en su cama, nada ansiaba más que no salir nunca de ella.

Pero era solo lujuria, se dijo. María era una belleza, alegre y apasionada, ¿quién no la desearía? El sexo no tenía por qué implicar sentimientos más profundos.

No estaba enamorado.

Estaba seguro de que no.

Al menos lo estaba el día anterior, antes de que su eterno enemigo secuestrase a su prometida.

Cada vez que pensaba en María enfrentándose a Balboa, algo se rompía en su interior, algo que crujía y estallaba como las paredes de la vieja posada sometidas a la fuerza del viento.

Se llevó una mano al pecho, frotándose las costillas en busca de alguna herida inadvertida de la pelea con el pirata. No encontró nada. Solo su corazón palpitando descompasado.

32

Lo vio venir atravesando el jardín, luchando contra el viento, con su andar de marino que pisa firme al tiempo que se balancea al compás de la marea. María se agarró fuerte del poste en el que apoyaba la frente cuando una ráfaga amenazó con arrastrarla de vuelta al interior de su alcoba. El largo camisón se le enredaba entre las piernas y la melena se había soltado del sencillo recogido para cubrirle a ratos la cara y luego volar hacia atrás, como un velo de novia.

Cuando Álvaro se paró bajo el balcón, ella se aferró a la balaustrada y se inclinó para mirarlo, sintiéndose por un momento como Julieta ante su Romeo. Ojalá él estuviera allí para declararle su amor eterno, pensó, aunque era imposible que se hablaran así, con el viento que silbaba entre las rendijas de la fachada, ahogando cualquier otro sonido. Se miraron a los ojos, en aquel silencio lleno de sinfonías naturales, y entonces Álvaro comenzó a trepar por una de las columnas del porche, como si fuera el palo mayor de su barco.

—Podrías haber entrado por la puerta —le dijo, sin aliento, tan admirada de su agilidad como de su decisión.

—Tu hermano me lo habría impedido de saber lo que tengo en mente —contestó él, antes de comenzar a besarla como si llevara años sin hacerlo, como si el único propósito de su vida, su única necesidad y anhelo, fuera perderse en su boca.

María se agarró de su cuello, que se le antojó más sólido que la columna de la veranda, dejando que él la amparara del temporal, de todos los temporales de su vida.

—¿Esto es lo que tenías en mente? —preguntó, sin aliento los dos, cuando se detuvieron para respirar.

Sus besos eran diferentes aquella noche, más posesivos y, en cierto modo, claudicantes.

—No… Quería hablar contigo, pero te he visto en el balcón y se me olvida hasta mi nombre cuando descubro que no eres un invento de mi imaginación, que eres tan preciosa, tan dulce, tan apasionada como te sueño.

—¿Sueñas conmigo? —preguntó ella, melosa, acariciándole la nuca.

—Hasta despierto.

—Entonces…, ¿me quieres un poco?

—Te quiero muchísimo —dijo él, acariciándole la cara, con una mirada tan intensa que a María le costaba concentrarse en lo que de verdad quería saber.

—¿Tienes dudas? —preguntó, por fin, más parca en palabras que nunca.

Álvaro la abrazó más fuerte, amparándola del viento, respirando hondo para tratar de calmar la excitación que le provocaba tenerla así, pegada a su cuerpo, con solo la fina tela del camisón cubriendo su cuerpo desnudo.

En las últimas noches había memorizado cada centímetro de su piel. La curva elegante de su espalda, con los dos preciosos hoyuelos al pie de la columna. Su ombligo pequeño, cerrado, apetecible como un bombón. Sus pies largos y estrechos, los tobillos finos, las piernas fuertes que lo rodeaban, enredándose con las suyas para atraerlo más y más hacia su interior. Las delicadas clavículas y el elegante cuello de cisne. Sus ojos de cielo, su boca de pecado… No era capaz de discernir si era tan perfecta o así la veía él. ¿Sería eso el amor? ¿Imaginar a la persona que nos ha robado el corazón como la más bella del planeta?

—¿Las tienes tú? —le devolvió la pregunta, demostrando que su herencia gallega aún guiaba sus palabras.

—Ninguna. —Ella levantó el rostro para dedicarle la mirada más transparente que Álvaro había enfrentado jamás—. He cruzado el océano para encontrarte.

—Pensaba que lo habías hecho para reunirte con tu hermano.

—También.

Por eso aquella mentira, comprendió él por fin. Cuando se vio acorralada, preocupada porque la devolvieran con sus tíos y sus planes casamenteros, el primer nombre que le vino a la cabeza fue el suyo, no el de su hermano. Podría haber dicho cualquier otra

cosa. Que Diego la había reclamado desde Santa Marta, por ejemplo; era su familiar más cercano y por tanto su tutor mientras ella fuera menor de edad.

Pero no, había inventado una historia que deseaba que fuera verdad. Nunca lo había ocultado.

—¿Te sientes como si hubieras caído en una trampa? —preguntó María ante su largo silencio, preocupada.

—Un poco —reconoció él, antes de besarla en la frente, que se había cubierto de arrugas de preocupación—. Y también siento que he sido muy afortunado. Nunca podré agradecerte bastante la forma en que me has cortejado y seducido hasta lograr llevarme al altar.

—¿Cortejado y seducido? —María lo empujó para lograr zafarse de su abrazo, con la boca abierta y las mejillas rojas como la grana.

—Eso es lo que has hecho, reconócelo, y yo reconoceré por qué me siento tan feliz.

Ella bajó la cabeza para mirarse los pies por un momento. Sí, eso era lo que había hecho. Había dejado que su mentira sobre el matrimonio por poderes creciera y se convirtiera en un obstáculo insalvable, al mismo tiempo que le daba a entender que nada la haría más feliz que ser de verdad su esposa. ¡Incluso le había abierto su alcoba y su cama sin ningún pudor! No sabía en qué momento se había convertido en una especie de doña Juana seductora de inocentes.

Claro que él tampoco era precisamente inocente en todo aquello. Tendría que reconocer que había colaborado con entusiasmo en su propia seducción.

—¿Por qué te sientes tan feliz? —preguntó, con la mirada baja para que no pudiera leer sus pensamientos.

—Porque nunca antes me había dado cuenta de lo solitaria y vacía que era mi vida. Solo tenía el mar, mi barco, el trabajo duro y ningún plan de futuro. Tú has venido a cambiarlo todo, María.

—Nunca pensé que sería un trastorno para ti.

—El trastorno más hermoso que podía imaginar.

La joven necesitaba más, por mucho que sus palabras fueran directas a aliviar la angustia que le causaban las dudas que la corroían. Quería que todo estuviera claro entre ellos ahora, la víspera de su boda, cuando aún estaban a tiempo de no celebrarla. Una sombra cubrió su rostro al pensarlo, pero no dudó en ser tan

generosa con Álvaro como él lo había sido con ella desde el principio.

—¿Me perdonas de todo corazón? —preguntó, poniéndole una mano sobre la boca cuando él ya iba a contestarle—. Por todo. Por volver tu vida del revés. Por obligarte a un matrimonio que no entraba en tus planes. Por tener que gastar todo tu dinero en comprar una casa para…

Álvaro le besó los dedos antes de quitarle la mano de la boca y darle el abrazo que ella tanto necesitaba. Tres días atrás no podría haber contestado a sus palabras con toda sinceridad, pero el secuestro lo había cambiado todo. Podía parecer una locura, pero nunca antes había sentido por una mujer lo que sentía por María, esa necesidad de protegerla de cualquier mal, ese deseo inagotable de su cuerpo, esa ternura que le derretía el corazón al notar el temblor de su voz.

—Lo daría todo, todo, una y otra vez, hasta mi barco, hasta mi alma… Por ti, María, mi amor, ¿es que aún no lo entiendes? —La miró a los ojos para que ella viera en sus pupilas la sinceridad de sus palabras—. Cuando supe que Balboa te había secuestrado creí que mi vida había acabado. Porque ya no la imagino si no estás tú a mi lado, amor mío.

Ella lo abrazó por la cintura y apoyó la cara sobre su pecho, con los ojos cerrados, dejándose mecer por el latido de su corazón y el viento que se enredaba entre sus ropas y bailaba con su melena.

Le pareció oír a alguien toser, pero supuso que era su imaginación o un sonido provocado por el temporal. Cuando la tos se repitió, más fuerte y evidentemente falsa, abrió los ojos para encontrar a su hermano parado en la veranda, a un par de metros de ellos.

—¿No deberíamos estar todos durmiendo? —dijo Diego, un poco menos enfadado de lo que debería—. Mañana será un día muy largo.

—Tienes razón —dijo Álvaro, separando a María de su cuerpo solo después de besarle la coronilla—. Solo necesitaba saber que todo estaba bien.

Diego asintió. A él tampoco le llegaba la camisa al cuerpo desde los sucesos de la noche anterior. Además, le alegraba saber que su amigo se preocupaba tanto por su hermana. No acababa de estar

convencido del todo con aquel matrimonio forzado por las circunstancias, o no lo había estado, hasta que vio el modo en que se miraban, incapaces de despedirse, como si el universo entero cupiera en los ojos del otro.

—Hasta mañana —dijo Álvaro, con una voz llena de promesas.

—Hasta mañana —contestó María, antes de volver a acercarse para hablarle al oído—. Puedes bajar por la escalera —añadió, regalándole una sonrisa que calmaba todos los temores. De los tres, ella era la que antes se había recuperado del secuestro, como si solo hubiera sido una mala pesadilla que ya se difuminaba en su memoria.

—Buena idea —contestó él, mirando su boca con tanta ansia que ella se colgó de su cuello y lo besó sin preocuparse por su hermano, que pareció sentir un repentino interés por comprobar los estragos que el temporal causaba en su jardín.

Cuando por fin se fue a dormir, la cama le pareció a María más grande que nunca. También vacía, fría incluso. Por suerte, se dijo, sería la última noche que pasaría sola.

Epílogo

La novia estaba radiante, como era de esperar. El delicado velo blanco, comprado en París junto con el resto del ajuar, era el marco perfecto para su cabello caoba y su rostro un poco más pálido de lo habitual.

—¿Nerviosa? —preguntó María, tomando a Sophie de las manos.

—Muchísimo. No me lo esperaba, pensaba que sería solo una fiesta más, un trámite para ser por fin la esposa de Diego. ¿Tú estabas así el día de tu boda?

—Para ser sincera, no —dijo María, que aún suspiraba internamente cada vez que recordaba el momento en el que había cruzado el pasillo de la pequeña iglesia de Santa Marta para encontrarse con Álvaro ante el altar.

Una semana atrás habían celebrado su primer aniversario de casados, solos los dos, en su acogedora casa, que poco a poco habían ido restaurando para convertirla en el hogar que soñaban.

Bajó la cabeza para alisar la falda impecable del vestido de la novia, ocultándole el sonrojo que le subió a las mejillas al recordar la cena enfriándose en los platos, el calor de la chimenea, la mullida manta tendida ante el hogar. Álvaro le había confesado que se imaginó aquel momento el mismo día que fue a ver la casa para comprarla. María le prometió que pondría todo de su parte para que la realidad fuese aún mejor que la expectativa. Y cumplió su promesa con absoluta dedicación.

—¿Cómo te sentías? —preguntó Sophie, retorciéndose los dedos de las manos.

—Feliz.

—Yo también estoy feliz.

—Afortunada.

—Sí…

—Quizá un poco ansiosa.

—¿Por la noche de bodas?

María miró de frente a su casi cuñada, su hermana desde que así lo decidieron ambas tantos meses atrás, preguntándose si era ella la persona adecuada para tratar un tema tan delicado o era mejor que lo hablase con su madre.

—¿Eso es lo que te preocupa? —le dijo, sonrojadas las dos, pero manteniéndose la mirada con decisión.

—En realidad no.

—¿Hay algo que necesites saber sobre… lo que va a ocurrir? —insistió María, con toda la delicadeza que pudo reunir.

Sophie negó con la cabeza.

—Mi madre insistió en un noviazgo largo, a la antigua usanza —dijo, llevándose una mano al corte del vestido sobre la cintura—. Si acierto con mis sospechas, ya se inventará algo para explicar lo que va a ocurrir bastante antes de los nueve meses de rigor.

—¿Estás…? —La novia asintió y María se lanzó sobre ella, abrazándola con fuerza sin preocuparse de las arrugas—. Oh, Sophie, cuánto me alegro.

La pelirroja se secó una lágrima de emoción, mirando la curva ensanchada de la cintura de su cuñada.

—Nuestros bebés crecerán juntos —dijo.

—Será toda una aventura —prometió María—. Otra más.

Sonaron dos enérgicos golpes en la puerta y al momento entró Aramintha, la hermana mayor de Sophie, con un precioso ramo de rosas blancas en la mano.

—Y aquí están las flores por fin.

—Menos mal —dijo Sophie—. Creía que tendría que robar las flores de algún jarrón de la iglesia.

Las tres rieron mientras las últimas preocupaciones de la novia salían volando por el balcón envueltas en la brisa de aquel día perfecto para una boda.

La recepción se celebraba en la casa de los Talbot, donde apenas dos meses atrás también habían casado a su hija Aramintha con su eterno pretendiente, Tom Ford. La señora Talbot no logró imponerle a su hija mayor el mismo largo noviazgo que le había exigido a la menor. Aramintha y Tom habían perdido años enteros deshojando la margarita y, cuando por fin llegó el momento de la declaración,

ambos estaban de acuerdo en pasar el mínimo tiempo separados.

Sentada a la sombra de un fragante araguaney al que la brisa arrancaba una lluvia de pétalos amarillos, María miraba con desgana el plato de canapés que su esposo se había empeñado en servirle.

—No tengo apetito, de verdad —dijo, sonriendo a Álvaro, que la miraba con el ceño fruncido.

—¿Te han vuelto las náuseas? —preguntó, a lo que ella negó con la cabeza—. ¿Estás mareada? ¿Tienes algún malestar?

—No y no; no tienes que preocuparte tanto por mí, ya comeré cuando tenga hambre. Eso de tener que comer por dos no es verdad, ¿sabes?

—Pero me preocupo, María, cada vez comes menos. En la fiesta del gobernador, cuando llegaste a Santa Marta, devoraste la mitad del bufé de dulces.

María también se había dado cuenta de que hacía tiempo que su apetito no era el mismo, desde hacía meses ya no se daba aquellos atracones que la ponían al borde del vómito. Después de mucho meditarlo, llegó a una conclusión que le parecía completamente lógica.

—En el internado la comida estaba racionada, y ni siquiera era muy sabrosa. Cuando mi tía me llevó a su casa, con los planes que ya sabes, me daba todo lo que le pedía, y descubrí que comer llenaba el vacío que sentía siempre en mi interior —reflexionó por primera vez en voz alta—. Me faltaban mis padres, mi hermano, durante años solo tuve a las monjas del colegio y a mis compañeras, entre las que tenía muy buenas amigas, pero que no podían suplir a una familia de verdad.

Álvaro se sentó a su lado y le tomó las manos, que acarició entre las suyas.

—¿Me estás diciendo que ahora que tienes una familia ya no necesitas comer?

—Supongo que necesitaré comer como cualquier persona —dijo ella, entre risas—, lo que no necesito es devorar todo lo que me encuentre hasta desmayarme.

La explicación satisfizo a Álvaro, que le besó las manos deseando poder besarla de verdad, desde la punta de sus deliciosos pies hasta la frente, que el sol de la isla había tintado de un suave

tono dorado. No se cansaría nunca de besar a su esposa, de hacerle el amor, o, simplemente, de sentarse a escucharla contar cómo le había ido el día con los hijos de Lidia y Serafín Lamas, o sus intentos con la receta nueva que había aprendido de la señora Talbot, una gran cocinera, empeñada en que María fuera capaz de preparar una buena comida casera. Cualquier cosa la distraía, el canto de los pájaros, un libro, una charla con alguna de las amigas que había hecho en la isla. A veces, Álvaro llegaba a casa y la encontraba sentada en el porche trasero, mirando a la nada, sonriendo. Cuando le preguntaba en qué pensaba, ella le decía que solo estaba recordando los muchos motivos que tenía para sentirse agradecida.

—¿Eres feliz? —le preguntó, porque, a pesar de todo, era la cuestión que le preocupaba día a día. Hacer feliz a su esposa era la mayor de sus prioridades.

—Lo seré siempre que tu barco recuerde regresar a Santa Marta.

Álvaro había reducido sus viajes desde la boda, también acortado las distancias a las que se desplazaba para no permanecer demasiados días fuera de casa. La recepción que su esposa le brindaba, aunque su ausencia fuera de un par de días, lograba que siempre encontrara el viento más favorable para volver a ella.

—He estado pensando mucho en esa idea del varadero del contramaestre García. Si el negocio funciona según sus cálculos, podría nombrar un capitán para *La Dama* y quedarme más tiempo en tierra. —Se detuvo para observar la reacción de María, que contenía el aliento, con los ojos brillando como los de una niña ante un regalo inesperado—. De todos modos, nos harán falta un par de años por lo menos para reunir el capital necesario.

—Mi hermano está interesado en invertir —dijo María, sin poder contenerse, a pesar de que había hablado de aquello con Diego en secreto.

Su hermano había hecho una pequeña fortuna precisamente invirtiendo en otros negocios los buenos salarios que recibía por su trabajo para el gobernador, y estaba más que dispuesto a ayudar a su cuñado en su nuevo proyecto.

—No podría tener mejores socios que García y Diego —dijo Álvaro, en absoluto molesto porque su esposa se entrometiera en sus negocios.

No sabía en qué momento ella se había adueñado hasta tal punto de su corazón y su mente que prefería una tarde sentado ante la chimenea a su lado que una larga jornada en barco, surcando el mar en busca de nuevos puertos.

—Yo también lo pienso —dijo María, frotándose la tripa con suavidad, para calmar aquel suave hormigueo que sentía desde hacía un par de días—. Creo… creo que siento al bebé.

Álvaro casi dio un salto sobre el césped, antes de ponerle una mano en el vientre, sobre la pequeña colina que se formaba entre sus caderas.

—No noto nada. ¿No es demasiado pronto?

—Es algo muy suave, como un aleteo de mariposa. —María le movió la mano, llevándola hacia el punto exacto donde volvía a sentir aquella caricia. Lo vio fruncir el ceño, concentrado en percibir las primeras señales de su bebé—. ¿Sigues creyendo que será una niña?

—Estoy convencido. Sueño con ella, y con enseñarla a navegar.

—¿Enseñar a navegar a una niña? —preguntó María entre risas—. ¿Estás seguro?

—¿Quién me lo va a impedir? Mi hija será lo que ella quiera que sea, capitana o gobernadora de Santa Marta.

María enlazó su mano con la de su esposo, observando los anillos de boda de sus padres, que habían encajado en sus dedos como hechos a medida. También llevaba en la muñeca una de las pulseras heredadas de su madre. Álvaro se había encargado de recuperar las joyas empeñadas en La Coruña, para lo que había invertido parte de la recompensa que recibieron por entregar a la justicia a Gonzalo Balboa y su tripulación.

—Nuestra hija —aclaró.

Álvaro la besó en la sien, justo donde tenía aquel lunar que tanto le había fascinado desde el día de su reencuentro.

—¿Has pensado en algún nombre?

—Me gustaría que llevara mi segundo nombre, Cristina. Era el de mi abuela materna y siempre me ha parecido muy bonito.

—Cristina Medina. Rima como un poema —dijo Álvaro—. Cristina Medina de Ibarra. Me parece un gran nombre para una capitana.

—Esperemos que no tenga que enfrentarse a los piratas.

—Lo haría con tanto valor como su madre.

María se recostó en el pecho de su esposo, con un suspiro de pura felicidad.

Un año atrás había temido por sus vidas, pero algo bueno surgió de aquella terrible noche, por fin había logrado asomarse por encima del muro que Álvaro había construido para protegerse y conocer sus dolorosos secretos. Desde entonces había cambiado, no por completo, seguía siendo un hombre de silencios que prefería reflexionar antes de hablar, pero ahora sabía que confiaba por completo en ella y que correspondía a su amor de todo corazón.

—Hemos manejado bien *la situación* —dijo, riéndose al recordar lo mucho que la irritaba aquella expresión que él había utilizado cuando descubrió su mentira sobre el matrimonio por poderes.

—Te prometí que todo saldría bien.

—Y esa es otra cosa que adoro de ti, que siempre cumples tus promesas.

—María de Medina, ¿ya te he dicho hoy cuánto te quiero?

—No me importaría oírlo una vez más.

Ensimismados el uno en el otro, no se daban cuenta de cómo atraían las miradas de sus amigos y familiares que paseaban por el jardín, disfrutando de la hermosa fiesta que habían organizado los Talbot.

Terry Wallace disfrutaba de una copa de jerez que su esposo, Devin, le había llevado antes de enzarzarse en una discusión sobre las reformas que su hermano Clive quería hacer en la vieja casa de los Wallace. Max Ashford, su cuñado, apoyaba las innovadoras ideas de Devin, mientras que sus esposas, Terry y Jordan, estaban de acuerdo con Clive en mantener la clásica estructura de la fachada.

En otro rincón del jardín, Coral Hamilton hablaba con su cuñada Amelie, que le enseñaba el anillo de compromiso que Benjamin Tyler le había entregado el día anterior. A su lado, el esposo de Coral, el capitán Greg Hamilton, subía a su hija Amelia a los hombros para que pudiese alcanzar las flores de un hermoso jacarandá.

El pelirrojo Steve Talbot y Bob Ford, los únicos solteros sin compromiso del antiguo grupo de las Reales Ovejas Negras, se divertían tomando el pelo al gemelo de Bob, Tom, que se

impacientaba cuando lo separaban solo un minuto de su esposa Aramintha, a pesar de que ya llevaban tres meses casados. Steve aseguraba que su hermana era muy mandona y que Tom nunca tendría voz ni voto en su propio hogar, a lo que el recién casado contestó con una sonrisa confiada que eso no le preocupaba en absoluto, antes de abandonar su compañía para buscar a su bella pelirroja.

Todos se sentían felices aquella hermosa tarde en Santa Marta, disfrutando del bufé y de la brisa suave que aliviaba el intenso calor caribeño.

Cada pareja había vivido su propia aventura hasta llegar a aquel momento, algunas plagadas de peligros, otras de engaños y confusiones, pero finalmente el amor había triunfado, demostrando que, ocurriera lo que ocurriese en el pasado y en el futuro, entre ellos no todo fue mentira.

TERESA CAMESELLE (Mugardos, A Coruña, 1968). María Teresa Cameselle Rodríguez es una escritora española especializada en novela romántica y narrativa histórica.

Comenzó su carrera con la participación en certámenes de relatos, con los que alcanzó algún galardón y la publicación en antologías.

Su relación profesional con la literatura también la lleva a impartir talleres, organiza clubes de lectura, y actualmente ofrece un Curso de Novela Romántica en la Asociación de Escritores Noveles. Ha sido ponente en distintos congresos y eventos literarios.

Índice de contenido

Cubierta

Promesas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Epílogo

Sobre la autora